



Discursos
de
B. H. Roberts

1948

DISCURSOS DE B. H. ROBERTS

del
Primer Consejo de los Setenta

Publicado por la
Compañía Bock
Salt Lake City, Utah
1948

Dedicación

A la Juventud de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días—
“Y ahora, desde manos que caen, arrojo hacia ustedes la antorcha.”
Que sea de ustedes sostenerla en alto y no permitir que su llama se apague.

Protesto contra el pensamiento científico de “un universo moribundo y sin
inmortalidad para el hombre: La misión de la iglesia de la nueva
dispensación

Un discurso pronunciado por el presidente B. H. Roberts en el Tabernáculo
de Salt Lake City, el domingo 23 de enero de 1932.

Washington y la fundación de los Estados Unidos — América no fracasará
Un discurso pronunciado por el presidente B. H. Roberts en el Tabernáculo
de Salt Lake City, el domingo 21 de febrero de 1932.

punto de vista “mormón” del primer y grande mandamiento

Un discurso preparado para ser pronunciado en la emisora KTAB, Oakland,
California, por el presidente B. H. Roberts, pero leído por I. B. Ball, del sumo
consejo de la Estaca de San Francisco, el domingo 24 de abril de 1932.

La doctrina de la consagración y la mayordomía a la luz del colapso económico e industrial del mundo moderno—vindicación de la economía de la nueva dispensación

Un discurso pronunciado por el presidente B. H. Roberts en el Tabernáculo de Salt Lake City, el domingo 29 de mayo de 1932.

5 DIOS

Un discurso pronunciado por el presidente B. H. Roberts en el Tabernáculo de Salt Lake City, el domingo 18 de junio de 1933.

6 El estándar de la paz

Un discurso pronunciado por el Presidente B. H. Roberts, el martes 29 de agosto de 1913, ante el *World Fellowship of Faiths* en Chicago.

Tabla de Contenido

Prólogo	5
1. Protesto contra el pensamiento científico de “un universo moribundo y sin inmortalidad para el hombre: la misión de la iglesia de la nueva dispensación.....	7
2. Washington y la fundación de los estados unidos — américa no fracasará.....	30
3. Punto de vista “mormón” del primer y grande mandamiento	48
4. La doctrina de la consagración y la mayordomía a la luz del colapso económico e industrial del mundo moderno—vindicación de la economía de la nueva dispensación.....	57
5. DIOS.....	80
6. El estándar de la paz	109
7. Economía de la nueva era.....	120

Prólogo

Como se infiere al comienzo del primer discurso de este libro, pronunciado por B. H. Roberts después de su recuperación de una grave enfermedad, él comprendió que estaba viviendo en “tiempo prestado.”

La Historia Comprensiva de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Siglo I ya había sido concluida; *la Historia de la Iglesia, Período 2, Vol. VII. Interregno Apostólico* se hallaba en proceso de publicación. Sin embargo, él sentía que su testimonio sobre algunas de las doctrinas de la Iglesia no había quedado suficientemente registrado. Deseaba “redondear temas y unir fragmentos de obra en algo semejante a una totalidad.” Por lo tanto, cuando tuvo la oportunidad de hablar, preparó discursos sobre estos temas aquí presentados, con la intención de publicarlos en forma de libro.

El presidente Roberts deseaba especialmente dejar su testimonio a la juventud de Sion, para que ellos también “examinen cuidadosa y minuciosamente cada principio que se les presente, y no solo asientan intelectualmente a él como un grandioso sistema de verdad, sino que también se impregnen de su espíritu y sientan y disfruten de su poder.”

En estos discursos—este gran estudiante y maestro, con un don especial para la oratoria—conocido como Defensor de la Fe, el Pablo Moderno—ha dejado su testimonio como resultado de toda una vida de estudio del Evangelio y de los avances científicos relacionados con la Vida del Hombre. Ese testimonio lo legó para inspirar y animar a la generación presente a continuar con estos estudios y perpetuar el testimonio del Evangelio de Jesucristo en esta Dispensación de la Plenitud de los Tiempos; para que a su vez lo transmitan a las generaciones futuras; y para que este testimonio se dé de generación en generación hasta que el Reino de Dios llene la tierra.

Este volumen presenta los últimos siete discursos del presidente B. H. Roberts: cuatro de ellos fueron pronunciados en el Tabernáculo de Salt Lake City; uno por la estación KTAB en San Francisco, California; y los dos últimos

en el *World Fellowship of Faiths* (Fraternidad Mundial de las Religiones), en Chicago, Illinois, el 29 de agosto y el 4 de septiembre de 1933.

Regresó a Salt Lake City la semana siguiente y falleció el 27 de septiembre de 1933. Así, su deseo de “atender cualquier asunto pendiente en el cumplimiento de mi deber como testigo especial del Señor Jesucristo” le fue concedido.

Protesto contra el pensamiento científico de “un universo moribundo y sin inmortalidad para el hombre: la misión de la iglesia de la nueva dispensación

Un discurso pronunciado por el presidente B. H. Roberts en el Tabernáculo de Salt Lake City, el domingo 23 de enero de 1932.

Mis queridos hermanos y hermanas, quizá comprendan mejor las emociones con las que emprendo la tarea de dirigirme a ustedes si les recuerdo que han pasado más de diez meses desde que tuve el privilegio de estar aquí para hablar a una congregación de Santos de los Últimos Días en este edificio. Desde entonces he pasado por experiencias difíciles y gran sufrimiento, pero he sido preservado a través de todo ello, como creo, por la gracia y bendición de Dios, por la habilidad de cirujanos y enfermeras, por las generosas oraciones y bondad de mis consiervos en la Iglesia, y también por los buenos deseos e interés afectuoso de muchas personas.

POR GRATITUD “TODO LUGAR UN TEMPLO Y TODA ESTACIÓN VERANO”

Lord Lytton, en su gran personaje de Richelieu, expone la idea de que para la justicia todo lugar es un templo y toda estación verano. Así me siento en relación con la gratitud; para sus expresiones, todo lugar es un templo y toda estación verano. Por eso regreso a este puesto de deber con un espíritu de profunda gratitud hacia todas aquellas fuentes que han contribuido a traerme de regreso desde las sombras en las que permanecía, para una vez más reanudar mis labores entre ustedes.

Si ha habido algún propósito en traerme de nuevo a la actividad, algún resto de deber o algo que pueda hacer por la causa de Dios antes de partir, declaro que estoy muy dispuesto a emprenderlo, si Dios me guía hacia ello; pues confieso ante todos ustedes que sin Él el hombre nada puede hacer. Dependemos por completo de Él y de la presencia de Su Espíritu para lograr las cosas que Él desea que los hombres hagan. Allí comienzo esta tarde: si hay algún asunto pendiente en mi vida que pueda atender, desde ahora declaro que estoy completamente dispuesto a emprenderlo.

VISITA A CALIFORNIA

Recientemente hice una visita a California por algunas semanas, y sucedió que estuve allí en el momento en que los intelectuales de nuestro país y de algunos países extranjeros se reunieron en Pasadena para reanudar investigaciones en los campos científicos, y especialmente en el campo de la astronomía, en el Observatorio Wilson. Presencé la regia bienvenida que aquellos hombres de ciencia brindaron al doctor Einstein en su regreso de Alemania. Recordé su aparición un año antes en el mismo lugar, cuando vino a presentar las teorías y conocimientos que había desarrollado sobre el gran universo que ahora se va desplegando ante la visión de los hombres.

En esta ocasión, regresaba para revisar el trabajo de algunos de sus asistentes y colaboradores, quienes durante el verano habían estado llevando a cabo investigaciones con la esperanza de sostener las teorías que él había propuesto. Fue una gran reunión, y el interés fue profundo.

EL NUEVO RENACIMIENTO DEL CONOCIMIENTO

Deseo hacer alguna referencia a ese acontecimiento, y también llamar su atención a la revolución que ha tenido lugar en el conocimiento del mundo durante los últimos treinta años, por la cual puede decirse que todo el rostro del universo ha cambiado en la mente de los hombres sabios. Nos están llamando la atención hacia cosas que tienden a desbaratar las doctrinas en las que los científicos—especialmente físicos, astrónomos y filósofos—estaban bastante bien establecidos; pero a través de descubrimientos realizados en tiempos recientes, comenzando alrededor de 1900, toda la concepción humana del universo ha sido revolucionada.

Quisiera examinar un poco algunos de los cambios que han ocurrido en nuestro conocimiento sobre estos asuntos.

Hubo un tiempo en que los hombres sabios se sentían razonablemente seguros, por ejemplo, en la idea de que la materia era indestructible. También que la energía era indestructible; que si bien estas existencias podían cambiar de forma, no era más que un cambio de forma, pues la sustancia de las cosas se perpetuaba, y el universo estaba asegurado como algo perdurable. Pero el nuevo conocimiento, desarrollado recientemente en los años que indico, ha cambiado todo eso, y los hombres dicen hoy que la materia está siendo destruida; que la energía se irradia y se disipa, y que todo el universo corre eminentemente el peligro, con el paso del tiempo, de una absoluta aniquilación.

Quizá recuerden que fue hace unos treinta o treinta y cinco años cuando se descubrió el radio, y se halló que el radio se irradiaba a sí mismo, desprendiendo partículas que debían terminar en su destrucción. A partir de ese descubrimiento, la idea se proyectó hacia los soles resplandecientes del universo, y llevó a los científicos a concluir que ellos también se irradiaban, y que debía llegar el momento en que desaparecerían y el universo visible sería aniquilado.

OPINIONES DE LOS INTELECTUALES DE LA CIENCIA

Creo que el Dr. Millikan expuso ese pensamiento con mucha claridad en su obra *Evolution in Science and Religion*. Por ejemplo, dijo:

“La materia puede ser aniquilada, apareciendo en su lugar la energía radiante. ¡Qué impacto sería para Lord Kelvin [un notable astrónomo de la generación pasada] si pudiera escuchar al nuevo astrónomo moderno hablar acerca de que las estrellas irradian sus masas por el mero acto de emitir luz y calor, y, sin embargo, esto es ahora la astronomía ortodoxa” (pp. 16, 17).

Luego, en una obra bastante importante publicada en 1930 por John Langdon-Davies—cuyo libro ha popularizado en gran medida las concepciones modernas del universo, y ha llevado tales cosas al alcance de la comprensión de los hombres no científicos—él dice:

“Hace cuatrocientos cincuenta años los hombres asumían a Dios y la inmortalidad. Hoy asumen un universo sin sentido y la aniquilación, y pretenden, además, que les agrada.

Fue este sentimiento, que el universo había sido descubierto en su totalidad, lo que produjo la atmósfera de decadencia que invadió al mundo civilizado.

El universo en su conjunto no es una máquina que, una vez construida y completada, funciona perfectamente mientras esté ajustada y cuidadosamente revisada; se parece mucho más a un animal que nace, crece, declina y muere” (p. 323).

Este hombre, que ha hecho tanto por popularizar estas ideas, es altamente elogiado y ampliamente aceptado en el mundo científico.

De nuevo dice:

“El hombre moderno, que inevitablemente verá su concepto de la inmortalidad a la luz de su concepto del universo, debe darse cuenta de que, piense lo que piense sobre sí mismo, el universo en su conjunto parece estar moviéndose muy lentamente, pero con toda seguridad, hacia la completa aniquilación.”

Esa es la declaración de nuestra ciencia moderna, y aunque puede haber algunas excepciones en cuanto a aceptar tal conclusión, yo afirmo—y deliberadamente—que esa es la tendencia de la ciencia moderna: la destrucción del universo y, por supuesto, la eliminación de toda esperanza de inmortalidad. Nuestro autor continúa diciendo:

“Dentro de aproximadamente un millón de millones de años, el universo habrá cambiado a un estado que prácticamente significará la no existencia; en lugar de estrellas, planetas y nebulosas—todos ellos masas de materia—no quedará materia alguna, sino solo una neblina uniforme de radiación, un enorme fantasma esférico de materia que ocupará el lugar de la tierra, la luna, las estrellas y los abismos interestelares, a una temperatura de más de doscientos cincuenta grados bajo cero.”

Con la aniquilación del universo se extingue también, por supuesto, la inmortalidad del hombre. “Es un universo muerto,” comenta el Dr. Langdon-Davies.

“Es un universo muerto en el cual el hombre moderno se encuentra desconcertado acerca de su inmortalidad. Pero, ¿por qué desconcertarse acerca de la inmortalidad (individual) en un universo así?... El hombre moderno no puede obtener ningún conocimiento de su destino a partir del conocimiento del universo. Si ha de ser inmortal, será a pesar del universo, más que por causa de él, tal como la ciencia moderna lo concibe...

Es una emancipación de obsesiones inútiles que ocupan la mente de la mayoría de los hombres desafortunados; ¡qué inútiles nos parecen cuando vemos a la mitad de la humanidad abrazando religiones como el cristianismo por terror a no ser inmortales; y a la otra mitad buscando en religiones como el budismo los medios para escapar de la inmortalidad que temen!” (*Man and His Universe*, pp. 323-328).

Este hombre, que ha hecho tanto por popularizar estas ideas, es altamente elogiado y ampliamente aceptado en el mundo científico.

De nuevo:

“El hombre moderno, que inevitablemente verá su concepto de la inmortalidad a la luz de su concepto del universo, debe darse cuenta de que, piense lo que piense sobre sí mismo, el universo en su conjunto parece estar moviéndose muy lentamente, pero con toda seguridad, hacia la completa aniquilación.”

Esa es la declaración de nuestra ciencia moderna, y aunque puede haber algunas excepciones en cuanto a aceptar tal conclusión, yo afirmo—y deliberadamente—que esa es la tendencia de la ciencia moderna: la destrucción del universo y, por supuesto, la eliminación de toda esperanza de inmortalidad. Nuestro autor prosigue diciendo:

“Dentro de aproximadamente un millón de millones de años, el universo habrá cambiado a un estado que prácticamente significará la no existencia; en lugar de estrellas, planetas y nebulosas—todos ellos masas de materia—no quedará materia alguna, sino solo una neblina uniforme de radiación, un

enorme fantasma esférico de materia que ocupará el lugar de la tierra, la luna, las estrellas y los abismos interestelares, a una temperatura de más de doscientos cincuenta grados bajo cero.”

Con la aniquilación del universo desaparece también, por supuesto, la inmortalidad del hombre. “Es un universo muerto,” comenta el Dr. Langdon-Davies.

“Es un universo muerto en el cual el hombre moderno se encuentra desconcertado acerca de su inmortalidad. Pero, ¿por qué desconcertarse acerca de la inmortalidad (individual) en un universo así?... El hombre moderno... no puede obtener conocimiento alguno de su destino a partir del conocimiento del universo. Si ha de ser inmortal, será a pesar del universo, más que por causa de él, tal como la ciencia moderna lo concibe...

Es una emancipación de obsesiones inútiles que ocupan la mente de la mayoría de los hombres desafortunados; ¡qué inútiles nos parecen cuando vemos a la mitad de la humanidad abrazando religiones como el cristianismo por terror a no ser inmortales; y a la otra mitad buscando en religiones como el budismo los medios para escapar de la inmortalidad que temen!” (*Man and His Universe*, pp. 323-328).

A. S. Eddington, profesor de astronomía en la Universidad de Cambridge, Inglaterra, en su serie de conferencias en la Universidad, publicadas bajo el título *The Nature of the Physical World* y dadas a la prensa en 1929, trata este tema con cierta extensión (*passim*), y en un lugar (p. 8) dice:

“Hay una escuela de pensamiento a la cual le resulta muy repugnante la idea de un desgaste del mundo. Esta escuela se siente atraída por diversas teorías de rejuvenecimiento... ¿No podrían acaso dos estrellas muertas colisionar y convertirse, por la energía del choque, en vapor ígneo del cual nazca un nuevo sol—con planetas y con vida?”

“Esta teoría, muy común en el siglo pasado, ya no es contemplada seriamente por los astrónomos... La materia, creemos, se destruye gradualmente, y su energía se libera en forma de radiación.”

Se burla de la idea de la “reconstrucción de estrellas desde el principio”, diciendo:

“Por mucho que eliminemos las extravagancias menores de la Naturaleza, no detenemos con estas teorías el inexorable desgaste del mundo por pérdida de organización y aumento del elemento aleatorio” (pp. 85-86).

Sir James Jeans, en su obra *The Universe Around Us*, publicada en 1929, trata el mismo tema:

“La mayoría de los átomos,” continúa diciendo, “con los que el sol y las estrellas comenzaron sus vidas ya han encontrado este destino (es decir, la aniquilación); el resto, sin duda, está destinado a encontrarlo con el tiempo.

Si esta conjetura (es decir, la aniquilación de átomos y mundos que la evidencia de la astronomía parece exigir) resultara ser correcta, no solo los átomos que proporcionan la luz y el calor estelares, sino también cada átomo del universo, están condenados a la destrucción, y con el tiempo deberán disolverse en radiación. La tierra sólida y las colinas eternas se desvanecerán como las estrellas...

Tal es el fin último de las cosas al que, hasta donde la ciencia actual puede ver, debe inevitablemente llegar el universo material en alguna edad lejana” (pp. 311-312).

Hay mucho más en su obra en el mismo sentido. Así podría continuar indefinidamente citando pasajes de los escritos de hombres eruditos, todos conduciendo a lo mismo.

EN CONTRA DE LA TENDENCIA DE LA CIENCIA MODERNA

Por supuesto, el coro de voces entre los científicos no es ininterrumpido. Hay otros que sostienen puntos de vista diferentes; como, por ejemplo, alrededor de 1900, Ernest Haeckel publicó su *Key to the Universe*. Él sostenía que si bien estas fuerzas desintegradoras eran indudablemente inminentes en el mundo, no obstante, en otras regiones del universo estaban activas fuerzas integradoras; y que mientras la destrucción avanzaba en un lugar, la reconstrucción tenía lugar en otro, “y el drama eterno,” como él lo expresó, “el drama eterno comienza de nuevo,” y el universo se consideraba permanente y perdurable (*Riddle of the Universe*, pp. 240-243).

Recientemente ha habido una declaración más enfática sobre este tema por parte de uno de los científicos modernos, muy presente en California, y muy amado como hombre y estimado como científico. Sus experimentos comenzaron en 1925, lo que lo llevó a descubrir lo que él ha llamado el “rayo cósmico”—que creo le habría convenido llamar el “rayo creador.” Quizá recuerden con qué asombro el mundo recibió el descubrimiento de los “rayos Roentgen” o “rayos X”, que se han convertido en una herramienta tan destacada y útil en la ciencia de la cirugía.

Por supuesto, se ha sabido por mucho tiempo que el aparente rayo blanco de nuestra luz solar es más que un simple rayo de luz. En contraste con eso, se aprendió hace años que era un rayo complejo compuesto por otros siete de colores distintos, constituyendo en realidad lo que llamamos los colores primarios de la luz, que se ven en el arco iris; y se ilustra en nuestras aulas, para instrucción de la juventud, cómo un rayo de sol, entrando por una abertura y cayendo sobre un prisma, se separa en los colores primarios; y si una pantalla oscura intercepta, los colores se revelan de inmediato.

Pero el profesor Roentgen descubrió que había más de siete rayos que entraban en la luz blanca, y con un poder mayor que cualquiera de ellos o todos ellos combinados, porque tenía el misterioso poder de penetrar sustancias opacas y revelar lo que estaba más allá de ellas. Una puerta de plomo no podía excluir su poder penetrante. La ropa y la carne eran atravesadas cuando el fluoroscopio dirigía el rayo sobre el brazo de un hombre y se veían los huesos en su interior. De ahí provino su utilidad en la cirugía y la medicina. Los médicos podían obtener una vista del interior del cuerpo humano, y descubrir dónde estaban fracturados los huesos y dónde rotos, lo cual condujo a un tratamiento más inteligente de tales dolencias que el que se podía tener anteriormente. Recuerdo que causó una gran sensación en el mundo cuando fue anunciado.

Pues bien, aquello fue misterioso, pero el rayo cósmico sobrepasa al rayo X en su poder de penetración y en fuerza creadora. Se descubrió, bajo el experimento del Dr. Millikan, que en sus formas más débiles este rayo cósmico, que surge misteriosamente de la “nada”, hasta donde se ha podido determinar, penetrando la atmósfera de la tierra desde todas las direcciones, tenía el poder, en sus manifestaciones más débiles, de

atravesar aproximadamente seis pies de plomo sólido, en lugar de unas pocas pulgadas de madera o la ropa de un hombre. Y en sus manifestaciones más fuertes penetraba dieciocho pies de plomo sólido, o su equivalente: doscientos pies de agua.

Y ahora, el Dr. Millikan, en contra de las objeciones de la mayoría de sus colegas en la ciencia, sostiene que este rayo es tan poderoso—aunque su origen sea aún desconocido—que tendrá la capacidad de convertir la materia y energía radiada del universo de nuevo en masa, y establecer la eternidad del universo. Aunque permanece casi solo en ese campo, noto que Arthur H. Compton, profesor de física en la Universidad de Chicago, en la reciente reunión de científicos en Nueva Orleans, organizó la disposición de dieciocho estaciones, distribuidas por toda la faz de la tierra, en altas cordilleras y en diversos países, para continuar la investigación de este misterioso rayo. Se determinará, si es posible con los instrumentos modernos, si este rayo proviene del sol, de los planetas, o si viene de las profundidades lejanas del espacio, donde hace edades y edades atrás universos fueron destruidos y liberaron esta energía que ahora entra en el universo y posee poderes de reconstrucción.

William L. Laurence, en su informe de las declaraciones del Dr. Millikan sobre el rayo cósmico en la Academia Nacional de Ciencias en Pasadena, a fines de septiembre de 1930, dijo:

“El Dr. Millikan se ha adentrado mucho en el desarrollo de una nueva cosmología basada en los resultados de estos experimentos adicionales con el rayo cósmico. Esta nueva cosmología tiene como punto central la hipótesis de que la creación de mundos y de toda la materia es un proceso interminable que ocurre hoy y continuará por siempre. Del rayo cósmico forjó para la ciencia un arma nueva con la cual librar batalla contra la temible segunda ley de la termodinámica [que incluye la aniquilación de la materia y de la energía], según la cual el universo debe llegar inevitablemente a su destrucción.”

El informe presenta al doctor concibiendo dos universos: uno, el universo del “ser”, entendido por los científicos como moribundo; el otro, del que habla como el universo del “devenir”. En este último universo, en lugar del

“grito de muerte” de los átomos aniquilados, hay un incesante “grito de nacimiento” de átomos que vienen a la existencia.

“Un grito de nacimiento que llena la inmensidad del espacio nos llega en las ondas del rayo cósmico” (*The New York Times*, 28 de septiembre de 1930—todo el artículo es magnífico).

En la tarde del 21 de enero—tres días antes de la entrega de este discurso—despachos especiales de prensa para *The New York Times* informaban que: “El Dr. Robert A. Millikan reveló una aparente prueba decisiva de su teoría de que los rayos cósmicos señalan el renacimiento continuo, en lugar de la destrucción, del universo material.”

El despacho afirmaba que: “El consenso de opinión de 100 científicos, incluido el Dr. Albert Einstein, que escucharon la conferencia en el Instituto de Tecnología de California, fue que el Dr. Millikan finalmente había refutado la teoría de Sir James Jeans (y de las otras autoridades prominentes citadas arriba en mis observaciones), quien sostenía que los misteriosos rayos eran ‘lamentos de muerte’ en lugar de gritos de nacimiento de los átomos.”

El Dr. Millikan anunció además nuevos planes para su investigación (véase *The New York Times*, 24 de enero de 1932).

Para mí, las lamentables condiciones que prevalecen en este “nuevo conocimiento de los científicos”, cuya tendencia es proclamar el fin del universo, la destrucción de la materia y la energía, y su resolución en ese estado descrito en los pasajes que les he leído—como una neblina de más de doscientos cincuenta grados bajo cero—¡destruyen toda esperanza que el hombre pueda tener de inmortalidad y vida eterna! Si esa ha de ser la suma total de los descubrimientos de la ciencia moderna, ¡qué desesperanza la nuestra!

Uno de los logros de este conocimiento moderno ha sido la expansión del saber del hombre respecto a la extensión y grandeza del universo. Hace solo unos pocos años, recuerdo, cuando los astrónomos hablaban tentativamente de las estrellas fijas, como consistentes en cien mil, o en quinientas mil, quizá con, y quizá sin, sistemas planetarios moviéndose en

torno a ellas, como sabemos que los planetas giran alrededor de nuestro propio sol.

Pero hoy ese conocimiento se ha ampliado enormemente. El término “universo” una vez significaba todo el espacio existente y todas las cosas dentro de ese espacio, pero hoy tenemos un uso diferente del término “universo.” A menudo se usa en plural. Ya no se habla solo de un universo, sino de muchos. Lo que llamábamos nuestro “universo” ahora es llamado nuestra “galaxia”, una entre muchas otras. Lo llamamos nuestro porque nuestro sistema solar tiene un lugar en ella, cerca de su centro; pero más allá de esta gran galaxia o universo, del cual constituimos una parte—más allá, en las nebulosas de las profundidades del espacio—otros universos están siendo revelados a la visión del hombre, y bien podrían ser tan grandes, por lo que sabemos, como el universo con el que estamos algo familiarizados, y que ahora se describe como compuesto de “mil millones de soles resplandecientes.”

Si esos soles, como el nuestro, están rodeados de sistemas planetarios, la ciencia no lo puede decir. Si, en caso de existir tales planetas, están habitados como sabemos que nuestra propia tierra lo está, la ciencia no puede dar información sobre ese tema.

EXPANSIÓN DEL CONOCIMIENTO SOBRE EL UNIVERSO EN LA NUEVA ERA

Les pido que me tengan paciencia mientras desarrollo algunas sugerencias que les permitirán reflexionar sobre la grandeza de esta expansión del conocimiento entre los científicos respecto al universo. Lo hago porque tengo un propósito en ello, y me propongo usarlo en breve de una manera más local de lo que podemos usar este conocimiento que ahora les presento, o les recuerdo, pues estoy convencido de que ustedes no son ignorantes de este gran ensanchamiento del conocimiento de nuestro mundo moderno respecto al universo.

Se dice que la luz viaja a una velocidad de 186,000 millas por segundo. ¡Si desean saber qué distancia recorre en un minuto, por supuesto, multiplican ese número por sesenta, y les dará la distancia que recorre la luz en sesenta segundos! Si quieren saber qué distancia recorrerá en una hora, multiplican ese resultado por sesenta, y les dará la distancia que recorrerá la luz en una

hora. Si desean saber qué distancia recorrerá en un día, multiplican ese resultado aún mayor por veinticuatro, y eso les dará la distancia que recorrerá la luz en un día. Y si ese resultado aumentado se multiplica por trescientos sesenta y cinco, dará la distancia que la luz recorre en un año, llamado un año luz; y este se ha convertido en la gran vara de medir de los científicos para calcular las distancias en el espacio.

Esta galaxia o universo del que he hablado se mide con este año luz. Encontrarán, si hacen sus cálculos con cuidado, que la distancia que recorre la luz en un año luz asciende a casi seis billones de millas, aproximadamente 5,859,000,000,000, para ser más exactos. Por supuesto, no entendemos cuán lejos es eso, pero sabemos que es una gran distancia.

Esta galaxia está suspendida en el espacio, en forma oblonga. Ahora bien, si tomamos la luz, viajando a razón de casi seis billones de millas por año, se requerirían trescientos mil años luz para que la luz atravesara su mayor longitud, y se requerirían treinta mil años luz para que atravesara su anchura. Así de grande se estima que es este universo nuestro, según los científicos.

En otro tiempo solíamos hablar de este grupo de estrellas como de un universo, pero hoy, en las profundidades del espacio más allá de él, puede haber miles o incluso millones de tales grupos de creaciones. Muy naturalmente, por supuesto, al ver los límites del espacio retroceder y abrirse ante el hombre esta gran expansión del conocimiento, se esperaba que la reverencia por la grandeza y majestad de todas estas creaciones condujera a los hombres a la humildad y también al reconocimiento del gran poder que las ha traído a la existencia y las ha sostenido hasta el presente. Pero, en lugar de eso, uno se asombra al descubrir que los hombres de ciencia no se sienten movidos a reverenciar a Dios, sino que proclaman la muerte del universo y no tienen esperanza en la inmortalidad del hombre.

EL CONOCIMIENTO DE DAVID SOBRE EL UNIVERSO—REVERENCIA A DIOS

David, como un pastor en las colinas de Judea, contemplaba las estrellas de noche, y de su esplendor recogía vida espiritual y poder. Sin duda estaba

familiarizado con algunos de los grupos estelares, pues Job había nombrado algunos de ellos. Él había hecho la pregunta:

“¿Podrás tú atar las dulces influencias de las Pléyades,
o desatar las ligaduras de Orión?”

Quizá vio el gran cúmulo de estrellas que ahora llamamos el Escorpión; sin duda había observado la Estrella Polar con la Osa Mayor girando a su alrededor. Estaba profundamente impresionado por lo que veía y clamó en voz alta:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios,
y el firmamento anuncia la obra de sus manos.

Un día emite palabra a otro día,
y una noche a otra noche declara sabiduría.

No hay lenguaje ni palabras,
ni es oída su voz.

Por toda la tierra salió su voz,
y hasta el extremo del mundo sus palabras.
En ellos puso tabernáculo para el sol,

Y este, como esposo que sale de su alcoba,
se alegra cual gigante para correr el camino.

De un extremo de los cielos es su salida,
y su curso hasta el término de ellos;
y nada hay que se esconda de su calor.”

De la contemplación de este libro universal pasó a la ley escrita de Dios, y combinó ambos para el consuelo y el enriquecimiento de la vida humana, conduciendo a su hermosa oración, en la cual dijo:

“Sean gratos los dichos de mi boca
y la meditación de mi corazón
delante de ti, oh Jehová,
roca mía, y redentor mío.”

¡Reverencia a Dios!

Pero ahora vienen estos hombres de ciencia de nuestros días, con sus más amplias visiones del universo—su extensión ilimitada—y nos dan a entender que el universo ha superado a Dios; que no hay nadie suficientemente grande para presidirlo y gobernarlo. ¿Piensan ustedes que esa es una afirmación exagerada? Entonces, ¡escuchen! Habla Langdon-Davies:

“La verdad es,” dice él, “que nadie ha podido todavía imaginar un Dios lo suficientemente espléndido o glorioso—estéticamente o éticamente—como para cautivar la imaginación del hombre, una vez que este ha despertado a lo que la ciencia moderna puede mostrarle, tendido a sus pies o suspendido sobre su cabeza.”

Y el Dr. Einstein, supuesto príncipe de los científicos modernos, dice:

“No puedo imaginar un Dios que premie y castigue a los objetos de su creación, cuyos propósitos están modelados según los nuestros—un Dios, en resumen, que no sea más que un reflejo de las debilidades humanas.

Tampoco puedo creer que el individuo sobreviva a la muerte de su cuerpo, aunque las almas débiles abrigan tales pensamientos por temor o ridículo egoísmo” (*The Forum*, octubre de 1930).

Lo anterior, en esencia, ha sido repetido muchas veces en las obras de los científicos modernos, de modo que la tendencia de nuestro conocimiento moderno es apartarse de Dios y negar la continuidad del universo; y con ello, por supuesto, cae toda esperanza de inmortalidad y vida eterna, prometidas en las revelaciones de Dios.

Me imagino que algunos de ustedes dicen: “¿Qué tiene todo esto que ver con nosotros?” “¿Qué uso práctico podemos hacer de estas especulaciones y de estas conclusiones de hombres eruditos?” “¿Cómo afecta esto nuestra obra de esta Nueva Dispensación del Evangelio?”

[Aquí el élder Roberts dijo: “Voy a pedir al coro que nos deleite con un número mientras recupero un poco de fuerzas para concluir con lo que pienso es la parte más noble de la idea que intento desarrollar para ustedes.” Entonces el coro cantó *Los cielos cuentan*. Después de lo cual el élder Roberts continuó:]

EL “PORQUÉ” DE LA NUEVA DISPENSACIÓN

Siempre ha sido un motivo de orgullo para mí, en mis más de cincuenta años de ministerio en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que no fue una cosa trivial lo que dio origen a esta Iglesia de la Nueva Dispensación. No se fundó sobre la idea de que los hombres diferían en cuanto a cómo debía administrarse el bautismo: si por aspersion, o por derramamiento, o por inmersión; o si era para la remisión de los pecados o porque los pecados habían sido perdonados. Siempre me regocijo de que tuviera un fundamento más amplio que la cuestión de si la forma de gobierno y administración de la iglesia debía ser episcopal, o congregacional, o la forma presbiteriana de gobierno, o cualquier otra diferencia menor entre teólogos.

Fue al corazón de las cosas, y asombró al mundo, y al mismo tiempo, por supuesto, despertó su oposición.

Cuando el Profeta de la Nueva Dispensación pidió a Dios sabiduría, y preguntó a cuál de las muchas iglesias a su alrededor debía unirse, se le dijo que no se uniera a ninguna de ellas, porque todas estaban equivocadas; sus credos eran falsos, se acercaban al Señor con sus labios, pero sus corazones estaban lejos de Él; tenían apariencia de piedad, pero negaban su poder; que el mundo cristiano, especialmente, había, en cumplimiento de la profecía de Isaías, transgredido las leyes, cambiado las ordenanzas y roto el convenio eterno (Isaías 24), del cual la sangre de Cristo era la sangre de ese convenio eterno.

Se prometió la venida de una Nueva Dispensación del Evangelio de Cristo, que enlazaría y uniría todas las dispensaciones anteriores, desde Adán hasta el presente, el gran río de acontecimientos fluyendo hacia un inmenso océano de verdad en el cual se uniría con toda la verdad. Era un movimiento mundial.

Para sentar las bases de una fe mayor, trajo a luz el volumen americano de las Escrituras, el *Libro de Mormón*. Con el tiempo, la autoridad de Dios, el santo sacerdocio, fue restaurada: primero su fase menor, a través de Juan el Bautista; y más tarde, Pedro, Santiago y Juan, quienes tenían las llaves

del reino de los cielos, conferidas por el Cristo, aparecieron al Profeta José y a Oliver Cowdery, y la autoridad divina y suprema de Dios les fue conferida.

Por esta autoridad, y bajo su poder, organizaron la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, delinearon sus doctrinas y la establecieron firmemente en la tierra.

Así comenzó la Nueva Dispensación—no con la cuestión de si el bautismo debía ser por inmersión, o para el perdón de los pecados. ¡La basura de las edades acumuladas fue barrida, las rocas quedaron al descubierto y los cimientos fueron vueltos a colocar! Yo recojo inspiración de un movimiento como ese, y me regocijo en él. ¡Que nunca llegue a ser una mera secta tolerada—simplemente una más entre muchas!

Ahora, para mostrarles qué inmenso campo se nos ha puesto delante, y también cómo nos conectamos con estos científicos y con el desarrollo de nuestro conocimiento moderno, les leo una amonestación dirigida a los primeros élderes de la Iglesia, que se reunieron en Ohio con el propósito de ser instruidos y preparados para la obra del ministerio al cual Dios los había llamado. El Profeta les trajo esto de parte de Dios:

EL MINISTERIO DE LA NUEVA DISPENSACIÓN

“Y os doy un mandamiento de que os enseñéis el uno al otro la doctrina del reino:

Enseñad diligentemente y mi gracia os asistirá, para que seáis instruidos más perfectamente en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que es conveniente que entendáis:

De cosas tanto en el cielo como en la tierra y debajo de la tierra; cosas que han sido, cosas que son, cosas que deben suceder pronto; cosas que están cerca, cosas que están lejos; las guerras y las perplejidades de las naciones, y los juicios que hay en la tierra; y también un conocimiento de países y de reinos.”

Nunca puedo leer eso sin exclamar: ¡Qué campo de conocimiento está puesto delante de los élderes de la Iglesia, y al que se les manda entrar y

cosechar abundantemente! La gente ha hablado del ministerio ignorante de la Iglesia Mormona. ¡Todo el tiempo aquí está nuestro plan de estudios señalado para nosotros, un plan de estudios que hemos de seguir! ¿Y con qué propósito? Escuchen el siguiente párrafo:

“Para que estéis preparados en todas las cosas cuando os envíe nuevamente a magnificar el llamamiento al cual os he llamado, y la misión con la que os he comisionado.”

¡Dios no tiene uso de un ministerio ignorante en su Iglesia! Esta es nuestra ley de instrucción y nuestra guía, para prepararnos para la obra del ministerio. Por lo tanto, queremos aprender y familiarizarnos con la tendencia de la ciencia moderna, así como con la ciencia antigua. Queremos saber algo de lo que saben estos hombres que escudriñan los cielos y reducen los elementos, mediante el análisis, a proporciones más o menos verdaderas; queremos saber algo acerca de eso, y es nuestra misión descubrirlo; de ahí la conexión.

Más adelante, en esta misma revelación, vino esta amonestación, y les pido que la marquen. El Señor dice, en continuación de esta búsqueda del conocimiento:

“Y como no todos tienen fe, buscad diligentemente y enseñaos unos a otros palabras de sabiduría; sí, buscad en los mejores libros palabras de sabiduría; buscad conocimiento, incluso mediante el estudio y también mediante la fe.”

EL CONOCIMIENTO POR LA FE

¡Conocimiento por la fe! ¡Qué pensamiento—conocimiento por la fe! Pero que nadie suponga que el conocimiento por la fe se obtiene por un camino fácil o por un método sencillo. Demandará esfuerzo, una vida esforzada, y la exaltación de la vida misma para obtener conocimiento por la fe. Fue el medio por el cual Daniel, en la antigüedad, alcanzó conocimiento. Por medio de ella conoció el secreto de la visión de Nabucodonosor, y por medio de ella aprendió la interpretación de la misma, y dio a Dios todo honor y gloria y exaltada alabanza en una sublime exclamación al Dios del

conocimiento y de la sabiduría, quien lo había bendecido por encima de los hechiceros del rey de Babilonia con conocimiento por la fe.

José Smith obtuvo también su conocimiento por la fe, pero no de ninguna manera fácil. Recuerdo que David Whitmer, uno de los testigos de la veracidad del *Libro de Mormón*, dijo en uno de sus pasajes publicados sobre el tema:

“José Smith era un buen hombre cuando lo conocí. Tenía que serlo, o no habría podido continuar con su obra.”

Y cita una circunstancia en su libro, dirigido a todos los “Creyentes en Cristo”: algo desagradable había surgido entre el grupo que vivía en la casa de los Whitmer, mientras y donde se traducía el *Libro de Mormón*. El Profeta tuvo algún malentendido con su esposa, Emma; ella no siempre estaba satisfecha con su situación, y era muy probada. Así que, después de que este desacuerdo ocurrió en el hogar, él subió a la sala de traducción, donde David Whitmer y Oliver Cowdery lo esperaban. Tomó el instrumento divino, el Urim y Tumim, intentó traducir, pero fracasó por completo. Todo permanecía oscuro para su visión.

David Whitmer relata cómo José salió de la sala de traducción y fue al bosque de la granja Whitmer, y allí se corrigió a sí mismo, llevándose a un estado de humillación y, al mismo tiempo, de exaltación. Regresó a la casa, se reconcilió con Emma, su esposa, subió nuevamente a la sala de traducción, y otra vez se le dieron las visiones y la traducción continuó. Pero solo podía traducir mientras se hallaba en un estado de exaltación de mente y en armonía con el Espíritu de Dios, lo cual conduce a la fuente de los tesoros ocultos del conocimiento.

Quizás recuerden que en nuestra Palabra de Sabiduría se dice que si los santos observan esa Palabra de Sabiduría y guardan los mandamientos de Dios, tendrán acceso a los tesoros ocultos del conocimiento, en virtud de la fe. El conocimiento por la fe requiere una vida exaltada.

Cuando Oliver Cowdery mismo intentó traducir y fracasó, Dios le dijo en sustancia: Tú pensaste que bastaba con pedírmelo y que yo te daría el conocimiento; pero te digo que debes esforzarte por ello, debes pensarlo

en tu mente, y se te dará testimonio de la verdad que se te revele; tu corazón arderá dentro de ti, y así obtendrás sabiduría y conocimiento por la fe (*Doctrina y Convenios*, secciones 8 y 9).

Pero no es tarea de un hombre perezoso—este obtener conocimiento por la fe. Requiere doblar todo el ser, llamar a lo más profundo de la mente humana y enlazarla con Dios; debe formarse la conexión correcta. Entonces viene el conocimiento por la fe.

El Profeta de la Nueva Dispensación es quizás la mejor ilustración de cómo los hombres pueden adquirir conocimiento por la fe, porque bajo tal sistema él sentó los cimientos de esta obra y la trajo a la existencia, para el triunfo final de los propósitos de Dios en el mundo.

EL LIBRO DE MOISÉS

Este conocimiento por la fe va más allá de lo que hemos alcanzado hasta aquí. Después de que el Profeta hubo traducido el *Libro de Mormón*, comenzó a recibir las revelaciones que hoy conforman el *Libro de Moisés* (*Perla de Gran Precio*), cuya traducción comenzó a publicarse aproximadamente seis meses después de que el *Libro de Mormón* fue traducido.

Les leo uno o dos pasajes de este libro, para mostrarles cuán maravilloso es, y cómo conduce directamente a la consideración de estos asuntos que nuestros científicos modernos contemplan en sus estudios. Escúchenlo: el Señor reveló a José Smith la revelación que había dado a Moisés, a partir de la cual Moisés elaboró su parte de la Biblia. Y la parte que leo es la siguiente:

“Y aconteció que, mientras aún hablaba la voz, Moisés alzó los ojos y contempló la tierra, sí, toda ella, y no hubo partícula de la misma que no viera, discerniéndola por el Espíritu de Dios.”

De ahí que pudiera escribir tan bellamente y con tanta verdad acerca de las obras de Dios, de la creación, en nuestra Biblia, porque tuvo esta visión.

“Y [Moisés] contempló también a sus habitantes, y no hubo alma que no viera; y los discernió por el Espíritu de Dios, y su número era grande, tan

innumerable como la arena a la orilla del mar.

Y contempló muchas tierras, y cada tierra era llamada tierra, y había habitantes sobre la faz de ellas.”

EL CONOCIMIENTO POR LA FE SE ANTICIPA AL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Esto va más allá de las deducciones de nuestros científicos que han desarrollado la concepción de este inmenso universo, con mil millones de soles resplandecientes en nuestro universo solamente. Pero si esos soles están rodeados, como el nuestro, por planetas opacos, o habitados como sabemos que nuestra tierra lo está, por inteligencias—los hijos de Dios—ellos no lo pueden decir, y prudentemente se abstienen de decirlo hasta tener alguna certeza al respecto.

Este hombre Moisés, sin embargo, enseñando el conocimiento por la fe, nos dice que contempló estos mundos innumerables y que también estaban habitados.

El Señor continuó diciendo a Moisés:

“Y mundos sin número he creado; y también los he creado para mi propio propósito; y por el Hijo los creé, que es mi Unigénito....

Y habló el Señor Dios a Moisés, diciendo: Los cielos son muchos, y no se pueden contar para el hombre; mas para mí son contados, porque son míos.”

Más adelante, en este mismo libro (capítulo 7), se revela que si esta tierra se deshiciera en partículas, ni siquiera comenzarían a numerar las creaciones de Dios; y aún más, dice en esencia que si millones de tierras como esta fueran deshechas en partículas, no empezarían a numerar las creaciones de Dios.

“Y tus cortinas todavía se extienden.”

¡Ahora bien, que los científicos en Pasadena, California, y en todo el mundo, con el telescopio de cien pulgadas, y con el telescopio de doscientas pulgadas que está en proceso de construcción, prosigan extendiendo su visión más y más lejos! Pero no lograrán enumerar las creaciones de Dios ni medir la extensión de su universo más allá de la información que fue

revelada cien años antes de que ellos hablaran, es decir, en junio de 1830. Porque este libro del cual leo tiene cien años de antigüedad, y Dios reveló este universo expandido por medio de la fe a su Profeta.

De nuevo, la correlación entre el espacio y el reino se estableció en una revelación dada dos años más tarde llamada la “Hoja de Olivo” (*Doctrina y Convenios*, sección 88, diciembre de 1832), y enviada a los santos que se establecían en Misuri:

“Hay muchos reinos, porque no hay espacio en el cual no haya reino; y no hay reino en el cual no haya espacio, sea un reino mayor o menor.”

No conozco lenguaje que mejor exponga la existencia y que mejor declare la correlación del espacio y de la materia que este. ¡Y luego se añade el tremendo hecho de que todo esto está bajo el dominio de la ley!

Refiriéndose nuevamente al *Libro de Moisés*:

“Los cielos son muchos, y no se pueden contar para el hombre; mas para mí son contados, porque son míos.

Ahora observa esto:

Y así como una tierra pasará, y sus cielos con ella, de igual manera vendrá otra; y no hay fin a mis obras ni a mis palabras.

Porque he aquí, esta es mi obra y mi gloria: llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre.”

¡Que nuestros científicos lo consideren! Ese es conocimiento por la fe dado por Dios. Supera con creces los vacilantes pasos de la ciencia, tanto en cuanto a la extensión del universo como en todo lo que los hombres han descubierto en relación con él.

LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Admiro los logros de los hombres de ciencia y los tengo en honor. Especialmente soy un admirador del profesor Millikan, y me emociona su descubrimiento y la exposición que hace del rayo cósmico. Pero, ¿qué he de pensar del Profeta de Dios, quien, hablando cien años antes que él, y hablando por el conocimiento que viene por la fe, reveló la misma verdad—

es decir, que así como una tierra pasará, vendrá otra, y no hay fin a la obra de Dios? Esto le da a la Iglesia de la Nueva Dispensación el derecho de alzar su protesta contra un universo moribundo—y contra sus golpes de muerte a la inmortalidad del hombre.

¡Oh, élderes de Israel, esta es nuestra misión! Resistir esta teoría de un universo moribundo y esta destrucción de la idea de la inmortalidad y de la vida eterna del hombre. Tenemos este conocimiento revelado por Dios, y nos corresponde a nosotros mantener la perpetuidad del universo y la vida inmortal del hombre. Tal fue la misión de Cristo, tal es la nuestra. Este testimonio lo han presentado los élderes del primer siglo de la Nueva Dispensación al mundo con la fortaleza que el Señor les ha dado.

Y ahora, algunos de nosotros, desde manos que caen, “les arrojamos la antorcha.” Que sea de ustedes sostenerla en alto, ni dejen que su llama disminuya. Si quiebran la fe con Dios y con nosotros que morimos, ¡su responsabilidad será muy grande!

Yo soy uno de los testigos especiales del Evangelio de Jesucristo, hecho tal por el oficio que ostento, y quiero comenzar un retorno a mi ministerio en este púlpito ejerciendo mi deber como testigo especial del Señor Jesucristo. He aquí mi testimonio:

Jesucristo es el mismo Hijo de Dios, la encarnación de todo lo divino, la revelación de Dios al hombre, el Redentor del mundo; porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Asimismo, Jesús es el Salvador del hombre individual: por él y solo por él viene el arrepentimiento y el perdón de los pecados, mediante los cuales se hace posible la unidad con Dios. Como su testigo me presento ante ustedes en esta ocasión para proclamar estas verdades acerca de Cristo, no por conocimiento científico ni por erudición de libros, sino por el conocimiento que viene por la fe.

¡Oh Dios, Padre Eterno! Me regocijo en este día de tener la oportunidad de ser un testigo Tuyo ante este pueblo. Concede que esto quede grabado en sus corazones, para que se retiren de aquí fortalecidos y renovados en su fe, mediante la consideración de este gran tema. Humildemente lo ruego.

Te doy gracias con todo mi corazón, oh Señor, porque me has dado la fortaleza para así comenzar de nuevo mi obra, en este lugar.

Todo honor y alabanza, mis hermanos y hermanas, los atribuyo a Dios, porque sin Él nosotros los hombres nada podemos hacer. Amén.

Washington y la fundación de los estados unidos — américa no fracasará

Un discurso pronunciado por el presidente B. H. Roberts en el Tabernáculo de Salt Lake City, el domingo 21 de febrero de 1932.

Mis hermanos y hermanas, les pido que escuchen el siguiente pasaje de Doctrina y Convenios, el cual la mayoría de ustedes que están presentes aquí esta tarde aceptarán como escritura, como la palabra del Señor; y es en torno a este pasaje que deseo desarrollar los pensamientos que espero, bajo la inspiración del Espíritu del Señor, pueda presentarles:

“No es justo que un hombre esté en servidumbre a otro, y para este propósito he establecido la Constitución de esta tierra [los Estados Unidos] por medio de hombres sabios que levanté para este mismo propósito, y redimí la tierra mediante el derramamiento de sangre” (Doctrina y Convenios 101:79–80).

GEORGE WASHINGTON

Hace doscientos años, mañana, nació en Bridge Creek, Westmoreland, Virginia, un niño que estaba destinado a ser llamado el “Padre de su Patria”; título que significaba, cuando se le otorgó, que él fue el factor principal en traer a esa nación o país a la existencia—por supuesto, me refiero al factor humano. Se convirtió en comandante en jefe de los ejércitos que aseguraron a esa nación, compuesta de las trece colonias inglesas, su independencia de Gran Bretaña. Fue el principal factor, creo yo, en cuanto a individuos, que aseguró la Constitución y logró que fuese aceptada por el pueblo.

Fue el primer presidente de ese país, y aportó la poderosa influencia de su carácter a la inauguración de la administración de los Estados Unidos de

América, y con ese acto llevó a nuestra nación a una existencia práctica. Por estas razones fundamentales fue justamente llamado el “Padre de su Patria”.

No es mi propósito intentar darles un relato cronológico de los eventos que conformaron su carrera. Esos hechos son, en lo esencial, conocidos por todo el pueblo, y constituyen un patrimonio de conocimiento para todos nuestros niños en la escuela. Ustedes recuerdan, por supuesto, su carrera escolar bastante humilde, y conviene mencionar aquí que no fue un hombre altamente educado, al menos en la acepción común del término “educación” en cuanto a erudición de libros.

A los dieciséis años se convirtió en agrimensor de la frontera. A los diecinueve fue nombrado comisionado por el gobernador Dinwiddie de Virginia para realizar una expedición al oeste, hacia el valle de los Allegheny y el Ohio, con el fin de observar las acciones de los franceses en su avance hacia el valle del Misisipi, y notificarles que estaban invadiendo las reclamaciones del gobierno británico. Cumplió esa misión con eficacia y gran dignidad, pero no logró convencer a los franceses de abandonar su invasión.

Más tarde fue comisionado para ir y detener el progreso de los franceses en los valles de los Allegheny y del Ohio, pero fue detenido por fuerzas abrumadoras en lo que llamó el Fuerte Necesidad, un fuerte construido apresuradamente; y finalmente tuvo que rendirse y probar la amargura de la derrota, regresando a Virginia sin haber logrado su propósito.

Cuando el gobierno británico prestó más seria atención a la invasión de sus derechos en la región del país que he mencionado, se envió al general Braddock para detener el avance francés en esas zonas, y Washington se asoció con él, como miembro de su estado mayor; y una fuerza de milicia de Virginia fue añadida a los dos regimientos de soldados regulares británicos en este nuevo intento. El modo de guerra de los indios era muy diferente del que Braddock había aprendido; y pronto se hizo evidente que, en su avance formal hacia el interior, abriendo camino conforme avanzaba, al entrar en contacto hostil con los indios—empleando métodos europeos de guerra regular—se encaminaba al desastre.

UNA VIDA PROTEGIDA

Al acercarse al Fuerte Duquesne, después conocido como Fuerte Pitt, y hoy la ciudad de Pittsburgh, Braddock sufrió una tremenda derrota.

Correspondió a Washington cubrir aquella retirada y salvar los restos de los dos regimientos con los cuales Braddock había invadido el país. El virginiano adquirió experiencia militar y renombre a raíz de aquel acontecimiento.

También hay otro detalle que creo guarda cierta relación con el pensamiento principal que deseo presentar: se demostró en la experiencia de Washington, durante aquella retirada, que llevaba una “vida protegida”. Dos caballos fueron abatidos bajo él en la retirada que custodiaba; cuatro balas perforaron su abrigo. Un indio declaró más tarde que había disparado quince veces contra él sin alcanzarlo nunca (Morris, *History of the United States*). Es un hecho singular que, aunque Washington nunca rehusó exponerse al peligro, durante los ocho años de la guerra revolucionaria jamás fue herido en batalla.

Posteriormente, cuando Inglaterra, despertando a un esfuerzo digno para resistir los avances franceses en los valles del Ohio y del Misisipi, y decidida a expulsar a los franceses de ellos, Washington participó en esa guerra del lado de Inglaterra y ayudó en la destrucción del Fuerte Duquesne y en el establecimiento permanente del Fuerte Pitt en su lugar. Fue desde aquella frontera, o desde el valle del Ohio, que Washington observó los sufrimientos que la guerra india había infligido a los colonos pioneros británicos, especialmente a las mujeres y a los niños. Sobre aquel sufrimiento escribió algo que revela la nobleza de su alma—su disposición a sufrir por otros:

“Las lágrimas suplicantes de las mujeres, transformadas en tan mortal pesar, que yo declaro solemnemente, si conozco mi propio corazón, que me ofrecería como un sacrificio voluntario al enemigo asesino, con tal de que ello contribuyera al bienestar del pueblo.” (*The True George Washington*, Paul Leicester Ford).

Después de estas destacadas experiencias militares, Washington regresó a Virginia y participó en el gobierno de aquella colonia, una de las principales colonias de Gran Bretaña. Se convirtió en miembro de la Cámara de los

Burgueses, y adquirió experiencias que le fueron valiosas en años posteriores. Llegó a ser miembro del Congreso Continental, y obtuvo conocimiento de los principios fundamentales de gobierno, especialmente en lo relativo a los derechos individuales: el derecho humano a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad; y al derecho de las comunidades a gobernarse a sí mismas, todos los gobiernos—según la concepción de aquellos patriotas americanos—derivando sus justos poderes del consentimiento de los gobernados. Por esos principios contentió Washington junto con sus compatriotas.

PREPARADO POR LA EXPERIENCIA

Todo esto lo preparó para su experiencia como presidente de la Convención Nacional Constitucional. Creo que no hubo un solo factor humano que contribuyera más al establecimiento de esa Constitución que la serena sabiduría y el contacto de Washington con los miembros que redactaron aquel instrumento inmortal. Todo esto fue importante, por supuesto, en el momento en que tales acontecimientos sucedieron; pero su principal importancia surge ahora—al verlos en la perspectiva de doscientos años—en que todos contribuyeron a la formación de Washington. Y deseo contemplar el valor del carácter de Washington a través de la obra que realizó. Propongo considerarlo en relación con su aporte a este gran principio que se anuncia en mi texto: a saber, que esta gran república libre de América fue traída a la existencia por medio de hombres sabios, a quienes Dios inspiró para establecer el gobierno de estos Estados Unidos. Y especialmente deseo señalar cómo la mano de Dios se manifestó en la construcción de esta noble nave del Estado para el Nuevo Mundo.

ÉPOCA DE GRANDES HOMBRES

El período de Washington fue una época muy notable por la cantidad de grandes hombres que se desarrollaron en ella, o que estuvieron estrechamente relacionados con ella.

En el campo de los grandes militares y generales, estaban Federico el Grande, de Prusia; Napoleón, Blücher, Wellington; y si Washington fuera comparado con estos supremos personajes militares, quizá su gloria castrense se desvanecería un tanto, porque se movió en una esfera militar

mucho más limitada que aquellas en las que actuaron estos otros generales.

Tuvimos también estadistas como William Pitt, conde de Chatham, que quizá no ha tenido igual en Inglaterra. En ese período brilló además su hijo, el joven Pitt. Junto a ellos, Inglaterra contaba con talentos notables como James Fox y Edmund Burke, en el Parlamento británico; y en nuestra propia tierra tuvimos toda una escuela de estadistas: Jefferson, Hamilton, John Jay, los Adams, John y Samuel; Patrick Henry, John Marshall y el resto de nuestros estadistas y patriotas revolucionarios. Newton, el gran científico, todavía era una memoria viva en esos días, y Benjamín Franklin se alzaba como una figura prominente en el campo de la ciencia.

Así también podrían enumerarse aquellos que contribuyeron a la vida intelectual de ese período. Recuerdo que Blackstone aún era una memoria cercana en esa época, un hombre que dominaba el razonamiento puro; Jonathan Edwards, el teólogo, también pertenecía a ese período, y no hubo intelecto más sutil; y si lo dudan, lean sus obras teológicas sobre los decretos de Dios. Si yo estuviera ansioso de fomentar la educación de un hijo mío, no dudaría en poner en sus manos las obras de Jonathan Edwards, para que aprendiera el arte del pensamiento claro y la secuencia de la lógica pura en el sostenimiento de las grandes teorías que defendió.

Así pues, digo que aquel período fue rico en quienes mantuvieron la vida intelectual en la que vivió Washington. Si vamos a compararlo con otros, no podríamos hacerlo mejor que comparándolo con el grupo de hombres en medio de los cuales vivió y desarrolló su obra. Fue inferior, quizá, en rapidez de intelecto y en profundidad de investigación y análisis de las grandes cuestiones que se le presentaban; inferior a algunos de aquellos que, en lo principal, teniendo un solo talento, lo desarrollaron hasta su más alto poder de gloria y realización.

Al hablar así, tal vez se pregunten: ¿en qué consiste entonces el genio de Washington? La respuesta es que su genio consiste en el equilibrio de las cualidades del intelecto, del corazón y de la fibra moral; y la armonización de esas cualidades que poseía representan un genio superior al de quienes solo lograron desarrollar una facultad o un don especial. Si a su vida intelectual—un tanto lenta, quizás, en sus procesos—le añadimos su

espléndido valor, su absoluta honradez, su elevado sentido del honor, su integridad; cuando estas cualidades morales vitales son tomadas en cuenta, no dudamos en afirmar que Washington fue algo más que el igual de los grandes personajes que produjo su época.

LA APRECIACIÓN DE JEFFERSON SOBRE WASHINGTON

De todos aquellos que conocieron a Washington y vivieron parte de sus vidas con él íntimamente, quizá el mejor capacitado para dar una justa valoración de su carácter fue Thomas Jefferson, aunque fuese el polo opuesto de Washington en principios políticos. Sin embargo, dijo de él:

“Creo que conocí al general Washington íntima y completamente. Su mente era grande y poderosa, sin ser del primer orden; su penetración fuerte, aunque no tan aguda como la de un Newton, Bacon o Locke; y [en lo que alcanzaba a ver], jamás juicio alguno fue más certero. Era lenta en su operación, poco ayudada por la invención o la imaginación, pero segura en su conclusión; de allí el comentario común de sus oficiales sobre la ventaja que obtenía de los consejos de guerra, donde, escuchando todas las sugerencias, seleccionaba lo que era mejor... Era incapaz de sentir miedo, enfrentando el peligro personal con la mayor serenidad. Quizá la característica más fuerte de su carácter era la prudencia: nunca actuaba hasta que cada circunstancia, cada consideración, hubiese sido debidamente ponderada.”

Él fue, en todo el sentido de las palabras, un hombre sabio, bueno y grande. Su temperamento era naturalmente irritable y altivo, pero la reflexión y la resolución habían obtenido sobre él un firme y habitual dominio. Puede decirse con verdad que nunca se combinaron de manera más perfecta la naturaleza y la fortuna para formar a un gran hombre y colocarlo en la misma constelación con aquellos dignos que han merecido de la humanidad un recuerdo eterno.

UN CARÁCTER QUE PERDURARÁ

Se piensa generalmente que el culmen de los elogios hacia Washington se alcanzó en el panegírico que le dedicó Light Horse Harry Lee, cuando resumió su posición en la nación diciendo que Washington fue “primero en

la guerra, primero en la paz y primero en los corazones de sus compatriotas.” Pero eso no cuenta toda la historia. Su fama y grandeza perdurable traspasaron las fronteras de los Estados Unidos; y cuando la muerte lo alcanzó y la noticia llegó a Europa, el luto fue casi tan extendido como lo había sido en América. Los ejércitos de Bonaparte y la Flota del Canal de Gran Bretaña rindieron homenaje a su memoria. “Se admitió de manera general que el mundo había perdido a un estadista cosmopolita del más alto rango y a un noble amigo de la humanidad.”

El gran poeta inglés Byron, cuya musa quizá es la más elevada que haya hablado jamás un inglés, al reflexionar sobre Napoleón y otros grandes hombres, se permitió estas meditaciones acerca de Washington:

“¿Dónde puede reposar el cansado ojo,
al contemplar a los Grandes:
donde no arde una gloria culpable,
ni un estado despreciable?
Sí—uno—el primero—el último—el mejor—
el Cincinato del Oeste,
a quien la envidia no osó odiar.
Lega el nombre de Washington,
¡para hacer sonrojar al hombre de que hubo solo uno!”

No me importa lo que digan los detractores. El carácter de Washington resistirá todos los ataques que se hagan contra él, y su grandeza, su nobleza y su bondad permanecerán incólumes. ¡Los estadounidenses tienen derecho a sentirse orgullosos de su héroe nacional!

LA ASCENDENCIA DE WASHINGTON

Por supuesto, los genealogistas han estado ansiosos por establecer para Washington una ascendencia noble, una ascendencia poco común. Un genealogista fantasioso incluso intentó rastrear su linaje hasta Odín, uno de los míticos semidioses de los antiguos países escandinavos. Otro se mostró ansioso por vincular su ascendencia con los Washington de Durham, en Inglaterra, con qué éxito no soy lo bastante especialista para determinarlo. Pero el resultado final parece haber sido únicamente este: que se ha establecido que pertenecía a la clase alta del pueblo común de Inglaterra,

los propietarios de tierras en aquel reino, donde la posesión de tierras constituye una distinción.

Setenta y cinco años antes de su nacimiento, el bisabuelo de Washington, John Washington, vino de Inglaterra y se estableció en Virginia, y hasta allí, con absoluta certeza, puede establecerse la genealogía. Los Washington no eran contados entre las familias aristocráticas de Virginia, ni entre las primeras familias de la antigua y orgullosa mancomunidad. En este punto quiero decir, sin embargo, que la Iglesia de los Santos de los Últimos Días puede proveer a Washington de una ascendencia y de una posición entre las inteligencias que Dios ha honrado, mucho mejor que cualquier otra fuente. Permítanme tomarme un poco de tiempo para mostrarles eso.

San Pablo dice que Dios, en muchas ocasiones y de diversas maneras, se reveló a los hombres, pero que en estos últimos días en los que él vivía, Dios había hablado a los hombres por medio de su Hijo “a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Heb. 1:1). Pues bien, por supuesto, si Cristo, bajo la dirección del Padre, creó mundos, eso debió de haber sido en aquella preexistencia de su vida espiritual, antes de ser conocido en la carne, antes de haber nacido de María.

De nuevo, en San Juan, al hablar de Cristo se dice:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

Luego prosigue diciéndonos:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (San Juan 1:1–14).

De nuevo San Pablo:

“Porque el que santifica [el Cristo] y los que son santificados [los hombres], de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos;” queriendo decir la raza de los hombres como sus hermanos.

En nuestra revelación moderna, Cristo es representado diciendo:

“Yo estuve en el principio con el Padre y soy el primogénito”; y luego, al grupo de élderes que estaban presentes cuando la revelación fue dada: “Vosotros también estuvisteis en el principio con el Padre; aquello que es espíritu.”

Así recibimos el gran principio por el cual nuestra Iglesia se distingue: la preexistencia del espíritu de Cristo y también de los espíritus de todos los hombres. Una revelación mayor llegó a la Iglesia de la Nueva Dispensación sobre este tema cuando se descubrió y tradujo el Libro de Abraham por el Profeta. En él, Abraham dice en este registro:

“Ahora bien, el Señor me había mostrado a mí, Abraham, las inteligencias que fueron organizadas antes que existiera el mundo; y entre todas éstas había muchas de los nobles y grandes; y Dios vio que eran buenas, y se puso en medio de ellas y dijo: A éstos haré mis gobernantes. Y se hallaba entre aquellos que eran espíritus, y vio que eran buenos” (Perla de Gran Precio, Abraham 3:22–23).

Les ruego contemplen ese pasaje por un momento, y esas características que fueron atribuidas a aquellos espíritus que Abraham contempló; es decir, a algunos de ellos: “los nobles, los grandes, los buenos.” “Y Dios me dijo: Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer.” Así también, por supuesto, lo fue Cristo, y también otros.

Abraham anuncia a muchos de estos espíritus como “grandes, nobles, buenos”; y Abraham fue un ejemplo de esa clase de espíritus, él estaba entre ellos. Para comprender toda la fuerza de ello, es necesario estar bien familiarizado con Abraham, y se requiere más información de la que se da en los escritos de Moisés respecto a él en la Biblia. Debe unirse al relato bíblico lo que se halla en los escritos de Josefo y todas las tradiciones concernientes a este gran patriarca, ¡el “amigo de Dios”! No puedo pensar en un título más elevado que pueda conferirse a un hombre que ese, y esa fue la relación que Abraham tuvo con Dios. El Señor dijo: “Yo conozco a Abraham. Mandará a su descendencia después de él.” Por eso llegó a ser llamado el “Padre de los Fieles.” Asimismo, fue profundamente instruido en las cosas que Dios le había revelado, pues principalmente su conocimiento le vino por la fe, y no tanto por la asistencia a las antiguas escuelas, ni por el estudio de libros—pues había menos libros entonces que ahora. Pero el

conocimiento de Abraham se obtuvo por la fe, y los hombres pueden obtener conocimiento por la fe, así como por el estudio de libros que solo representan la sabiduría y el conocimiento acumulados de las edades pasadas.

Josefo nos dice que Abraham no solo fue un maestro en matemáticas y enseñó esa ciencia a los egipcios, sino que también les enseñó astronomía; y la astronomía de Abraham se aproxima mucho a nuestro conocimiento más perfecto en esta época en que vivimos, y que ha sido desarrollado por los descubrimientos que se realizan en los cielos. El patriarca, según nos dice Josefo, no solo poseía conocimiento, sino que tenía gran habilidad para persuadir a otros de aceptar aquello que él mismo había llegado a conocer. Así, mientras en Egipto los principales hombres y científicos de aquel tiempo estaban muy divididos y en conflicto entre sí, él trajo armonía a partir de su caos, y los estableció en confianza unos con otros.

Así tenemos en Abraham un ejemplo de esos espíritus que existieron antes de que el mundo fuese, muchos de los cuales eran “grandes”, y eran “nobles” y eran “buenos.”

WASHINGTON ESTÁ A LA ALTURA DE LA PROFECÍA

Vuelvo ahora a las pocas cosas que he dicho de Washington, y pregunto: ¿no está él también a la altura de esta profecía del Señor en relación con aquellos espíritus que él haría sus gobernantes, los cuales habitaron en el mundo de los espíritus antes de figurar en esta vida terrenal? Grande, más allá de toda duda; noble, pues despreció las cosas mezquinas y pequeñas, y lo que era injusto e indebido. Fue “bueno”, en el sentido amplio y elevado del término. No me importa lo que los detractores digan de él. Esas fueron sus características—grandeza, nobleza, bondad—de modo que su carácter está en armonía con la idea de que él, y todo el grupo de hombres que pusieron los cimientos de nuestro gobierno de los Estados Unidos, fueron inspirados por Dios, y obraron tal como Dios quería que edificaran: pertenecían a aquella clase de espíritus de quienes Dios dijo que haría sus gobernantes.

Pues bien, esa es una mejor ascendencia que la que pueda trazarse para Washington siguiendo las líneas que buscan establecerle una honorable genealogía humana.

Habiendo establecido ese pensamiento en sus mentes, permítanme ir un poco más lejos:

Entre los grandes propósitos que Dios tuvo en mente en la formación de este grande y libre gobierno de los Estados Unidos estaba el establecimiento de la libertad religiosa. Eso también estuvo en la mente de Washington y de sus compatriotas al fundar la libertad de religión bajo nuestro gobierno; y la religión habría de sostener al gobierno:

“Las leyes y constitución del pueblo [de América] que he permitido que se establezcan, y que deben ser mantenidas para los derechos y la protección de toda carne, conforme a principios justos y santos; a fin de que todo hombre obre en doctrina y principio relacionados con el porvenir, de acuerdo con la libertad moral que le he concedido; para que todo hombre sea responsable de sus propios pecados en el día del juicio” (Doctrina y Convenios 101).

Ese es uno de los grandes propósitos por los cuales se estableció este país, por medio de hombres sabios que Dios levantó para ese mismo fin. Y el valor de la religión y su persistencia en la tierra, y su relación con el gobierno, y la relación del gobierno con la religión, nadie lo ha expresado en términos más adecuados que Washington. Él dijo, en el *Discurso de Despedida* que emitió al retirarse de la presidencia:

WASHINGTON SOBRE LA RELACIÓN ENTRE EL GOBIERNO Y LA RELIGIÓN

“De todas las disposiciones y hábitos que conducen a la prosperidad política, la religión y la moralidad son apoyos indispensables. En vano reclamaría el tributo del patriotismo aquel que se esforzara en subvertir estos grandes pilares de la felicidad humana—(es decir, la religión y la moralidad)—estos apoyos más firmes de los deberes de los hombres y ciudadanos. El mero político, tanto como el hombre piadoso, debe respetarlos y apreciarlos. Un volumen no bastaría para rastrear todas sus conexiones con la felicidad privada y pública. Bástese con preguntar:

¿dónde está la seguridad de la propiedad, de la reputación, de la vida, si el sentido de las obligaciones religiosas abandona los juramentos, que son los instrumentos de investigación en los tribunales de justicia? Y permitámonos con cautela suponer que la moralidad pueda mantenerse sin religión. Cualquiera que sea la influencia que se conceda a la educación refinada en mentes de estructura peculiar, tanto la razón como la experiencia nos prohíben esperar que la moralidad nacional pueda prevalecer excluyendo el principio religioso.

“Es sustancialmente cierto que la virtud o la moralidad es un resorte necesario del gobierno popular. La regla, en efecto, se extiende con más o menos fuerza a toda especie de gobierno libre. ¿Quién, siendo amigo sincero de él, puede mirar con indiferencia los intentos de sacudir los cimientos de su estructura?”

He leído mucho en apoyo de la religión y de su necesidad para la moralidad y para el sostenimiento del gobierno, pero en ninguna parte de mis lecturas he hallado una exposición más sabia sobre la importancia y la absoluta necesidad de la religión, en su asociación con la moralidad y con el gobierno, que esta escrita en el *Discurso de Despedida* de Washington.

EXTENSIÓN DE LAS INSTITUCIONES LIBRES AL MUNDO

Y ahora, en relación con la extensión de los principios de nuestro gobierno a otras naciones y pueblos: pues el texto de la escritura con el que estoy tratando dice que la Constitución que Dios permitió que se estableciera “ha de mantenerse para los derechos y la protección de toda carne” (Doctrina y Convenios 101:77); es decir, ¡debe ser de aplicación universal!

En mis primeras lecturas de la historia de los Estados Unidos, el gran libro de texto de aquellos días era la *Historia de los Estados Unidos* de Marcus Wilson, y desde entonces, en mis lecturas, no he encontrado una obra más noble que la suya. Él llama la atención al hecho de que no solo fue nuestro gobierno americano el que nació por la acción de hombres sabios, grandes personajes patrióticos, sino que también otras naciones—incluso las viejas monarquías del mundo—fueron utilizadas para crear nuestra república. Al comentar sobre el cierre de la guerra americana que dio origen a nuestra nación, este antiguo escritor de historia estadounidense dice:

“Así terminó la guerra más importante en la que Inglaterra se había visto jamás envuelta, una guerra que surgió enteramente de su trato injusto hacia sus colonias americanas. El gasto de sangre y tesoro que esta guerra costó a Inglaterra fue enorme; ni tampoco sus antagonistas europeos sufrieron mucho menos severamente. Los Estados Unidos fueron el único país que pudo mirar a algún resultado beneficioso de la guerra, y estos se obtuvieron por una extraña unión de motivos y principios opuestos, sin igual en los anales de la historia.”

“¡Francia y España, los déspotas arbitrarios del viejo mundo, se habían presentado como los protectores y auxiliares de una república naciente! y se habían combinado, en contra de todos los principios de sus credos políticos, para establecer las libertades de América. No parecían sino instrumentos ciegos en las manos de la Providencia, empleados para ayudar en la fundación de una nación que habría de cultivar aquellas virtudes republicanas que estaban destinadas aún a regenerar al mundo sobre los principios de la inteligencia universal, y eventualmente a derrocar el gastado sistema de usurpación tiránica de unos pocos sobre la multitud.”

¿No fue extraño que hubiera tal combinación de fuerzas nacionales para ayudar a los patriotas de nuestra tierra a establecer un gobierno republicano? ¡Y sin embargo, quién puede dudarlo! Este pasaje que he leído presenta la verdad con mucha claridad.

Y esto resulta algo asombroso. Tengo dos mapas que muestran la existencia de gobiernos republicanos en la época en que se libró nuestra Revolución Americana. Un mapa negro en el que se indicaban tres pequeños puntos blancos. Estos eran Génova, en Italia; Venecia, en Italia; y la República de Suiza. Todo el resto del mapa era negro, indicando la existencia de formas monárquicas de gobierno, con las excepciones mencionadas. El otro mapa, paralelo a este, representa el cambio del negro al blanco: las áreas blancas indicando ahora la existencia de gobiernos republicanos, o monarquías liberales, y casi cubren el mundo. Hoy apenas comprendemos lo que “reino” significaba en las edades pasadas, pues aquellos gobiernos monárquicos que permanecen son tan democráticos en su espíritu que se asemejan estrechamente a repúblicas. El poder y la fuerza de la monarquía

han sido derribados: el “derecho divino de los reyes” ya no existe ni en el pensamiento, tan grande se ha hecho la libertad de las naciones.

Este cambio se ha producido en el mundo desde el establecimiento de la república del nuevo mundo, cuya Constitución fue formada en 1789 y de la cual Washington se convirtió en el primer presidente. Esta revolución se ha realizado en el espíritu de los gobiernos, y la libertad se ha ensanchado principalmente por el ejemplo y la influencia de esta república del nuevo mundo, de instituciones libres y de gobierno democrático exitoso.

Cuando leí por primera vez este pasaje de nuestra Doctrina y Convenios, pensé que se refería únicamente a América y a su crecimiento en libertad, pero después noté esto:

“La constitución del pueblo [de América], la cual he permitido que se establezca, debe mantenerse para los derechos y protección de toda carne.”

Todos los hijos de Dios habrán de gozar finalmente de las bendiciones de esta libertad universal. Washington contempló también esta extensión de las instituciones libres al mundo. Esto en otro noble pasaje de su *Discurso de Despedida* al pueblo americano. En ese documento, Washington oró en cierto punto para que el cielo continuara concediendo a sus compatriotas las más escogidas muestras de su bondad. Entonces dijo:

“Que vuestra unión y afecto fraternal sean perpetuos; que la Constitución libre, que es obra de vuestras manos, sea sagradamente mantenida; que su administración, en cada departamento, esté sellada con sabiduría y virtud; que, en fin, la felicidad del pueblo de estos estados, bajo los auspicios de la libertad, sea hecha completa mediante una conservación tan cuidadosa y un uso tan prudente de esta bendición, que adquiera para ellos la gloria de recomendarla a la aprobación, al afecto y a la adopción de toda nación que aún sea extraña a ella.”

Y tal ha sido la influencia moral de nuestro gobierno de los Estados Unidos en el mundo, que sin intento alguno de conquista por las armas, ha habido una conquista pacífica del mundo en la dirección de las instituciones libres. ¡Cuán gloriosa es esta concepción, esta oración de Washington! ¡Y cómo se

coloca en paralelo con aquello que Dios anuncia como su propósito en nuestra revelación: que el derecho a la libertad religiosa debía ser especialmente establecido y debía ser gozado por todos! Dios tuvo compasión de los hombres y trajo a la existencia esta Constitución americana y su gobierno.

¡Cuán bellamente convergen estas cosas en los asuntos a los cuales he llamado su atención! Por imperfecta que haya sido su representación, sin embargo, estos pasajes que he leído de las escrituras de Dios, y también de los escritos de este supremo hombre entre los hombres, Washington, en el establecimiento del gobierno libre de los Estados Unidos—¡qué felizmente convergen todos en el cumplimiento de los propósitos divinos de establecer esta Constitución de los Estados Unidos y el gobierno que de ella brota!

Ahora permítanme preguntarles—haciendo una pequeña aplicación práctica de estas cosas, el establecimiento de este gobierno y también su preservación—¿tenemos derecho a ser pesimistas en relación con América y la perpetuación de ese orden de gobierno que Dios ha establecido en esta “tierra escogida”—“escogida sobre todas las demás tierras”? Inspirada entonces en su origen, ¿va a fracasar América? No solo fue establecida divinamente por hombres sabios, “a quienes Dios levantó para ese mismo propósito”, sino que otro grupo y otra administración fueron inspirados para extender los límites de la gran república del Nuevo Mundo desde el este del valle del Misisipi hasta el océano Pacífico, extendiendo sus posesiones de modo que nuestras líneas llegaron a ser tan largas en la costa del Pacífico como en la del Atlántico. América cumplió lo que solía llamarse su destino manifiesto, al llegar su pueblo a la costa del Pacífico y consolidar las posesiones de los Estados Unidos a lo ancho de todo el continente, hasta que la parte más rica del antiguo continente de Norteamérica quedó bajo el amparo de las instituciones libres, y su destino confiado al gobierno establecido por Dios, por medio de hombres sabios “a quienes Él levantó para ese mismo propósito.”

Luego, cuando llegó el momento en que el destino de este gobierno—al menos en su grandeza—pendía de un hilo, y once estados afirmaron el derecho de retirarse de la Unión, de romper la Unión que había sido establecida por los padres de la república, otra vez se levantó un grupo de

“hombres sabios”, bajo el liderazgo de Lincoln, quienes preservaron aquello que Dios había establecido. Y así como ha sido en el pasado, así es mi fe que será en el futuro.

Por supuesto, no sé qué fortuna aguarda a la república que Washington fue tan potente en fundar. Lo que sucederá, quizá nadie lo sepa; pero un gobierno fundado como lo fue el nuestro, extendido como lo fue a través del continente, preservado en su solidez por la acción de un Lincoln y de aquellos que estuvieron asociados con él en salvar a la nación que Dios había fundado, me da confianza para creer que Dios no ha fundado esta gran nación para que fracase. Los terremotos podrán sacudir nuestras montañas, el mar podrá desbordarse más allá de sus límites; tormentas, tempestades y sequías podrán asolar nuestros grandes valles, y el porvenir podrá volverse oscuro. Los individuos podrán fracasar; depresión podrá suceder a depresión; los bancos podrán arruinarse, y toda clase de infortunios caer sobre individuos y sociedades dentro de los límites de la República—¡pero AMÉRICA NO FRACASARÁ!

Su destino aún no ha sido cumplido. Ya se ha convertido en la nación más grande, más rica y más poderosa de la tierra, y ha sido elevada a esta alta eminencia, y sus instituciones libres—pero sobre todo su inigualable Constitución—han sido fundadas para lograr aún mayores victorias en el mundo. Creo que continuará floreciendo, incólume en medio de los elementos en conflicto, hasta que haya alcanzado aquello para lo cual fue formada y hasta ahora preservada. Y así quiero dejar con ustedes este espíritu optimista y la expresión— de esta firme convicción de que, suceda lo que suceda, ¡AMÉRICA NO FRACASARÁ!

“Dios bendiga la tierra de Washington”, pero no solo la de Washington—la bendición va más profundo que eso. Es la tierra de José, el hijo de Jacob. Es la tierra para la congregación de Israel en los últimos días, es la tierra de Sion; la tierra donde Dios ha restablecido su Nueva Dispensación de la religión cristiana en el mundo por última vez y para la plenitud de los tiempos, ¡y esa Iglesia no fracasará más que los Estados Unidos fundados por Dios fracasarán! Ella persistirá hasta que los reinos de este mundo lleguen a ser los reinos de nuestro Dios y de su Cristo, y la verdad, la libertad y la justicia sean establecidas; porque la misma tierra no fue

formada por Dios para fracasar, sino que seguirá de desarrollo en desarrollo, hasta que llegue a ser la esfera celestial que Dios ha diseñado para ella desde el principio.

¡Dios bendiga a América y a su misión, en el nombre de Jesucristo, amén!

Al concluir el discurso, el siguiente canto patriótico, solo y coro, fue interpretado por el Prof. Anthon Lund y el coro.

LA TIERRA DE WASHINGTON

Dios bendiga la tierra de Washington,
la tierra que amamos tanto,
donde la Libertad ha sonreído
sobre cada bosque, lago y valle;
donde instituciones, preciosas y libres,
han hecho de las costas de Columbia
un hogar para aquellos de más allá de los mares,
donde los tiranos ya no gobiernan.

Dios bendiga la tierra de Washington,
la tierra que amamos tanto.
Nuestra Independencia, valientemente ganada,
para siempre allí moraremos,
entre estas montañas y estas llanuras,
y ríos con fuerte concordia.
A la vista de los rayos inmarcesibles de la Gloria,
a través de todas las edades reunidos.

Que la unión enlace los corazones del pueblo
en dulces cadenas de contento,
y nos preserve de divisiones,
de luchas civiles y dolores:
y que nuestra Constitución permanezca
como estrella de esperanza para aquellos,
en toda tierra y todo clima,
que huyen de pesares despóticos.

Coro:

Dios bendiga nuestra tierra, la querida tierra de la libertad,
y proteja el viejo rojo, blanco y azul:
oh, guárdela de la mano del traidor,
y manténganos patriotas fieles.
¡Dios bendiga la tierra de Washington!

Punto de vista “mormón” del primer y grande mandamiento

Un discurso preparado para ser pronunciado en la emisora KTAB, Oakland, California, por el presidente B. H. Roberts, pero leído por I. B. Ball, del sumo consejo de la Estaca de San Francisco, el domingo 24 de abril de 1932.

“Entonces uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo:

Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?

Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

Este es el primero y grande mandamiento.

Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.” (San Mateo 22:35–40).

Cualquiera que sea mi perplejidad al escoger un tema para tratar en mis comentarios de hoy, he concluido que ciertamente no cometeré error alguno si elijo el mayor de todos los mandamientos de Dios como tema de mi discurso—el más grande porque es el más abarcador; y ciertamente nos hará bien meditar en él.

La primera parte de la ley es de fácil cumplimiento si la abordamos correctamente:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.”

¿CÓMO HALLARÁ EL HOMBRE A DIOS?

Pero, ¿cómo habremos de abordarlo correctamente?

San Pablo dice: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” Pero añade:

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados [es decir, de Dios]? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”

En otras palabras, la fe viene por el oír la palabra de Dios.

Así también el amor a Dios: ¿Cómo amarán los hombres a Dios si no le conocen? Ciertamente, los hombres no pueden amar a Dios sin conocerlo, y sin conocer algo de Él. ¿Y cómo se obtiene ese “conocerle” y ese “saber de Él”? Seguramente, el hombre no puede conocer mucho de Dios solo por el conocimiento humano. Uno de los escritores antiguos de las Escrituras preguntaba: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?” Y por la experiencia de muchas naciones, se aprende que los hombres, sin ayuda, no pueden hallar a Dios, pues confesadamente no le han hallado. Él no puede ser plenamente conocido sino en la medida en que se revele a los hombres.

Sé que San Pablo casi sostiene lo contrario, pues dijo:

“Lo que de Dios se conoce les es manifiesto [aun a los hombres injustos]; porque Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas” (Romanos 1:19–20).

Esto es un recurso a las cosas que son “hechas” para llegar a Dios, que las “hizo”; pero aunque estas cosas “hechas” proclaman cierto poder y gloria, difícilmente alcanzan la altura de dar a conocer a Dios de manera definida al hombre, de modo que despierte en él amor por Dios. Asombro y reverencia sí pueden, y de hecho inspiran. Pero las relaciones personales necesarias para amar no son descubiertas simplemente contemplando estas cosas. Con David podemos decir, al contemplar el universo:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios,
y el firmamento anuncia la obra de sus manos.
Un día emite palabra a otro día,
y una noche a otra noche declara sabiduría.
No hay lenguaje, ni palabras,
ni es oída su voz.
Por toda la tierra salió su voz,
y hasta el extremo del mundo sus palabras” (Salmo 19:1–4).

¿Pero qué hay de aquellas cosas sobre las que puede fundarse el amor?
Debemos sostener que los principios aquí enunciados son aceptados sin mayor discusión. El hombre solo puede amar a Dios en la medida en que llega a conocerlo; y para ser conocido, Él debe revelarse al hombre.

EL CRISTO COMO LA REVELACIÓN DE DIOS

Aceptado este principio, ¿dónde hallaremos, entonces, a Dios revelado? Sin duda, Dios se revela a través de Jesucristo, su Hijo. No será necesario citar numerosos pasajes. El mensaje del Nuevo Testamento es que Dios es revelado en la carne por medio de Cristo.

“E indiscutiblemente—dice San Pablo—grande es el misterio de la piedad.” Eso se concede; pero él continúa: “Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” (1 Timoteo 3:16). Todo esto en clara alusión a Cristo.

El testimonio de San Juan es que:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (San Juan 1:1–14).

Considero que estos dos pasajes son suficientes para establecer la doctrina del Nuevo Testamento: que Jesucristo no solo estuvo con Dios desde el

principio, sino que fue Dios manifestado en la carne. Con esta verdad establecida—Jesucristo, la manifestación de Dios en la carne—sostengo que la primera parte del gran mandamiento es de fácil cumplimiento. Porque si Jesucristo es Dios manifestado en la carne, ¿quién podría negar su amor a Dios? Jesús se presenta claramente como la manifestación suprema de todo lo que puede ser divino—Dios encarnado; y Dios en plenitud: porque está escrito no solo que Cristo, el Hijo de Dios, “es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; para que en todo tenga la preeminencia”; sino también que “agradó al Padre que en él habitase toda plenitud... porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 1 y 2).

En Cristo, entonces, tenemos nuestro conocimiento de Dios: quién es y cómo es.

LA PATERNIDAD DE DIOS: LA HERMANDAD DE LOS HOMBRES

Además, nuestra relación con Dios se forma a través de Jesucristo. Está escrito:

“Porque el que santifica [esto es, el Cristo] y los que son santificados [los hombres], de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11).

Y nuevamente, en la resurrección, al aparecer a María Magdalena, el Cristo resucitado le dio un precioso mensaje para que lo entregara a los apóstoles:

“Aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.”

Más tarde habría de reunirse con los Doce en Galilea, después de esta visita propuesta al Padre. Pero el punto aquí es que Cristo reconoce a sus discípulos como sus hermanos, y a su Padre como su Padre, y a su Dios como su Dios, asegurando así la gran verdad de que Dios es el Padre de Cristo y de los hombres; y que los hombres son hermanos de Cristo, y entre sí.

Y ahora, Dios se reveló a sí mismo a través de Cristo. Cristo posee todos los atributos de Dios, incluyendo todo su poder, pues se proclamó a sí mismo

como poseedor de “toda potestad en el cielo y en la tierra” (San Mateo 28:18). Toda la majestad de Dios está en él—poder creador de mundos, poder sustentador de mundos; juicio, justicia, misericordia, compasión, santidad—todo lo que pertenece a Dios está en Jesucristo. Él es legislador, autor de los Diez Mandamientos, tal como los resumió en este pasaje que usamos como texto, además del Sermón del Monte con su corazón de oro, llamado por los hombres la “Regla de Oro”: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.” Y Cristo no solo dio la ley del Sermón del Monte, sino que la vivió.

Y así, en todo y de todas las maneras, proclamo a Cristo como la revelación de Dios, y como el poseedor de todos los atributos y poderes de la Deidad, los cuales ejemplificó en su vida. Repito la pregunta: ¿quién, conociendo a Dios a través de Cristo, aun si pudiera, desearía rehusar su amor a Dios? Y así, la primera parte de la gran ley—

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”—

queda cumplida; y es fácil. Amar a Dios es conocerle por medio de Jesucristo. El amor, entonces, es inevitable.

¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?

¿Pero qué hay de la segunda parte de la ley—

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”?

Lo que significa, prácticamente, que amarás a todos los hombres como a ti mismo. No solo a aquellos que nos aman, o que responden favorablemente a nuestro amor. En el contexto del pasaje aquí usado, Cristo plantea la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” Y cuenta la conocida historia del Buen Samaritano, quien, después de que el sacerdote y el levita pasaran de largo junto al hombre herido y robado por bandidos, lo recogió y lo cuidó en la posada. Entonces Cristo, en su relato, presenta la pregunta: “¿Quién fue el prójimo de aquel hombre?” Se infiere fácilmente, por supuesto, que el hombre que cuidó del herido y robado, el samaritano, fue su prójimo. Pero otro pensamiento es que el hombre golpeado y despojado, que tanto

necesitaba la ayuda del samaritano, también era prójimo del samaritano—eso significa que todos los hombres que necesitan nuestra ayuda son nuestros prójimos! Estas dos clases—los que ayudan y los que son ayudados—incluyen a todos como prójimos unos de otros, y de ahí que la ley de Cristo requiere que los hombres amen a sus semejantes: de modo que el Primer y Gran Mandamiento permanece: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente, y amarás a todos los hombres como a ti mismo.

LA DIFICULTAD DE LA LEY

Aquí es donde comienza a aparecer la dificultad del gran mandamiento. ¿Cómo cumpliremos esta obligación de la gran ley—el amor al prójimo? Si la ley se limitara a incluir solo a aquellos que nos son afines, que nos aman, y que son para nosotros de “alta clase”, porque viven en nuestro mismo mundo y son de nuestra condición, entonces podría ser fácil. Pero amar a todos los hombres, a aquellos que nos resultan odiosos, impuros en sus vidas, impuros en sus personas, indeseables en sus disposiciones; pendencieros, odiosos, despreciables, inclinados al crimen, mentirosos, indignos de confianza—¿cómo amarlos? ¿No requiere la ley de Cristo demasiado? De hecho, ¿no exige aquello que es imposible desde la base de todas las normas humanas?

¿Pero no será posible cambiar a estas “criaturas viles” de modo que lleguen a ser limpiadas de sus flaquezas y sanadas de sus defectos? ¿Y aunque sus pecados sean como la grana, no será posible que sean emblanquecidos como la lana? El arrepentimiento y la reforma pueden obrar un cambio poderoso. ¿Cómo ama Dios a los hombres—todas las razas de ellos? Y tanto los amó, que envió a su Hijo Unigénito al mundo para que todo aquel que en él crea no perezca, mas tenga vida eterna. Y Cristo también los amó de tal manera que estuvo dispuesto a venir al mundo y vivir la vida de los hombres, a fin de que la vida inmortal, y el arrepentimiento, y la remisión de pecados, y el don del Espíritu Santo—la unión con Dios—pudieran serles otorgados; de modo que los hombres pudieran asirse de la naturaleza de Dios a través del Espíritu Santo, y así experimentar una vida renovada con Dios y llegar a ser amados tanto por Dios como por los hombres buenos, justos—¡hombres de Dios! Tal es el poder y la misión del Evangelio de

Jesucristo: limpiar aun al impío y hacer posible que la ley de Dios, como la expuso Cristo, sea cumplida.

Se hará posible que los discípulos de Dios vivan la ley de Cristo—

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”—

cuando los hombres aprendan a mirar y a valorar a sus semejantes como Dios los mira. No como son ahora en su estado caído y a veces degradado, sino cuando los hombres contemplen a sus semejantes en sus posibilidades; cuando la naturaleza divina que hay en ellos sea liberada de lo burdo y esa naturaleza divina que existe en todo hijo de Dios sea despertada, regenerada, nacida de nuevo a las relaciones espirituales que existen entre los hijos de los hombres—aun en los más humildes de ellos—y Dios. Entonces podremos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y reconocer la gran verdad de que todos pueden llegar a ser en verdad hijos e hijas del Dios viviente.

Para lograr esto, el Evangelio del Señor Jesucristo está en el mundo, para abrirse camino y convertirse, en verdad, en el poder de Dios para salvación. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, de la cual soy miembro y ministro, está en el mundo para proclamar ese evangelio y vindicarlo como la agencia autorizada de Dios para anunciar estas verdades. Asimismo, la Iglesia es la heraldo, no solo del único y verdadero evangelio, sino la mensajera de la Nueva y Última Dispensación del Evangelio de Cristo, siendo la dispensación prometida de ese evangelio en la cual todas las cosas en Cristo serán reunidas en uno, y se contemplará la consumación de todas las cosas que, desde el principio, Dios ha predicho en cuanto al plan que Él diseñó antes del comienzo de la vida material del hombre en la tierra, y que a través de sucesivas dispensaciones desde los días de Adán ha existido hasta que llegara esta última dispensación para cumplir todos sus propósitos y vindicar y justificar los caminos de Dios para con el hombre. Tal es la misión de nuestra Iglesia—y bienaventurados son aquellos que no se ofendan en nosotros.

LA NECESIDAD DE UN EVANGELIO PARA LA LEY

Mientras tanto, permítanme decir que este mayor de los mandamientos—el mayor porque es el más abarcador—requiere que alguien lo haga misión, y que lo proclame con voz de trueno al mundo. El mundo necesita conocerlo, necesita que se le dé énfasis. La condición de los tiempos lo exige. Todos los hombres necesitan conocerlo y comenzar a ponerlo en práctica. Las condiciones económicas universales demandan su aplicación, porque no puede haber reajuste de los asuntos de este mundo, sino únicamente en la medida en que tal reajuste se funde en este mayor de los mandamientos. La prosperidad internacional, nacional e individual está vinculada a la correcta comprensión de este gran mandamiento y a la aplicación de sus verdades a las condiciones mundiales. Será en vano que los hombres traten de edificar condiciones deseables en el mundo si no trabajan a la luz de esta verdad. Así como ningún hombre vive solo para sí mismo, tampoco nación alguna puede mantenerse con éxito aislada de las demás naciones y, en un espíritu de egoísmo nacional, de búsqueda de sí misma y de autosuficiencia, luchar por la superioridad a pesar del bienestar de otras naciones. La esperanza del mundo, la prosperidad de individuos, comunidades y naciones, solo puede realizarse en políticas que provean para la elevación y prosperidad de todos. Amor a Dios y amor al hombre es la consigna para la redención del hombre de las condiciones adversas en las que el mundo ha caído. Hasta que este principio general sea reconocido como el camino que conduce fuera de nuestros presentes desastres, será inútil esperar una liberación permanente.

Un gran estadista americano, al discutir el “Camino para apartarse de la revolución” que amenazaba a nuestra nación debido a las condiciones actuales, dijo:

“La suma de todo el asunto es esta: que nuestra civilización no puede sobrevivir materialmente a menos que sea redimida espiritualmente. Solo puede ser salvada si llega a estar impregnada con el espíritu de Cristo y hecha libre y feliz por las prácticas que brotan de ese espíritu. Solo así puede desterrarse el descontento y levantarse todas las sombras del camino que tenemos por delante.”

Mi ruego no es retroceder hacia Dios; sino avanzar con Él: elevarnos a las alturas de este principio supremo anunciado por Cristo. Amor a Dios y amor al prójimo es la consigna de nuestra salvación: individual, nacional—¡y mundial! Con toda mi alma lo encomiendo a su consideración cristiana.

La doctrina de la consagración y la mayordomía a la luz del colapso económico e industrial del mundo moderno—vindicación de la economía de la nueva dispensación

Un discurso pronunciado por el presidente B. H. Roberts
en el Tabernáculo de Salt Lake City, el domingo 29 de
mayo de 1932.

Cuando los Apóstoles en una ocasión contemplaban el Templo de Jerusalén con profunda admiración, observando cómo estaba adornado con hermosas piedras y ofrendas, Cristo dijo:

“En cuanto a estas cosas que veis, vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.”

Y los Apóstoles le preguntaron, diciendo:

“Maestro, ¿cuándo será esto? ¿Y qué señal habrá cuando estas cosas estén por suceder?” (cfr. San Mateo 24, quien añade: “Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?”).

Él comenzó su extensa respuesta diciendo:

“Mirad que no seáis engañados; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y el tiempo está cerca; no vayáis en pos de ellos.”

Luego continuó profetizando sobre la caída de Jerusalén y la dispersión de los judíos, y predijo las calamidades de guerras y perplejidades, y dijo que

muchos caerían a filo de espada, y que Jerusalén sería hollada por los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles se cumpliesen.

“Y habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas; y en la tierra angustia de las naciones, en perplejidad, por el bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Y entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.”

Luego dio la parábola de la higuera y de todos los árboles:

“Cuando ya brotan, viéndolo sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (San Lucas 21).

No es mi propósito en esta ocasión emprender la tarea de resolver aquello que el Señor ha reservado en su propio corazón y no ha revelado—el tiempo de la gloriosa venida de Cristo; no, no a ningún hombre, ni siquiera a los ángeles en el cielo, ni al mismo Hijo de Dios, ya que ese Hijo declaró expresamente que solo su Padre conocía aquel tiempo (San Mateo 24:36). Pero estas cosas que he leído en forma resumida del capítulo 21 del Evangelio según San Lucas, señalan el hecho de que habrá “angustia de naciones, en perplejidad, desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra”—estas son condiciones que acompañarán al período cuando los hombres “verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria.”

Seguramente tal condición como la que aquí se describe prevalece ahora entre las naciones de la tierra; y nunca antes ha habido algo semejante entre los pueblos, pues todo el orbe está envuelto en perplejidades, angustia de naciones, con todas las tribus de hombres mirando hacia adelante con temor en relación con las cosas que puedan suceder. Ni parece posible que la imaginación del hombre pueda pintar condiciones más angustiosas que las que ahora prevalecen; y estaremos justificados al

concluir que estas señales predican la cercana venida gloriosa de Cristo. Los árboles están “brotando sus hojas”, y podemos saber, al menos, que el verano está cerca. Estas condiciones, que preceden de cerca la venida del Hijo del Hombre, existen hoy en gran abundancia.

Cuán extendidas e importantes son realmente estas angustias y perplejidades puede que no se aprecie plenamente; y por lo tanto me atrevo a llamar su atención hacia ellas. Mi propósito es solamente dar una mirada somera a algunas de estas condiciones.

COMENTARIOS DE UN ESTADISTA AMERICANO—EL EX-PRESIDENTE WOODROW WILSON

Hace nueve años, un estadista americano, tomando nota de las condiciones modernas en nuestra vida industrial y económica, expresó algunas observaciones que considero dignas de reproducirse aquí. Él sostuvo que el camino por delante parecía oscurecido por sombras que presagiaban peligros de muchas clases—revolución económica e industrial entre ellas—y que era solo “prudencia común que miráramos a nuestro alrededor e intentáramos evaluar las causas de la angustia y los medios más probables para removerlas.” Él sostuvo que:

Debe haber alguna causa real para la agitación y perturbación universal. No se encuentra en la política superficial ni en simples errores económicos. Probablemente yace en lo profundo, en las fuentes de la vida espiritual de nuestro tiempo. Conduce a la revolución.

CAUSA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

En aquel tiempo, hace nueve años, él eligió a Rusia como ilustración de su pensamiento, y planteó la pregunta: “¿Qué dio origen a la revolución rusa?” Y respondió:

Que solo podía ser el producto de todo un sistema social. No fue en realidad algo repentino. Se había estado gestando durante varias generaciones. Se debió a la negación sistemática, al gran cuerpo del pueblo ruso, de los derechos y privilegios que todos los hombres normales desean y deben tener si han de estar contentos y al alcance de la felicidad. La vida de la gran masa del pueblo ruso no contenía oportunidades, sino que

estaba cercada de barreras contra las cuales arrojaban constantemente sus espíritus, solo para retroceder heridos y desanimados. Solo a los poderosos se les permitía asegurar sus derechos o siquiera tener acceso a los medios de éxito material. Debe notarse como un hecho destacado de nuestro tiempo que fue contra el “capitalismo” que los líderes rusos dirigieron su ataque. Fue el capitalismo lo que los hizo enrojecer de ira; y es contra el capitalismo, bajo uno u otro nombre, que las clases descontentas en todas partes presentan su acusación.

Tales observaciones, como revelan los nueve años transcurridos desde que fueron pronunciadas, ahora podrían extenderse a muchos otros países, incluso a nuestra propia tierra favorecida, la tierra declarada en las Escrituras como la tierra escogida sobre todas las demás tierras—¡la tierra de la oportunidad!

EL SISTEMA CAPITALISTA

“Hay hombres reflexivos y bien informados,” continúa nuestro estadista, “en todo el mundo que creen, con mucha y aparentemente sólida razón, que esa cosa abstracta, el sistema que llamamos capitalismo, es indispensable para el sostén industrial y el desarrollo de la civilización moderna. Y sin embargo, todo aquel que tenga un conocimiento inteligente de las fuerzas sociales debe saber que grandes y generalizadas reacciones, como la que ahora indiscutiblemente se manifiesta contra el capitalismo, no ocurren sin causa o provocación; y antes de que nos comprometamos irreconciliablemente a una actitud de hostilidad hacia este movimiento de la época, deberíamos francamente plantearnos la pregunta: ¿es el sistema capitalista intachable? lo cual es otra manera de preguntar: ¿han usado los capitalistas, en general, su poder para el beneficio de los países en los cuales su capital se emplea y para el beneficio de sus semejantes? ¿No es, por el contrario, demasiado cierto que los capitalistas han parecido considerar a los hombres a quienes empleaban como meros instrumentos de lucro, cuyas facultades físicas y mentales era legítimo explotar con el menor costo posible para ellos, ya fuera de dinero o de simpatía? ¿No ha sucedido que muchos hombres honorables, que en toda otra relación de la vida se guiaban por los más elevados principios, parecían sostener que la generosidad y el sentimiento humano no estaban entre los mandatos

imperativos de la conciencia en la conducción de un negocio bancario, o en el desarrollo de una empresa industrial o comercial?" (*Atlantic Monthly*, agosto de 1923).

LOS NOVENTA Y NUEVE

Aquí me viene a la memoria un medio olvidado poema popular, repetido en el Congreso hace muchos años, cuando en los Estados Unidos se consideraba la cuestión del trabajo. Algunas de estas ideas y estas mismas verdades se trataban entonces con más viveza que en estas suaves descripciones de nuestro estadista. El hombre que pronunció el discurso del cual estoy citando mencionó las líneas que utilizó:

LOS NUEVOS NOVENTA Y NUEVE

"Son noventa y nueve los que viven y mueren
en hambre, pobreza y frío,
para que uno se regocije en el lujo
y se envuelva en su seda y rocío.

Noventa y nueve en chozas desnudas,
y uno en palacio con riquezas crudas.

Ellos trabajan y sudan, los noventa y nueve,
por los frutos de nuestra madre tierra:
cavan y hurgan en la mina oscura
para sacar sus tesoros de guerra;
pero la riqueza arrancada con sus duros golpes
a las manos del uno fluye sin cortes.

Con el sudor de su frente el desierto florece,
y los bosques caen bajo su poder;
su labor ha levantado humildes hogares
y ciudades con torres a erguirse a la vez;
y uno es dueño de tierras y casas y salones,
y los noventa y nueve tienen vacías las manos."

Esto, hay que confesarlo, representa en gran medida el derrumbe general del sistema capitalista:

“El uno en un palacio con riquezas raras,
los noventa y nueve en chozas tan claras.”

Nuestro estadista, a quien cito, aprovecha la ocasión para señalar el peligro de revolución que enfrenta nuestro país, con nada menos que la salvación de la civilización en juego. La exigencia de acción es imperativa.

“No hay escapatoria—declara—, a menos que todo lo que hemos construido caiga en ruinas sobre nosotros; y los Estados Unidos, como la mayor de las democracias, deben emprenderlo. El camino que aparta de la revolución está claramente marcado, pues lo define la naturaleza del hombre y de la sociedad organizada.”

Él sostiene que nuestra acción nacional “debe incluir simpatía, espíritu de ayuda y disposición a renunciar al interés propio para promover el bienestar, la felicidad y la satisfacción de los demás, y de la comunidad en su conjunto. Esto es lo que nuestra época está buscando a tientas, en su reacción contra lo que considera el excesivo egoísmo del sistema capitalista.”

“La suma de todo el asunto,” dice él, “es esta: que nuestra civilización no puede sobrevivir materialmente a menos que sea redimida espiritualmente. Solo puede ser salvada si llega a estar impregnada con el espíritu de Cristo y hecha libre y feliz por las prácticas que brotan de ese espíritu. Solo así podrá ser desterrado el descontento y levantadas todas las sombras del camino por delante.” (*Atlantic Monthly*, agosto de 1923).

EL GOBERNADOR ROOSEVELT SOBRE LAS CONDICIONES

Hace solo seis días, el gobernador Roosevelt de Nueva York—y ahora prominente candidato presidencial en potencia—hablando en los ejercicios de graduación de la Universidad Oglethorpe, en Atlanta, Georgia, colocó la culpa de nuestra condición actual de negocios directamente en la puerta del capitalismo e hizo un fuerte llamado por una más “equitativa distribución de la riqueza.”

“El gobernador Roosevelt,” decía la nota, “exigió una revisión de los asuntos económicos para dar mayor consideración al trabajador y menores retornos al capital. No podemos permitir que esta vida económica sea

controlada por un pequeño grupo de hombres, cuya principal visión del bienestar social está teñida por el hecho de que pueden obtener enormes beneficios en la comercialización de valores, una visión que merece los adjetivos de ‘egoísta’ y ‘oportunista.’”

Se le representa sosteniendo que:

“Nuestro problema básico en las condiciones económicas es la insuficiencia de la distribución y del poder adquisitivo. Aunque los salarios aumentaron en los últimos años (es decir, en nuestro país), no aumentaron proporcionalmente a las recompensas del capital. Estamos en el umbral de un cambio fundamental en el pensamiento económico popular, en el que vamos a pensar menos en el productor y más en el consumidor.

Necesitamos prevenir, por medios drásticos si es necesario, las fallas de nuestro sistema económico, del cual ahora sufrimos.”

(Despacho de prensa desde Atlanta, Georgia, Deseret News, 23 de mayo de 1932).

Seguramente estas declaraciones indican la llegada de una nueva era de pensamiento en relación con el reajuste y el establecimiento de relaciones nuevas y mejores entre la distribución de la riqueza creada por la acción conjunta del capital y el trabajo, con una mayor equidad hacia el trabajo de la que hasta ahora se ha logrado.

Mientras tanto, en nuestra vida moderna—durante los últimos cincuenta años—la inventiva ha aumentado grandemente; nuevas invenciones de maquinaria se han sucedido una tras otra con rapidez; nuevas fuerzas y energías han sido descubiertas con igual velocidad: hasta que, por ambas combinadas, todo el mundo industrial ha cambiado en todos los departamentos de la producción mecánica, con el resultado de una constante sobreproducción y de una demanda decreciente de trabajo manual, hasta que se ha impuesto un vasto desempleo con todas sus concomitantes de necesidad, hambre y frío. El pueblo, también, se encuentra desesperanzado por la desesperación.

Hace solo un corto tiempo (7 de septiembre de 1931), un senador de los Estados Unidos en un estado vecino (Idaho), William E. Borah, declaró que se estimaba que en los Estados Unidos había seis millones de obreros

desempleados y alrededor de veinte millones en otras naciones. También es un informe auténtico que 3.625 bancos cerraron o quebraron en los Estados Unidos durante los años 1930–1931. ¡Verdadero motivo de alarma! El capital está temeroso y se retrae de invertir—¡y no es de extrañar! La industria está en gran parte estancada y la situación empeora constantemente.

Algunas pocas medidas han sido propuestas para estimular el empleo mediante trabajo suministrado por el gobierno, bajo una mayor tributación; grandes emisiones de bonos federales—hasta cinco mil millones de dólares—han sido propuestas, a ser distribuidas entre los estados de nuestro propio país, según la información estadística disponible en cuanto al número de los que podrían ser empleados.

El gobernador Roosevelt de Nueva York insta a su estado a emitir bonos por la suma de veinte millones, para ser gastados en obras públicas a fin de afrontar la situación actual de empleo en ese estado; cantidad que, por grande que parezca, es considerada por algunos publicistas y capitalistas como lastimosamente inadecuada, especialmente porque habrá de gastarse en obras públicas. Estos y una veintena de otros planes—como el seguro de desempleo, el subsidio gubernamental, la remonetización de la plata, una jornada de seis horas y una semana laboral de cinco días, para que más obreros puedan ser empleados, etc., etc.—han sido ideados para enfrentar la presente crisis industrial en el colapso del sistema económico mundial. ¿Tendrán éxito si se adoptan? Esperemos que ayuden, aunque sean solo paliativos en vez de curas; pero no tendrán éxito a menos que sean complementados con algo más.

EL PROPÓSITO DEL ORADOR

Y, sin embargo, no es mi intención extenderme en una discusión de estas condiciones mundiales con miras a convertirme en economista y tratar de evaluar estas proposiciones especiales que buscan aliviar la depresión mundial. Tengo en vista un propósito muy distinto.

Los muy pocos de ustedes que hayan tenido suficiente interés en mi ministerio en la Iglesia durante los últimos cincuenta años, pienso que me respaldarán en la afirmación de que la tendencia de mis labores ha sido

establecer el hecho histórico de que la dispensación en la que trabajamos ha de reunir en un gran conjunto las verdades, doctrinas y poderes que han existido en las muchas y variadas dispensaciones anteriores, en esta nuestra propia dispensación, conocida como la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos. En la cual, según ha sido dicho por profecía, en tal dispensación de la plenitud de los tiempos Dios reuniría en uno todas las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra—sí, en Él. Así como todos los ríos tienden hacia el océano y en él desembocan, así también en la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos, todas las verdades que deben ser aceptadas, todas las doctrinas que deben ser creídas, todas las ordenanzas que deben administrarse para la salvación del hombre, todos los poderes del sacerdocio que representan los poderes de Dios—todas las cosas que son esenciales para la redención del mundo, la salvación de los hombres, el establecimiento de la Iglesia y del reino de Dios—han de ser restauradas y aplicadas en la vida del mundo, tanto las cosas espirituales como las cosas de carácter temporal. De ahí mis propios esfuerzos por mostrar la plenitud de esta dispensación de nuestros tiempos.

En los últimos tiempos, por lo tanto, he estado preguntándome, al reflexionar sobre las perplejidades de los hombres en nuestros días, sobre la angustia entre las naciones con la aparente impotencia de la sabiduría humana para tratar con los problemas que se nos han impuesto en estos últimos años—el derrumbe de lo que debo considerar como el sistema económico capitalista de los hombres y de las naciones, por el cual nuestras presentes perplejidades y debilidades se hacen evidentes—me he preguntado, digo, si existe algo que pertenezca propiamente a nuestra dispensación que pueda proveer una solución para estos problemas actuales.

Eso es lo que me gustaría presentarles como mi reflexión esta tarde, para que quienes acepten esta Nueva Dispensación sepan si Dios ha tenido en cuenta asuntos tales como los considerados arriba; y para que sepamos que nuestra Nueva Dispensación no es tan incompleta como para dejar sin solución estas grandes cuestiones que hoy preocupan a la humanidad.

EL TEMA INTRODUCIDO

Hay un incidente en la vida de Cristo que siempre me ha impresionado con gran fuerza y que tiene relación con estas condiciones tan desconcertantes de nuestro tiempo. San Juan, después de ser encarcelado por su valentía al reprender la maldad de Herodes, parece haber sufrido un extraño decaimiento en su fe. Aparentemente, ahora tenía dudas acerca de si Jesús—a quien había bautizado y de quien había recibido tan maravilloso testimonio del Señor de que era el Hijo de Dios—era realmente aquel a quien Israel debía esperar como el Hijo de Dios, o si debían esperar a otro.

Cuando los mensajeros llegaron a la presencia del Salvador y presentaron la pregunta de Juan—“¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?”—Cristo no les respondió de inmediato, sino que prosiguió con su obra de sanar a los enfermos, abrir los ojos de los ciegos, hacer andar a los cojos, y así sucesivamente; y después de estas manifestaciones de la naturaleza de su obra, dijo a los discípulos de Juan:

“Id, y haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados.”

Luego llegó al clímax de la serie de cosas en su obra y dijo:

“A los pobres es anunciado el evangelio.”

Este fue el punto culminante de las evidencias que enviaba a Juan—“a los pobres es anunciado el evangelio”—Juan no necesitaba esperar a otro. El interés de Dios en los pobres fue el testimonio final de Cristo de que Él era aquel que había de venir, el Mesías prometido—“y bienaventurado es aquel,” dijo Jesús, “que no halle tropiezo en mí” (San Lucas 7:19–22).

Seguramente Dios, ahora como en la antigüedad, se interesa en los pobres—en sus angustias, en sus perplejidades y en sus sufrimientos. Cualquiera sea la dispensación del evangelio que llegue al mundo—y especialmente debe ser así en la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos—ese interés de Dios en los pobres debe estar presente y manifestado.

En los comienzos de nuestra dispensación hay algo semejante a esto: dentro del primer año de la organización de la Iglesia de la Nueva Dispensación, Dios dijo por medio del Profeta José Smith:

“Llamo a los débiles del mundo, a los que no tienen instrucción y son menospreciados, para que sacudan a las naciones con el poder de mi Espíritu... Y a los pobres y a los mansos les será predicado el evangelio, y estarán aguardando el tiempo de mi venida, porque está cercano” (Doctrina y Convenios 35:12–15).

De manera especial, como pueden ver, Dios parece tener en cuenta a los pobres, pues se cuida de decir que a los pobres y a los mansos se les predicará el evangelio. Si no fuera así, nuestra dispensación no solo sería incompleta, sino que quedaría condenada ante el tribunal de la misericordia y la justicia de Dios.

Las evidencias de la plenitud y la “completitud” de nuestra dispensación dependerán de la respuesta que podamos dar a este requerimiento—el interés y la provisión de Dios para los pobres del mundo, así como también su interés y preocupación por los pecadores y su salvación.

Afortunadamente, aquí es donde la Nueva Dispensación puede brillar con un resplandor y gloria especiales, pues nuestra dispensación, en su misma introducción, tiene en mente el bienestar de los pobres, y se ha de proveer para su participación en las riquezas del mundo—una parte en la abundancia que la providencia de Dios ha otorgado en las cosas necesarias para la vida—reconociendo la gran, pero aún no reconocida verdad, de que para ser iguales en las cosas espirituales, los hombres deben ser también iguales en las cosas temporales: es decir, iguales según su capacidad de recibir, usar y disfrutar tanto las bendiciones temporales como las espirituales. Este principio Dios lo ilustra en una de las revelaciones de nuestra Nueva Dispensación:

PARÁBOLA DE LOS DOCE HIJOS

“¿Qué hombre entre vosotros”—pregunta Él—“teniendo doce hijos y no haciendo acepción entre ellos [y se nos asegura por la Santa Escritura que Dios no hace acepción de personas], y ellos le sirven obedientemente, y él dice a uno: Siéntate aquí vestido con ropas, y al otro: Siéntate allí vestido

con harapos; y mira a sus hijos y dice: Soy justo. He aquí, esto os he dado como una parábola, y es tal como yo soy. Os digo: sed uno; y si no sois uno, no sois míos” (Doctrina y Convenios 38).

Otra revelación dice:

“Si no sois iguales en las cosas terrenales, no podéis ser iguales en obtener las cosas celestiales” (Doctrina y Convenios 78:6).

Y otra más:

“No obstante, en vuestras cosas temporales seréis iguales, y esto no de mala gana; de otra manera, la abundancia de las manifestaciones del Espíritu os será retenida” (Doctrina y Convenios 70:14).

UNA ILUSTRACIÓN

Permítanme ilustrar estas ideas. Dentro del año en que la Iglesia fue organizada en la Nueva Dispensación, el Señor mandó a las iglesias que se habían formado en Nueva York y Pensilvania que se trasladaran hacia el oeste, hacia el sitio de la ciudad que finalmente habría de edificarse y convertirse en el centro del imperio de Cristo en nuestros continentes americanos. En ese mandamiento de “reunirse,” Dios designó a ciertos hombres entre los santos, por la voz de la Iglesia:

“Y ellos cuidarán de los pobres y los necesitados, y administrarán a su alivio para que no padezcan; y envíenlos al lugar que les he mandado. Y esta será su obra: gobernar los asuntos de las propiedades de esta iglesia. Y los que tengan tierras que no se puedan vender, déjenlas o arriendenlas como les parezca bien” (Doctrina y Convenios 38:35–37).

Este mandamiento llevó a que los más acomodados entre los santos extendieran ayuda a los pobres para que todos pudieran participar en este traslado al lugar donde encontrarían mejores condiciones que las que entonces prevalecían en las ramas de Nueva York y Pensilvania. Encontré, en mis primeras visitas a las cunas de la Iglesia, las ramas en Colesville, Harmony, Fayette y Palmyra, una tradición entre la gente de esas localidades de que, cuando los mormones se trasladaron de sus primeras residencias, “los ricos compartieron con los pobres.” Y les causaba asombro

que llevaran consigo a todos sus pobres. Entretanto, Dios estaba declarando para su guía esta doctrina: que los santos debían ser iguales en las cosas temporales así como en las espirituales.

Cuando finalmente los miembros de estas ramas del este llegaron al oeste de Misuri, al condado de Jackson—la tierra en la cual se había de comenzar a poner el fundamento de aquella ciudad, Sion, que aún ha de ser la sede rectora del imperio de Cristo en el mundo occidental—el Señor procedió a revelar los principios sobre los cuales debía establecerse la economía de la Nueva Dispensación. Lo estableció como una verdad fundamental que aseguraba la prosperidad universal.

LA TIERRA ES DEL SEÑOR Y SU PLENITUD

“Yo he hecho rica la tierra,” dijo Él, “y he aquí, es el estrado de mis pies; por tanto, de nuevo me afirmaré sobre ella” (Doctrina y Convenios 38:17).

Y otra vez:

“Porque la tierra es llena, y hay suficiente y de sobra”; y añadió: “Por tanto, si alguno toma de la abundancia que he hecho y no da de su porción, conforme a la ley de mi evangelio, al pobre y al necesitado, alzaré sus ojos en el infierno, estando en tormento, con los inicuos” (Doctrina y Convenios 104:17–18).

Esto es la doctrina:

“Yo, el Señor, extendí los cielos, y edificué la tierra, obra de mis propias manos; y todas las cosas que en ella hay son mías.

Mas es necesario que se haga (esta igualación) a mi manera; y he aquí, esta es la manera que yo, el Señor, he decretado para proveer a mis santos: que los pobres sean enaltecidos, en tanto que los ricos sean humillados. Porque la tierra es llena, y hay suficiente y de sobra; sí, prepararé todas las cosas, y he dado a los hijos de los hombres para que sean agentes por sí mismos” (Doctrina y Convenios 104:14–17).

El sistema comienza aceptando la verdad de que la tierra y su plenitud pertenecen al Señor—suyas por derecho de propiedad creadora—el derecho de posesión más fundamental y absoluto que existe: el derecho

divino por creación; que el Señor ha hecho rica la tierra y que hay abundancia para todos; y también que la distribución de esa abundancia ha de ser fijada “por ley.”

LA LEY DE CONSAGRACIÓN Y MAYORDOMÍA

“He aquí” —dice la ley— “recordarás a los pobres, y consagrarás de tus propiedades para su sostén lo que tengas para impartirles, con un convenio y un título que no pueden ser quebrantados. Y en la medida en que impartáis de vuestra sustancia a los pobres, a mí lo haréis. Y estas cosas se pondrán delante del obispo de mi iglesia y de sus consejeros, dos de los élderes o sumos sacerdotes, tales como él designe o haya designado y apartado para tal propósito.

Y sucederá que después de que se hayan puesto delante del obispo de mi iglesia, y después de que él haya recibido estos testimonios concernientes a la consagración de las propiedades de mi iglesia, que no podrán ser quitadas de la iglesia, conforme a mis mandamientos, todo hombre será hecho responsable ante mí, como mayordomo sobre su propia propiedad, o sobre aquello que haya recibido por consagración, en la medida suficiente para él y su familia.

“Y además, si hubiere propiedades en manos de la iglesia, o de cualquiera de sus individuos, más de lo necesario para su sostén después de esta primera consagración, lo que constituye un residuo que debe ser consagrado al obispo, se conservará para administrar a aquellos que no tienen, de tiempo en tiempo, a fin de que todo hombre que tenga necesidad sea abundantemente provisto y reciba conforme a sus necesidades.

“Por tanto, el residuo será guardado en mi almacén [el excedente consagrado de tiempo en tiempo], para administrar a los pobres y a los necesitados... con el propósito de comprar tierras para el beneficio público de la iglesia, y edificar casas de adoración, y edificar la Nueva Jerusalén que será revelada más adelante, para que mi pueblo del convenio sea reunido en uno en aquel día en que yo venga a mi templo. Y esto lo hago para la salvación de mi pueblo” (Doctrina y Convenios 42:30–36).

Esta ley es conocida en la iglesia como la Ley de Consagración y Mayordomía: y la economía de la Nueva Dispensación requiere que los hombres hagan una consagración absoluta al Señor de lo que poseen como propiedad; y después de este reconocimiento de la propiedad de Dios mediante esta consagración, entonces pueden recibir de aquellos agentes o agencias que la ley de Dios dispone, su “mayordomía,” para ser administrada por ellos con toda rectitud delante del Señor; y esto no con fines egoístas ni personales, sino para el bien de todos—cada hombre “estimando a su hermano como a sí mismo.”

Si de la administración de su mayordomía—la cual puede consistir en tierras o granjas para cultivar, ganado, rebaños de ovejas, manadas de ganado, industria equina, comercio; cualquiera de las múltiples formas de industria; un oficio, una profesión, un negocio, actividades en las artes o las ciencias, o la enseñanza (cualquiera de estas variadas ocupaciones de los hombres puede designarse como mayordomías en actividades económicas o industriales)—resulta, por una sabia administración, una ganancia por encima de las necesidades corrientes de sí mismo y de su familia, ha de considerarse como excedente. Este excedente debe encontrar su camino al almacén del Señor, desde donde se otorgarán nuevas mayordomías a quienes no tienen ninguna; para la mejora de mayordomías que requieren ampliación; o para el desarrollo de nuevos recursos, a fin de que se asegure aún más desarrollo para bendecir y hacer progresiva la vida comunitaria.

NO PONER A UNA CLASE CONTRA OTRA

Que no se suponga, sin embargo, que esta Nueva Dispensación, en su sistema económico, esté destinada a poner a una clase contra otra, a los pobres contra los ricos, ni a los ricos contra los pobres.

Dios conoce a su pueblo. El vicio de los pobres es la envidia, la ociosidad y la codicia; y el vicio de los ricos es el egoísmo. Respecto a ambos, Dios ha dicho:

“¡Ay de vosotros, ricos, que no dais vuestra sustancia a los pobres, porque vuestras riquezas carcomerán vuestras almas; y esta será vuestra lamentación en el día de la visitación, del juicio y de la indignación: Pasó la siega, terminó el verano, ¡y mi alma no fue salvada!”

Y a los pobres:

“¡Ay de vosotros, pobres, cuyos corazones no están quebrantados, cuyos espíritus no son contritos, cuyos vientres no están satisfechos, y cuyas manos no se abstienen de echar mano a los bienes ajenos, cuyos ojos están llenos de codicia, y que no queréis trabajar con vuestras propias manos!

Mas bienaventurados los pobres que son puros de corazón, cuyos corazones están quebrantados y cuyos espíritus son contritos, porque ellos verán venir el reino de Dios con poder y gran gloria para su liberación; porque la abundancia de la tierra será de ellos” (Doctrina y Convenios 56:16–18).

Ese mismo año de la organización de la Iglesia de la Nueva Dispensación, en otra sección (38) de Doctrina y Convenios, de la cual ya he citado arriba, el Señor dijo:

“Los pobres se han quejado delante de mí, y a los ricos yo hice, y toda carne es mía, y no hago acepción de personas. Por tanto”—continúa la revelación—“oíd mi voz y seguidme, y seréis un pueblo libre, y no tendréis otras leyes más que mis leyes cuando venga, porque yo soy vuestro legislador, ¿y qué podrá detener mi mano? Que cada hombre estime a su hermano como a sí mismo, y practique la virtud y la santidad delante de mí.”

Y luego, por vía de énfasis en un versículo subsiguiente, repite:

“Os digo que cada hombre estime a su hermano como a sí mismo” (Doctrina y Convenios 38:16–25).

Este ha de ser un principio fundamental en el sistema económico de la Nueva Dispensación. Obsérvese, en uno de los pasajes citados arriba, que el “impartir” la sustancia para ayudar a los pobres no debe ser dádivas esporádicas—la lastimosa “limosna” o caridad—sino que cada uno debe dar su porción para proveer a los pobres conforme a la ley del evangelio. Es un sistema que ha de ser establecido—no caridad ni dádivas—por el cual el cuerpo religioso será hecho prácticamente igual en las cosas temporales así como en las espirituales.

EL PLAN NO ES SOCIALISMO DE ESTADO NI COMUNISMO

Debe observarse, en relación con este plan de Consagración y Mayordomía, que no es socialismo de estado ni comunismo como comúnmente se entienden esas formas de vida. No destruye el individualismo, ni impide la propiedad privada, ni la libre elección personal de ocupaciones, industrias o negocios; la posesión individual de propiedades, heredades, etc., queda asegurada mediante las “mayordomías” que se conceden a los individuos por el sistema; y su administración será una responsabilidad personal.

La gran diferencia de este sistema con el que ahora prevalece es que el individuo reconocerá la propiedad de Dios sobre todas las cosas de la tierra, y recibirá su porción de ello de la agencia designada por Dios como su “mayordomía,” para administrarla según su albedrío; pero consagrará el “excedente” de su mayordomía desarrollada al almacén del Señor, para ser administrado para el bien común y también para sí mismo, cuando necesite ayuda para ampliar su empresa o desarrollar recursos relacionados con ella.

Por medio de estas sucesivas consagraciones, el mayordomo contribuye al bien común y al bienestar de todos. Su excedente se determinará en consejo con aquellos en cuyas manos se encuentren los fondos comunes para el bienestar general. De manera semejante, sin duda, a como el miembro de la Iglesia ahora determina su justo diezmo, el cual se utiliza bajo la administración de los oficiales debidamente designados de la Iglesia para ser empleado en sus asuntos. Y él dedicará su conocimiento, su habilidad, sus energías, en cualquier campo en que trabaje, al bienestar general, incluyendo el bienestar de su propia posteridad.

INDIVIDUALISMO

“Te mantendrás en el lugar de tu mayordomía,” dice la ley.

“No tomarás la vestidura de tu hermano; pagarás por lo que recibas de tu hermano. Y si obtienes más de lo que sería para tu sostén, lo darás a mi almacén, para que todas las cosas se hagan conforme a lo que he dicho” (Doctrina y Convenios 42:53–55).

EXHORTACIÓN A LA DILIGENCIA Y LA INDUSTRIA—EL TRABAJO

Además, este sistema no contempla que haya falta de diligencia en el pueblo, ni ociosos ni llamados aristócratas que vivan a expensas de quienes trabajan. El resonante pasaje de esta ley de Dios para toda la comunidad es:

“El habitante de Sion trabajará para Sion; y si trabaja para el dinero, perecerá con su dinero.”

LA DIGNIDAD DE TODO TRABAJO

El plan reconoce la dignidad de todo trabajo y dispone que “el ocioso será tenido en memoria delante del Señor” (Doctrina y Convenios 68:30).

La ociosidad es una ofensa contra la doctrina del sistema y del evangelio, y ha recibido la severa condenación de Dios: porque declara que:

“El ocioso no tendrá lugar en la iglesia, a menos que se arrepienta” (Doctrina y Convenios 75:29).

Y otra vez:

“El que sea ocioso no comerá el pan ni vestirá la ropa del que trabaja” (Doctrina y Convenios 42:42).

EL CAPITAL EXCEDENTE

Varios rasgos sobresalientes de este sistema ya han recibido vindicación en varias de las grandes cosas que entran en la vida moderna del mundo. La absoluta necesidad de recoger el excedente que surge del trabajo individual, de la empresa y de las ganancias de los negocios. Las experiencias modernas y los logros de la humanidad nos han enseñado que, para llevar adelante el gran desarrollo de los recursos y promover los intereses de la civilización, se requiere un acceso expedito al excedente acumulado de las actividades humanas, lo que llamamos capital; y el sistema de la Nueva Dispensación de recoger el excedente proveniente de la administración de las mayordomías individuales y de las empresas comunitarias era el plan de Dios para acumular ese excedente.

LAS GRANDES EMPRESAS DEL MUNDO

Tales mejoras mundiales como las que provienen de la construcción de canales que conectan océanos—como el Canal de Suez en Egipto, el Canal

de Panamá cuya construcción costó cientos de millones de dólares; la construcción de grandes puentes sobre el Hudson en Nueva York, el gran puente sobre el Firth of Forth en Edimburgo; la edificación de grandes ferrocarriles continentales, subterráneos bajo ríos y grandes ciudades, proyectos de irrigación para la redención de los desiertos; el establecimiento de grandes fundaciones para la investigación del mundo antiguo y para empresas de investigación que busquen rastrear la causa y proveer la cura de las enfermedades de la humanidad; la creación de instituciones para ciegos, mudos y cojos; colegios educativos y universidades—todas estas cosas están más allá de la producción del esfuerzo individual y del capital privado y dependerán, para su exitosa realización, de contar con los inmensos recursos de capital provistos por bancos de ahorro, impuestos gubernamentales, sociedades de construcción y contribuciones de las inmensas fortunas de individuos que han establecido las llamadas fundaciones para fines caritativos, científicos y educativos.

ILUSTRACIÓN DEL SISTEMA DE DIEZMO DE LA IGLESIA

Tenemos una lección objetiva de lo que el capital comunitario puede lograr para el bienestar público en nuestro sistema de diezmos de la Iglesia, en el cual el pueblo paga “la décima parte de su incremento anual,” y de cuya sabia administración resultan tan grandes beneficios: significa proveer para los pobres, la construcción de capillas y templos, proclamar el evangelio a las naciones, llevar adelante la obra en los templos de Dios, fomentar instituciones educativas, edificar y mantener hospitales, sostener imprentas—hacer todas las cosas que permiten a la Iglesia llevar a cabo la obra que Dios le ha señalado.

Este plan económico de la Nueva Dispensación también derriba el egoísmo de los hombres individuales, que en realidad es la causa raíz de muchos de nuestros males económicos modernos, pues, en el último análisis de las cosas, el sistema capitalista de nuestra vida moderna se basa y perpetúa la vieja “Ley de la Selva”:

“Y esta es la ley de la selva
desde que el mundo comenzó:

que cada cual tome lo que quiera,
y conserve todo lo que pueda.”

VINDICANDO A LA IGLESIA DE LA NUEVA DISPENSACIÓN

Recuerden, sin embargo, que no es tanto mi propósito indicar los caminos que podría seguir un nuevo orden de estadistas para tratar con estas grandes perplejidades industriales y comerciales que están aquejando a las naciones, y que, en el lenguaje de nuestro texto, “están haciendo que los corazones de los hombres desfallezcan por temor y por la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra”; no tanto eso, como lo es mi propósito vindicar a la Iglesia de la Nueva Dispensación y señalar a la Iglesia que hace cien años Dios propuso, como parte de los logros de la Nueva Dispensación, un sistema de economía en el que el egoísmo sea desterrado y se hagan nuevos ajustes para la justa distribución de los productos del trabajo y del capital, los cuales habrán de ser distribuidos con mayor equidad, y que se tomen las medidas necesarias para igualar en cierta medida la posesión de las riquezas del mundo, que son de Dios, de manera que los hombres tengan alguna esperanza de mayor igualdad en la oportunidad de posesión y disfrute, para que también sean iguales en las cosas espirituales.

Asimismo, impresionar en ustedes, mis oyentes, que Dios no se olvida de los pobres así como tampoco de los ricos entre los hombres, y que está dentro del alcance de su pensamiento y de su propósito el traer a cabo el justo bienestar de todos; y también que la Nueva Dispensación no carece de provisiones para la salvación temporal de los hombres y del mundo, así como para su redención y salvación en las cosas espirituales.

Porque recordemos que el gran propósito-decreto de las cosas reveladas en la Nueva Dispensación es la declaración de que es el propósito y la obra de Dios llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre; y también que es el decreto de Dios que “los hombres son para que tengan gozo.” Nos corresponde a nosotros cooperar, en la medida que podamos, para asegurar y procurar que se cumplan estos decretos de Dios respecto a la tierra y al hombre.

ESFUERZOS EN LA NUEVA DISPENSACIÓN PARA PONER EN PRÁCTICA LA LEY DE CONSAGRACIÓN Y MAYORDOMÍA

Se hizo un esfuerzo por parte de la Iglesia en Misuri y en Kirtland, Ohio, para poner en práctica este sistema económico basado en la consagración y la mayordomía; pero debido al temor, los celos, el egoísmo y la falta de preparación espiritual y fe, junto con las persecuciones de aquellos años, que hacían insegura su permanencia en cualquier lugar, los santos no tuvieron éxito en desarrollar el noble plan de vida económica que Dios les había dado.

Durante los últimos años de la vida y la administración de la Iglesia bajo Brigham Young, se intentó nuevamente poner en práctica el sistema bajo el título de la “Orden Unida”; y aunque se alcanzó un éxito parcial en algunas localidades, una vez más las debilidades humanas se impusieron y el esfuerzo fue abandonado.

En la administración del presidente John Taylor, en 1882, en un documento oficial que él emitió, declaró que los esfuerzos de la Iglesia en la “cooperación,” bajo el título de la “Orden Unida,” fueron “simplemente un esfuerzo por unirnos,” pero que “no tuvimos ejemplo de la Orden Unida (Consagración y Mayordomía) de acuerdo con la palabra de Dios sobre el asunto. Nuestras relaciones con el mundo y nuestras propias imperfecciones impiden el establecimiento de este sistema.”

Esto fue suscrito por el presidente Taylor, en lo personal, pero también fue aprobado y suscrito separadamente por los dos consejeros, George Q. Cannon y Joseph F. Smith (véase *Comprehensive History of the Church*, Century 1, vol. V, p. 498).

Desde entonces, no se ha hecho otro intento por parte de la Iglesia de poner en práctica este sistema que le fue dado hace un siglo.

Entretanto, el mundo ha continuado en su viejo camino capitalista, individualista y egoísta. Con raras pero valiosas excepciones, ha sido una lucha feroz por la existencia, con no siempre la supervivencia del más apto, sino muchas veces la supervivencia del más brutal: el agresivo, el más inescrupuloso y astuto; aquellos dispuestos a oprimir al obrero en su

salario, defraudar al comprador en sus mercancías, corromper gobiernos y cabalgar hacia el éxito sobre las formas destrozadas de otros, sin importar quiénes, con los resultados mundiales que hemos presenciado.

¿CUÁL DEBE SER LA ACTITUD DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS?

Santos de los Últimos Días, ¿cuál ha de ser nuestra actitud mental y física frente a todas estas cosas que hemos repasado aquí: la situación actual del mundo en lo que respecta a la economía y la industria, el desempleo, la angustiada necesidad, el hambre amenazante, la violencia y la revolución inminentes, y todos los males que se ciernen sobre el mundo?

¿Debe ser la actitud de temor y temblor? ¿O de desesperación, de imprudencia y de anarquía? ¡De ninguna manera! Pues si esta angustia y perplejidad de las naciones—con los corazones de los hombres desfalleciendo de temor ante las cosas que vienen sobre la tierra—si esas cosas son realmente las señales de la venida del Señor Jesús, entonces podemos alegrarnos y regocijarnos porque nuestra “redención está cerca,” y seremos liberados.

Y si las presentes angustias del mundo no son las señales que anuncian la cercana venida del Hijo de Dios, entonces, como cantamos al inicio de nuestro servicio, “el tiempo, aun en lo más largo, no será mucho”; y en todo caso, Dios ha demostrado en la Nueva Dispensación que ha provisto un mejor estado de cosas para sus santos y para el mundo que lo que ahora prevalece—económicamente, industrialmente, socialmente y espiritualmente—acompañado de justicia, igualdad y fraternidad.

Estén seguros de que, en cualquier caso y en todos los casos, todo irá bien para aquellos que aman a Dios y guardan sus mandamientos; pues “Dios no nos ha dado espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio.”

ORACIÓN

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy, y día tras día, nuestro pan cotidiano, y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. No

nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal. Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria.

Y ahora, que el amor de Dios, la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.

Oh Dios, Padre Eterno, por cualquier bien que se haya logrado en esta ocasión, recibe Tú la gloria; porque sin Ti los hombres nada pueden hacer, y eres Tú quien inspira la inteligencia y el poder para exponer la verdad. Concede que esa verdad, presentada hoy aquí, repose en los corazones de este tu pueblo. Esto ruego en el nombre de Jesús. Amén.

5

DIOS

Un discurso pronunciado por el presidente B. H. Roberts
en el Tabernáculo de Salt Lake City, el domingo 18 de
junio de 1933.

De todas las doctrinas de la Iglesia de la Nueva Dispensación, salvo una, creo que la doctrina concerniente a Dios ha despertado la oposición más encarnizada. Especialmente cierto fue esto en las primeras décadas de la Nueva Dispensación. En los últimos años la controversia no ha sido tan intensa. Es un tema que ocupó gran parte de la atención del primer Profeta de la Iglesia; y en los meses finales de su ministerio, casi todos sus sermones trataron de un aspecto u otro de esta noble doctrina. Y, como lo he dicho en varias ocasiones, la magistral manera en que él desarrolló este tema en aquel entonces fue para mí evidencia de que vivió su vida y cumplió su ministerio *en crescendo*, en una gloria y poder en constante aumento. Lejos de ser un profeta caído al momento de su martirio, estaba más perfeccionado que nunca antes; y me alegra decirles que la Iglesia lo reconoce oficialmente en ese estado. Esta acción fue tomada en la conferencia de la Iglesia celebrada en Nauvoo, el 6 de abril de 1845. Brigham Young anunció que el primer asunto de esa conferencia sería presentar a las autoridades de la Iglesia para la aprobación o desaprobación de los santos. También “quería saber si el pueblo estaba satisfecho de que José Smith vivió y murió como Profeta, Vidente y Revelador de esta Iglesia.” Ante esto, el élder W. W. Phelps propuso:

“Que aceptamos la obra de José Smith como Profeta, Vidente y Revelador del siglo XIX, y que estamos satisfechos de que vivió conforme a su profesión, y murió como mártir de la verdad. Aprobado por unanimidad” (*Times and Seasons*, vol. VI, p. 869).

La misma acción se tomó en referencia a su compañero mártir, el Patriarca de la Iglesia, Hyrum Smith.

En el transcurso de mi propio ministerio, este tema de Dios ha ocupado gran parte de mi atención, resultando hace más de treinta años en la elaboración de un libro de alguna pretensión, que incluyó una discusión sobre la “Doctrina Mormona de la Deidad” con un sacerdote católico (el padre Van Der Donckt); y ahora que, en estos años finales de mi servicio en la Iglesia, estoy procurando redondear temas y unir fragmentos de obras en algo parecido a la plenitud, me gustaría dar una consideración adicional a este tema de la doctrina de la Deidad a la luz del nuevo conocimiento del universo que se ha desarrollado en el último medio siglo, comenzando alrededor del año 1900, y llamado el Nuevo Renacimiento. Es a este asunto al que he decidido dirigirme en esta ocasión.

Mi discurso consistirá de tres partes:

1. Un preludio.
2. Una lección de lectura de las Escrituras.
3. Un texto y su discusión.

EL PRELUDIO

El preludio lo tomo de una lectura elíptica de los tres primeros versículos del primer capítulo de Génesis:

“En el principio Dios...

“Y el Espíritu de Dios...

“La tierra estaba desordenada y vacía; y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo.

“Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.

“Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.”

Luego siguieron todos los actos creadores que dieron origen a la tierra y los mares, y a la vida vegetal y animal y al hombre; cada planta y cada forma de vida animal según su especie, y el hombre a imagen y semejanza de Dios — otra manera de decir “según su especie.”

LA LECCIÓN DE LECTURA DE LAS ESCRITURAS

La lección de lectura de las Escrituras está tomada del capítulo diecisiete del Evangelio de San Juan, y es la oración de Cristo justo antes de su traición para ser crucificado; y, ¿necesito decirlo?, es la oración suprema de todos los tiempos. La hermosa oración de Cristo, conocida como el “Padre Nuestro,” y sus comentarios sobre ella, no constituyen en modo alguno la última palabra sobre la oración, por excelente que sea. Sus instrucciones acerca de la oración en aquel momento serían luego superadas por su gran lección sobre la oración, cuando Él mismo llegó a ser la “Oración”; donde, como ejemplo de comunión con Dios, sobresale sola en excelencia: la más alta excelencia en oración. Así que escuchen, les ruego, al Cristo en solemne oración:

“Estas cosas habló Jesús, y alzó los ojos al cielo, y dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti;

“Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste.

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera. Ahora pues, oh Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera.

“He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado, y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.”

Un caso, no solo donde los hombres en la tierra llegaron a saber que el Cristo salió de Dios, sino también que creyeron que Dios envió al Cristo: condiciones de “vida eterna” cumplidas y experimentadas.

“Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son; y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre Santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, **así como nosotros somos uno.**”

Es decir, como Dios y el Cristo son uno. No físicamente, por supuesto; sino uno en mente, en espíritu. La mente de uno concordando con la mente del otro.

“Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre... Les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.”

Por lo tanto, la oración es que estos Apóstoles pudieran ser santificados por la Palabra de Dios: ¡la Verdad!

“Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos; para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

En otras palabras, la unión de los discípulos con los Apóstoles, la unión de los Apóstoles con el Cristo, y la unión del Cristo con Dios ha de ser el testimonio final y supremo —la evidencia suprema de que Jesucristo fue enviado por Dios.

“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno: yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad; para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos, como también a mí me has amado. ...

“Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste.”

Otra afirmación que da testimonio de que estos Apóstoles habían alcanzado la “vida eterna”: sabían que Dios había enviado a Jesús.

“Y les he dado a conocer tu nombre, y lo dará a conocer aún; para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.”

¡La oración suprema, sin duda! Serena comunión con Dios, abriendo el alma a Dios. Cuando el hombre ora así, es lo finito extendiéndose hacia lo Infinito —un esfuerzo por unirse en comunión. Muestra cómo las inteligencias pueden llegar a ser unidas participando de una misma naturaleza divina, es decir, la naturaleza de Dios.

TEXTO Y DISCUSIÓN

Texto: *“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”*

Lo primero que llama la atención en este texto es la implicación de que es posible para el hombre conocer a Dios, a pesar de toda la necedad que existe diciendo que uno no puede conocer a Dios. El argumento es: lo finito (el hombre) no puede conocer lo Infinito (Dios); y se citan dichos tales como:

“Un Dios entendido es un Dios destronado.”

También la pregunta medio incrédula de uno en el Libro de Job —Zofar:

“¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?” (Job 11:7).

El mismo Dios respondió esa pregunta por boca de Jeremías, un profeta autorizado de Dios:

“Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jeremías 29:13).

Que es posible conocer a Dios está implícito en este texto que estoy usando, y también está declarado en la respuesta que Cristo dio a los hombres que preguntaban cómo Él, no habiendo aprendido letras, podía anunciar la doctrina asombrosa de su mensaje:

“Mi doctrina no es mía —dijo—, sino de aquel que me envió; y el que quiera hacer la voluntad de Él [Dios], conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:15–17).

Su doctrina incluía, por supuesto, el conocimiento de Dios junto con lo demás.

San Pablo, escribiendo a los corintios, los reprendió diciendo:

“Pero algunos de vosotros no conocen a Dios; para vergüenza vuestra lo digo” (1 Corintios 15:34).

¿Y por qué era una “vergüenza” que no conocieran a Dios? Por la razón de que, si tan solo hicieran “su voluntad,” podrían conocerlo. Y era una vergüenza que aquellos que conocían la verdad del evangelio no quisieran “hacer la voluntad de Dios,” mediante cuyo “hacer” podrían conocer su verdad —incluido el conocer a Dios. Resuélvanlo en sus mentes, pues, mis oyentes: ¡Dios puede ser conocido! Sería una burla de parte de Dios sostener lo contrario, ya que la consecución del hombre a la “vida eterna” se funda en “conocer a Dios y a Jesucristo, a quien Él ha enviado.”

Entonces, los hombres pueden conocer a Dios, ¿pero cómo? Algunos dirían: “Por medio de las cosas que han sido hechas.” David, el salmista, escribió que “los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmos 19); y San Pablo declara que el hombre puede conocer a Dios a través de las cosas creadas:

“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas.”

Así sostuvo que los hombres eran inexcusables por su maldad. Pero esto necesita ser ampliado. El poder y la gloria pueden ser deducidos como pertenecientes a Dios a partir de la creación, y ya por largo tiempo —al menos desde la época de Sir Isaac Newton— se ha sostenido que un recurso a las obras de la naturaleza es “el argumento más famoso para la existencia y esplendor de Dios.” Sir Isaac Newton dice:

“La consideración de la inmensidad, belleza y movimientos regulares de los cuerpos celestes, la excelente estructura de los animales y las plantas; además de una multitud de otros fenómenos de la naturaleza, y el hecho de que la mayoría de éstos sirven al hombre, puede justamente inducirle, como criatura racional, a concluir que este vasto, hermoso, ordenado y, en una palabra, admirable sistema de cosas que llamamos el mundo, fue formado por un Autor supremamente poderoso, sabio y bueno, y

difícilmente puede ser negado por un observador inteligente y sin prejuicios.”

(Citado en *Man and His Universe*, John Langdon-Davies, 1930, p. 171).

El famoso deísta americano, Thomas Paine —célebre en los días de la revolución— estaba tan seguro de la solidez de este argumento que sostenía que la creación era la ÚNICA palabra de Dios.

“La palabra de Dios —dice él— es la creación que contemplamos. Es en esta palabra, que ninguna invención humana puede falsificar o alterar, donde Dios habla universalmente al hombre.

“Solo en la creación pueden unirse todas nuestras ideas y concepciones de una palabra de Dios. Una creación habla un lenguaje universal, independiente del habla humana o del lenguaje humano; no depende de la voluntad del hombre el que sea publicada o no, pues se publica a sí misma de un extremo de la tierra al otro. Esta palabra de Dios revela al hombre todo lo que es necesario que sepa de Dios. ¿Queremos contemplar su poder? Lo vemos en el orden inmutable por el cual se gobierna el todo incomprensible. ¿Queremos contemplar su munificencia? La vemos en la abundancia con que llena la tierra. ¿Queremos contemplar su misericordia? La vemos en que no retiene esa abundancia ni aun de los ingratos. En fin, ¿queremos saber qué es Dios? No busquéis en el libro llamado las escrituras, que cualquier mano humana podría fabricar, sino en la escritura llamada la ‘creación’.”

(Paine, *The Age of Reason*, pp. 23–26).

Pero con todo este célebre argumento para la existencia de Dios, debe sostenerse que resulta **inadecuado** para establecer un conocimiento de Dios que sea equivalente a conocerlo de tal manera que lleguemos a experimentar la conciencia de una relación personal y amor hacia Él. Así como Dios mismo no puede amar a los gases ni a la mera fuerza, tampoco el hombre puede amar meras abstracciones, ni fuerzas impersonales: algo personal es necesario para amar, semejanza de atributos, de emociones, de cualidades de la mente; en una palabra, aquello que reconocemos como un ser personal.

Por lo tanto, la revelación de Dios que puede derivarse en cierta medida y en algunos aspectos de las obras de la creación no es suficiente para “conocer a Dios” tal como lo exige la “Vida Eterna” de nuestro texto.

David —más sabio que Paine y aun que Pablo (si pensamos únicamente en el pasaje citado de Romanos)— vinculó el testimonio de la gloria de Dios que vio en los cielos con la ley escrita de Dios. Pues, volviendo de los cielos, que David proclamaba como la gloria de Dios y la manifestación de su obra, dijo:

“La ley de Jehová [refiriéndose a la ley estatutaria] es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los estatutos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento de Jehová es puro, que alumbra los ojos... los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Además, tu siervo es amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón. ¿Quién podrá entender sus propios errores?” (como si dijera: ¿a partir de los testimonios de la creación?).

Entonces, la súplica de David:

“Líbrame de los errores que me son ocultos. Guarda también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión” (Salmos 19).

Todo esto, que surge de una relación personal con Dios, no puede derivarse del mero testimonio de la creación, de los mundos girando sin sentido en las inmensidades del espacio. ¡Éstas son cosas sobre las que actúa la mente, no cosas que actúan por sí mismas! Se necesita algo más que esto acerca de Dios, y Dios lo ha dado.

DIOS REVELADO A TRAVÉS DE JESUCRISTO

A la antigua Israel se le dio como señal que:

“He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel... que traducido es: Dios con nosotros [es decir, con los hombres]” (Isaías 7:13–14; cf. Mateo 1:23–24).

Y fue revelado proféticamente a Israel que un niño nacería para ellos, que un hijo les sería dado:

“Y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6).

Todo lo cual alude tan claramente al Cristo del Nuevo Testamento, que no admite duda alguna de que se refería al nacimiento y carácter del Cristo. Y así también lo hace el mismo profeta en su capítulo cincuenta y tres, donde proféticamente bosqueja la vida y la misión del Cristo; hablando en la profecía con la fraseología de un hecho ya consumado, Isaías declara:

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes; por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo, Jehová quiso quebrantarlo sujetándole a padecimiento. Fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (véase Isaías 53).

Estas palabras proféticas fueron escritas siete siglos antes de la manifestación del Hijo de Dios en la carne, y sin embargo, ¿quién que haya leído el Nuevo Testamento podría dejar de reconocer en la profecía el retrato de Cristo? Su carácter y su misión en la tierra predichos setecientos años antes de su nacimiento, su corta vida y su muerte, y todos los acontecimientos destacados que conformaron su historia y misión.

San Pablo dice:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:1–3).

En esto se da la clara insinuación de que Dios, al hablar a los hombres por medio de Jesucristo, había dado una revelación de sí mismo. Pues este Jesucristo no solo es el resplandor de la gloria del Padre, sino también la misma imagen de su sustancia. Representado también como Creador, bajo la dirección del Padre, y como el poder sustentador de todas las cosas; y por sí mismo purgando los pecados de los hombres antes de sentarse a la diestra de la “Majestad en las alturas.” ¡En realidad, Dios revelado en la carne, es esto, a través de Jesucristo! Y Pablo lo declara claramente en otro pasaje de sus escritos, ya que dice:

“E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” (1 Timoteo 3:16).

Todo en clara alusión al Cristo, y nótese sus palabras: “Dios manifestado en la carne.”

En ese elocuente prólogo del Evangelio de San Juan se sostiene la misma verdad. Y también suena muy semejante a su paralelo en Génesis:

“En el principio, Dios:

“Y el Espíritu de Dios:

“Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.”

Pero volviendo a este prólogo:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre

venía a este mundo.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:1–14).

Y Dios es revelado en carne y sangre —“¡He aquí dónde está Cristo!”

Nuevamente, todo en clara alusión a Cristo —el Verbo: y el Verbo estaba en el principio con Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo fue hecho carne y habitó entre los hombres. La evidencia de que Dios fue revelado por medio de Jesucristo: una personalidad. Uno con quien los hombres pueden establecer relaciones definidas; uno a quien los hombres pueden conocer, y a quien conocieron, y con quien llegaron a unirse; ¡uno a quien los hombres pueden amar!

Glorioso como esto es, sin embargo, no es del todo suficiente para lo que deseo presentar; debemos ir más allá. Observo que cuando Dios quiere establecer grandes verdades en una dispensación, lo hace de una manera digna de esas verdades y digna de Él mismo.

Cuando explicó a Adán, por medio de un ángel, el significado del sacrificio que Adán ofrecía en holocaustos, Dios le dio a conocer que esos sacrificios no eran sino una “semejanza del sacrificio mayor que habría de realizarse mediante el Cristo, el Hijo de Dios, que vendría después.” También proveyó para Adán la recepción de las doctrinas y la realización de las ordenanzas que lo elevaron al estado de “hijo de Dios;” y le enseñó que, siguiendo el mismo curso, todos los hombres podrían llegar a ser hijos de Dios (*Perla de Gran Precio, Libro de Moisés 6:62–68*).

De igual manera, Dios llevó el mismo mensaje a Enoc y al pueblo de su generación; y al pueblo de Noé y aquella generación; pero estos rechazaron los consejos de Dios contra sí mismos, y sus espíritus fueron encerrados en la cárcel hasta ser visitados por Cristo (*1 Pedro 3:18–20*).

CONCEPCIÓN DEL UNIVERSO

Cuando Dios introdujo la dispensación presidida por Moisés, para llevar salvación a Israel, el Señor le reveló a Moisés la grandeza del universo y la extensión de las creaciones en todas las profundidades del espacio, donde

abundaban el espacio, el cosmos e incluso el caos. Le reveló tanto la inmensidad del espacio ilimitado como las creaciones que había dentro de él, diciéndole que había creado mundos sin número, y añadió:

“Los cielos son muchos, y no pueden ser contados por el hombre.”

Muchos mundos habían pasado por el poder de la palabra de Dios, y “hay muchos que ahora existen... Y así como una tierra pasará, y sus cielos, así otra vendrá; y no hay fin a mi obra ni a mis palabras.”

Y aún más, para impresionar al profeta Moisés acerca de la magnitud de estas creaciones, le representó que, si fuera posible que el hombre contara las partículas de la tierra en la que vivimos, aún así no representarían el número de los mundos creados. La escritura continúa afirmando que, si millones de tierras como la nuestra fueran reducidas a partículas, aun así no constituirían un comienzo del número de las creaciones de Dios:

“¡Y tus cortinas aún están extendidas!”

Algo semejante fue revelado también a Abraham, como leemos en el *Libro de Abraham*, dado mediante las revelaciones de Dios a José Smith, que dio a conocer el contenido de esas escrituras (*Libro de Abraham, cap. 1–3*).

Conocimiento de la misma naturaleza fue dado a nuestro propio Profeta de la Nueva Dispensación, José Smith, como pueden leer en lo ya citado del *Libro de Moisés* y del *Libro de Abraham*, ambos revelados por su conducto y mucho antes de que la ciencia pudiera hablar en términos positivos respecto a la extensión del universo. También en *Doctrina y Convenios* se declara:

“Existen muchos reinos, porque no hay espacio en el cual no haya un reino; y no hay reino en el cual no haya espacio, sea un reino mayor o menor” (Sección 88:37).

De lo cual puedo decir que no hay mejor descripción de la existencia de las cosas en general, ni mejor correlación de espacio y cosmos.

Pero ahora viene un hecho muy importante —una declaración reguladora— con respecto a las revelaciones que Dios ha dado sobre lo que ha sido manifestado al hombre en estos asuntos. Cuando confería con Moisés para

transmitirle esas verdades, que Moisés habría de dar al mundo por medio de sus escritos, el Señor le dijo —después de darle la visión de la inmensidad de Sus creaciones—:

“Mas solo un relato de esta tierra y de sus habitantes te daré.”

Y acercándose más aún a Moisés, repitió:

“Moisés, Hijo mío, te hablaré acerca de esta tierra sobre la cual estás; y escribirás las cosas que yo te hable; y en el día en que los hijos de los hombres tengan en poco mi palabra, y quiten muchas de ellas del libro que tú escribirás, he aquí, levantaré a otro como tú, y éstas volverán a estar entre los hijos de los hombres —entre cuantos crean.”

Y todavía nuevamente —a manera de énfasis, pienso yo— el Señor dijo:

“He aquí, te revelaré acerca de este cielo y esta tierra.”

Entonces comienzan las palabras de la revelación a Moisés que abren la narración escrita en Génesis acerca de la creación.

De todo esto aprendemos la importante verdad de que las revelaciones en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, en realidad todas nuestras revelaciones, antiguas y modernas, se refieren a nuestra tierra y a sus cielos, o al grupo de mundos con el cual está conectada y a sus habitantes; y que estas revelaciones no intentan darnos información explícita alguna sobre las condiciones en la constelación de las Pléyades, Orión, Casiopea o la Osa Mayor, por no hablar de esas galaxias de mundos más allá de la visión de los hombres, aun en el presente, cuando son ayudados por los más poderosos instrumentos de observación. En otras palabras, nuestras revelaciones son locales: pertenecen a nosotros y a nuestro orden limitado de mundos. Solo aquí y allá se nos da un vislumbre de las cosas fuera de nuestra tierra y de sus cielos.

Siendo ese el caso, las revelaciones dadas a la raza hebrea están expresadas en una nomenclatura acorde con los hechos que debían expresarse; de ahí la declaración:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”

Paralelamente en el Nuevo Testamento:

“Sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios. Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros, sin embargo, solo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él” (1 Corintios 8:4–6).

Supongo, entonces, que así como las revelaciones a Moisés estaban limitadas a las cosas en relación con la tierra en que vivimos y sus cielos, del mismo modo las revelaciones a todos los demás profetas estuvieron limitadas: y que, por lo tanto, todas las cosas reveladas de Dios para nosotros tienen que ver únicamente con las cosas relacionadas con nuestra tierra y sus cielos; y solo de una manera muy general —como ya se indicó— tienen que ver con esos otros mundos distintos del nuestro.

Este conocimiento limitado, estos vislumbres del universo, sin duda fueron mostrados por el Señor a estos profetas que presidían dispensaciones de verdad, debido al poder de influencia que este conocimiento de la naturaleza del universo tendría sobre la concepción del hombre de Dios; pues, indudablemente, tal conocimiento influye claramente en las concepciones acerca de Dios.

Por ejemplo: hace menos de quinientos años prevalecía la teoría geocéntrica, es decir, la teoría de que la tierra era el centro del universo. Bajo esa concepción, la tierra era considerada el centro estacionario del universo. Se suponía que el sol giraba alrededor de la tierra regularmente cada día; que las estrellas y la luna se daban únicamente para iluminar la tierra de noche. Todo el universo había sido hecho para servir a los propósitos de la tierra, y el hombre era la consideración última del Creador; porque al hacer la tierra y los cielos, todas las cosas fueron hechas para él, para su bienestar y vida.

Los planetas se concebían como situados en siete esferas cristalinas respectivas, y sus movimientos eran producidos por ángeles a quienes se les había designado empujar esos planetas en sus esferas cristalinas alrededor de la tierra inmóvil. La tierra era el centro en esta concepción:

por encima de la tierra, y extendiéndose más allá de las siete esferas cristalinas, se encontraba la región de los cielos, la morada y trono de Dios; y debajo de la tierra estaba la oscura y repulsiva región del Seol, habitada por los condenados.

Con un entendimiento del universo como éste, la concepción de Dios que resultaría sería muy diferente de la que acompañaba a la teoría geocéntrica. Es decir: que el sol es el centro del sistema solar; que los planetas, incluida la tierra, se mueven en sus respectivas órbitas alrededor del sol, y también giran sobre su eje. Sus movimientos, y el sol con este grupo de planetas avanzando en su curso entre las estrellas fijas, explicaban el aparente movimiento de las llamadas esferas celestes.

Los movimientos de los planetas y de los grupos estelares eran ahora, bajo la teoría heliocéntrica del sistema solar, el resultado de la operación de fuerzas inherentes en los propios planetas y estrellas, y de sus posiciones relativas unos respecto de otros, de sus distancias y de su masa, generando la fuerza llamada gravedad, la cual los mantiene en equilibrio. Esto explicaba sus movimientos; la acción de ángeles “empujando a los planetas en esferas cristalinas” podía, y de hecho fue, descartada del pensamiento. Así continuaron los cambios en las concepciones.

Mientras tanto, el descubrimiento de la extensión e inmensidad del universo se fue desarrollando gracias a los cada vez más potentes instrumentos científicos y a las investigaciones del hombre, hasta que la noción actual prevaleció: la de un universo ilimitado; las llamadas estrellas fijas con posibles sistemas de mundos a su alrededor; nuestra propia galaxia con mil millones de tales soles; y más allá, en las profundidades del espacio, otras galaxias de quizás igual inmensidad —y cuántas de ellas existen, no lo sabemos.

Este conocimiento derribó la idea de que la tierra era el centro estacionario del universo, y de que todas las estrellas, junto con la luna y el sol, fueron creados con el único propósito de servir exclusivamente a nuestro diminuto planeta. Por lo tanto, necesariamente esa concepción desapareció, y la convicción se impuso en las mentes de los hombres de que este universo debía ser más que una mera creación destinada a relacionarse con nuestra tierra, uno de los planetas más pequeños de nuestro relativamente

pequeño sistema solar; y que Dios debía ser concebido como teniendo intereses mucho más amplios y objetivos inmensamente mayores que los asuntos de la raza que habita nuestro mundo.

Así, las concepciones de la naturaleza del universo que el hombre alberga siempre afectarán su visión de Dios. Y no es difícil ver, con el conocimiento que ahora tenemos, que las revelaciones muy limitadas dadas en relación con nuestra tierra y sus cielos no son adecuadas como explicación del universo en su conjunto.

COMIENZOS Y FINALES

Este conocimiento también es esclarecedor en cuanto a los “comienzos” y los “finales.” Cuando en Génesis está escrito:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”

Sabemos, a la luz de nuestro nuevo conocimiento, que no se hace referencia a un principio absoluto de todas las cosas, sino solamente al “principio de nuestra tierra y de su sistema o sistemas de planetas y los cielos conectados con ellos.” Y en cuanto a “comienzos” y “finales” absolutos, no los hay. El universo es eterno, y “comienzos” y “finales” no son más que términos relativos.

Por supuesto, tales puntos de vista como los expresados arriba nos involucran en la realidad de un universo pluralista, y en una pluralidad de Dioses; pero el antiguo y aterrador horror de estar expuestos a semejante acusación ha desaparecido ahora, con el nuevo conocimiento que tenemos de la inmensidad del universo y la localización de las revelaciones al hombre y a su mundo.

De hecho, algunos escritores filosóficos sostienen que el universo ha sobrepasado a Dios, al menos al Dios concebido en el cristianismo ortodoxo. El autor de *Man and His Universe* (John Langdon-Davies, 1930) dice:

“¿Quién que esté despierto a las preguntas que pueden hacerse, puede atreverse a pretender que la ciencia ha destruido el esplendor de los cielos o la gloria del universo? La verdad es que nadie ha sido capaz aún de

imaginar un Dios lo suficientemente espléndido o glorioso, estética o éticamente, como para cautivar la imaginación del hombre, una vez que éste ha llegado a estar vivo a lo que la ciencia moderna puede mostrarle, ya sea a sus pies o suspendido sobre su cabeza” (p. 336).

Todo esto, sin embargo —esta extensión y esplendor del universo— no impide la concepción coherente de que han sido designadas ciertas inteligencias exaltadas, glorificadas y perfeccionadas, que han alcanzado una participación en, y se han hecho partícipes de, la “naturaleza divina” (2 *Pedro* 1:4), y que han sido designadas como Presidencias sobre mundos y sistemas de mundos, que funcionan en la dignidad de Inteligencias Divinas, o Deidades.

Aun en cuanto a nuestro mundo y sus cielos, ha sido designada una Divinidad, como lo enseña San Pablo:

“Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo o en la tierra [y falsos o dioses paganos no estarían en el cielo] —como hay muchos dioses y muchos señores— para **nosotros** [es decir, en lo que a nosotros concierne] sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él” (1 Corintios 8:5–6).

En otra parte, como complemento para completar los tres de la Divinidad —nuestra Divinidad— también se nombra al Espíritu Santo: un ser espiritual, cuya función es testificar (de la verdad) del Padre y del Hijo (*Libro de Mormón*, 3 *Nefi* 11:35–36). Y nuevamente, en el Nuevo Testamento:

“Nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3).

Esta trinidad se afirma en el saludo cristiano de la segunda carta a los Corintios, al final del capítulo:

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios [es decir, el Padre] y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.”

También en la fórmula bautismal:

“Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19).

Así como en nuestra tierra y en sus cielos, así también en otros mundos y sistemas de mundos, sin duda han sido designados otros Consejos Divinos que funcionan con igual capacidad, o Divinidades o Santas Trinidades.

Además, no es inconsistente con el proceder divino designar inteligencias para ser Dioses aun en este mundo, y en esta nuestra vida mortal. Cuando Moisés rogó a Dios que no lo enviara a Egipto a liberar a Israel de la esclavitud porque era “tardo en el habla,” el Señor designó a Aarón para que fuese su portavoz, y el Señor dijo:

“Él te será en lugar de boca, y tú le serás a él en lugar de Dios” (Éxodo 4:16).

Y el Señor dijo a Moisés:

“Mira, yo te he constituido dios para Faraón; y Aarón... será tu profeta” (Éxodo 7:1).

Fue la consideración de estas designaciones lo que llevó a nuestro Profeta de la Nueva Dispensación, José Smith, a decir:

“Creo que aquellos Dioses que Dios revela como Dioses son los Hijos de Dios; y todos pueden clamar ¡Abba, Padre!” (*History of the Church, Period I, vol. 1, p. 478*).

Así, inteligencias exaltadas que han llegado a ser “participantes de la única Naturaleza Divina,” al estar unidas en hermandad con otros de igual naturaleza, pueden ser consideradas aptas para designaciones a estaciones presidenciales entre las Inteligencias Gobernantes de los universos de los Dioses, los hijos de Dios, para presidir en mundos o sistemas de mundos según se requiera.

Esto, por el proceso señalado en nuestra lección de las Escrituras de este discurso, en la cual contemplamos al Cristo orando, a saber: que Él pudiera ser hecho Uno con Dios, el Padre; que Sus Apóstoles pudieran llegar a ser uno con Él, como Él y el Padre eran UNO. Y Su oración no terminó allí: sino que oró para que aquellos que se convirtieran en discípulos de los

Apóstoles —los creyentes— pudieran llegar a ser uno con ellos, como ellos lo eran con Cristo, y Cristo con Dios el Padre:

“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad; para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos, como también a mí me has amado.”

Todos aquellos que así son unidos en uno, habrán llegado a ser partícipes de la Única Naturaleza Divina —la Naturaleza de Dios. De tales se compone la Hermandad de Inteligencias del Universo, los redimidos de los mundos celestiales. De tales pueden ser escogidos hijos para presidir como Deidades sobre mundos y sistemas de mundos, según lo determinen o designen los Dioses de la eternidad.

Por lo tanto, sea el universo tan extenso y espléndido como científicos o profetas lo conciban, aun así su extensión y grandeza están paralelas por la gloria de la Hermandad de Inteligencias Exaltadas que gobiernan por doquier en su interior, ya sea en mundos separados o en grupos de mundos, conforme lo determine un reinado de ley.

Espléndido, digo yo, como pueda ser el universo material, no ha sobrepasado al universo de la “Mente” encarnada en las Inteligencias Personales que mantienen en equilibrio toda esta gloria manifiesta y poder sobrecogedor, dando dirección y propósito al todo.

Que la Iglesia de la Nueva Dispensación está oficialmente comprometida con tal concepción de los Dioses de la eternidad, es evidente por una acción oficial en un documento firmado por la Primera Presidencia de la Iglesia y los Apóstoles en el año 1865. La ocasión para hacer tal declaración oficial ocurrió cuando un prominente Apóstol avanzó públicamente la idea de que el gran “principio” en el universo ocurrió cuando lo que él llamó las “partículas inteligentes, automovientes, del caos, se organizaron a sí mismas en una Deidad.”

La decisión exacta de las autoridades principales de la Iglesia en ese tiempo fue precisamente la siguiente:

EL ETERNALISMO COMO FILOSOFÍA “MORMONA”

“[Ellos —refiriéndose a los antiguos profetas y apóstoles de Dios, nombrando especialmente a Moisés— José Smith] evidentemente se contentaban con el conocimiento de que, desde toda la eternidad, han existido seres organizados en forma organizada, poseyendo poderes superiores y controladores para gobernar lo que el hermano llamó ‘partículas automovientes, omnisapientes y todopoderosas de la materia’; y que no es ni racional ni coherente con las revelaciones de Dios, ni con la razón y la filosofía, creer que estas últimas fuerzas (es decir, las partículas inteligentes automovientes) y poderes existieron antes que los seres que las controlan y gobiernan.”

Firmado: Brigham Young, Heber C. Kimball, Orson Hyde, John Taylor, Wilford Woodruff, George A. Smith, Amasa M. Lyman, Ezra T. Benson, Charles C. Rich, Lorenzo Snow, Erastus Snow, Franklin D. Richards, George Q. Cannon (*Millennial Star*, vol. XXVII, pp. 659–663).

Se observará que el nombre de Daniel H. Wells, de la Primera Presidencia, no aparece. Eso se debió a que él estaba ausente en una misión en ese momento en Inglaterra. Tampoco aparece el nombre de Orson Pratt, y la razón fue que él también se hallaba en Inglaterra, aunque más tarde Orson Pratt aceptó la decisión de sus hermanos en una nota que fue publicada en el mismo volumen de la *Star*, p. 698.

Todo esto sostiene la coherencia de las revelaciones que nos llegan como conocimiento impartido por Dios acerca de Dios en las páginas precedentes.

LAS ESCRITURAS Y LOS “DIOSES”

También está escrito en la escritura judía:

“Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de señores” (esto es de Moisés, Deuteronomio 10:17).

“Jehová Dios de dioses, Jehová Dios de dioses, él sabe; y lo sabrá Israel...” (esto es Josué, sucesor de Moisés en Israel, Josué 22:22).

“Alabad al Dios de los dioses” (esto es el profeta David, Salmos 136:2–3).

“Hablará contra el Dios de los dioses” (esto es Daniel, Daniel 11:36).

“El Cordero [el Cristo] los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes” (esto es el amado discípulo San Juan hablando, Apocalipsis 17:14).

Si estas expresiones hubieran tenido referencia a los dioses paganos, por supuesto, sabemos que la forma plural usada no tendría significado alguno para nosotros; pero hechas como son por los profetas y apóstoles de Dios, no deben ser descartadas como si no representaran verdad. Por lo tanto, podemos decir que las revelaciones de Dios, dadas a los habitantes de nuestra tierra por medio de los profetas de Israel y los apóstoles del Nuevo Testamento, reconocen la existencia de una pluralidad de inteligencias que han alcanzado la divinidad.

Y cómo han alcanzado tal exaltación puede aprenderse de nuestra lección de las Escrituras en este discurso.

Esta lección representa la UNIDAD del Cristo con Dios; la posible UNIDAD de los Apóstoles con Cristo; la posible UNIDAD de los discípulos con los Apóstoles, y con el Cristo, y con Dios, y todos ellos como poseedores de Divinidad. Esto, además, está estrictamente de acuerdo con las enseñanzas de San Pedro, quien declara:

“Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia; por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia” (2 Pedro 1:1–4).

Es al llegar a ser partícipes de la Naturaleza Divina —la Naturaleza de Dios— que los hombres pueden alcanzar la UNIDAD de los discípulos de Cristo, la cual es la unión en semejanza entre Jesús y el Padre.

Estos seres divinos, todos instruidos en las escuelas del conocimiento y sabiduría divinos, permeados por un mismo Espíritu —el cual procede de esta inmensa hueste de personificaciones divinas y perfeccionadas— expanden a Dios en el universo. Esto, sin embargo, requiere al menos un breve tratamiento separado.

Está escrito en una de nuestras revelaciones de la Nueva Dispensación que el Cristo, quien ascendió a lo alto, también descendió por debajo de todas las cosas, en cuanto que comprendió todas las cosas:

“Para que sea en todas las cosas, y a través de todas las cosas, la Luz de la Verdad, la cual verdad brilla.”

Es decir, se manifiesta —puede ser visto y sentido— se manifiesta a la conciencia.

“Ésta es la Luz de Cristo, como también Él [la Luz de Cristo] está en el sol, y la luz del sol, y el poder por el cual fue hecho; como también la luz de las estrellas, y el poder por el cual fueron hechas; y la tierra asimismo, y el poder de ella, aun la tierra sobre la cual estáis. Y la Luz que brilla, que os da luz, es por medio de Aquel que ilumina vuestros ojos, el cual es la misma Luz que vivifica vuestro entendimiento.”

Es decir, esta “Luz de la Verdad,” esta “Luz de Cristo,” además de ser el poder creador de la tierra, el sol y las estrellas, es también el poder inspirador de inteligencia que vivifica el entendimiento de las inteligencias, de las mentes, en todas partes.

“Aquel Espíritu verdadero —como lo expresa San Juan— que alumbra a todo hombre que viene al mundo” (Juan 1).

El poder inspirador de inteligencia —“el Espíritu de Verdad.” No el Cristo personalmente, sino la “Luz” o “Espíritu” de Cristo. Ahora bien, notad la palabra de Dios, cuya misma palabra es verdad:

“La cual luz procede de la presencia de Dios para llenar la inmensidad del espacio: la luz que está en todas las cosas, la cual da vida a todas las cosas, la cual es la ley por la cual todas las cosas son gobernadas, aun el poder de Dios que se sienta en su trono, que está en el seno de la eternidad, que está en medio de todas las cosas” (*Doctrina y Convenios*, secc. 88:6–13).

Esta Luz, entonces —la Luz de la Verdad, y nombrada para nosotros los hombres “la Luz de Cristo”— “que procede de la presencia de Dios para llenar la inmensidad del espacio,” es también Dios, aun el Espíritu de Dios, o de los Dioses; porque procede o vibra, o irradia de todos los Dioses, de

todos los que han participado de la Única Naturaleza Divina. De ahí: “el Dios de todos los otros Dioses” —mencionado por nuestro Profeta de la Nueva Dispensación (*Doctrina y Convenios*, secc. 121)— “el Dios de dioses,” “el Señor de señores,” procediendo de MUCHOS y, sin embargo, UNO.

Encarnado en todas las Deidades personales, y, al mismo tiempo, procediendo de ellas para extender al único Dios en todo el espacio, de modo que Él pueda estar en y a través de todas las cosas: portando todos los poderes y atributos de Dios (como ya hemos visto antes), poder creador en la tierra, el sol y las estrellas; poder sustentador del mundo y fuerza directriz. Portando toda la mente y los atributos espirituales de Dios hacia la inmensidad del espacio, convirtiéndose en Dios presente en todas partes —omnipresente—; y presente en todas partes con poder —omnipotente—; extendiendo por doquier el poder de Dios; asimismo, Todo-Conocedor, Todo-Vidente, Todo-Oyente —Omnisciente.

Portando, en verdad, todos los atributos de la Deidad: conocimiento, sabiduría, juicio, verdad, santidad, misericordia —toda característica o cualidad de todas las Inteligencias Divinas— puesto que ellas son una; y esta Esencia o Espíritu Divino convirtiéndose en “la Luz que está en todas las cosas, que da vida a todas las cosas, la cual es la ley por la cual todas las cosas son gobernadas, aun el PODER de Dios, que se sienta en su trono, que está en el seno de la eternidad, que está en medio de todas las cosas.”

Unida en esta Esencia o Espíritu Divino está la mente de todos los Dioses; y todos los Dioses, al ser encarnaciones de este Espíritu, llegan a ser Dios en unidad; y por la encarnación de este Espíritu en Personajes Divinos, llegan a ser la Hermandad Divina del Universo, el UN SOLO DIOS, aunque constituido por muchos.

EL ESPÍRITU SANTO

Debe hacerse aquí una distinción entre este Espíritu de Dios que procede de la presencia de Dios o de los Dioses “para llenar la inmensidad del espacio” Y EL ESPÍRITU SANTO.

Este “Espíritu de Dios” o “de los Dioses,” del cual hemos hablado, que alumbra a TODO hombre que viene al mundo, y que está presente en todas

partes con poder y con todos los atributos de los dioses —omnipotente; con todo conocimiento, sabiduría, verdad, justicia, juicio —omnisciente; en el cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser, así como podemos vivir y movernos en la luz del sol— es un Espíritu distinto del Espíritu Santo.

Este Espíritu de los Dioses es “la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo” —un don gratuito de Dios a la raza (Juan 1:9); mientras que el Espíritu Santo es un Espíritu-personaje personal, en el sentido de ser un individuo espiritual, cuya comunión y compañerismo son concedidos, y solo pueden ser concedidos, a aquellos que obedecen el evangelio:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:16–17).

Todo esto, como muestra el contexto del capítulo, tiene referencia al Espíritu Santo, y no a ese Espíritu universal “que alumbra a todo hombre que viene al mundo” y que es el don de Dios a la raza; mientras que la comunión o compañerismo con el Espíritu Santo —un Personaje de la Trinidad, uno de la Divinidad— resulta de obedecer el evangelio.

¡He aquí qué visión tenemos de los gobiernos del universo desplegada ante nuestra conciencia!

Primero, contemplemos la inmensidad de todo ello, su ilimitación, más allá de todo nuestro poder de comprender la extensión y el número de estas creaciones Divinas, que ascienden a miles de millones de grandes soles centrales, sin duda los centros de los muchos, muchos mundos de la Inmensidad.

Luego contemplemos los poderes de los hijos de Dios al alcanzar la unidad con Dios, llegando a ser partícipes de la ÚNICA Y SOLA NATURALEZA DIVINA en la cual mora toda perfección, constituyendo una hermandad ilimitada de inteligencias designadas en Consejos Divinos y asignadas al gobierno y dirección de mundos y grupos de mundos, aun quizás de sistemas solares,

correlacionados según la naturaleza y el carácter respectivos de ellos, y adecuados al desarrollo de los poderes gobernantes.

Ahora puedo entender las hasta ahora desconcertantes declaraciones:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4; repetido por el Cristo en Marcos 12:29).

También:

“No hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4).

Y de nuevo:

“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24).

Asimismo San Pablo cuando dice:

“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.”

Pablo concluye que Dios ha provisto que todos los hombres pudieran “buscar” al Señor y “hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, nos movemos y somos” (Hechos 17).

Puedo comprender cómo David desesperaba de huir de la presencia de Dios, diciendo:

“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán, aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz” (Salmos 139).

Dios es verdaderamente Espíritu, y como tal está presente en todas partes, y presente en todas partes con todos los atributos de los Dioses

Encarnados. Pero también puedo comprender la expresión de David sobre la “Congregación de los Poderosos”:

“Dios está en la reunión de los dioses; en medio de los dioses juzga”
(Salmos 82:1).

También puedo cantar con entendimiento el himno a nuestro Profeta de la Nueva Dispensación:

“Mezclándose con Dioses puede planear por sus hermanos;
la muerte no puede conquistar al héroe jamás.”

O como está escrito en un himno mayor:

“Con Dioses voló en los reinos de la luz,
y a los hombres enseñó el camino celestial.”

Y más adelante en el mismo himno:

“Su hogar está en el cielo, mora con los Dioses,
lejos de la furiosa ira de las turbas.”

¿POR QUÉ TODO ESTO?

Siento que algunos puedan hacer la pregunta: ¿por qué todo esto? ¿Esta trabajada revisión acerca de Dios? ¿No podría haberse tratado otro tema más provechoso como tratado de religión? ¿Alguna exposición directa de una doctrina de rectitud? ¿Alguna exhortación directa a guardar los mandamientos conocidos por haber emanado de Dios? Tales como: *no darás falso testimonio; santificarás el día de reposo; no codiciarás; sé bautizado para la remisión de los pecados y anda humildemente con tu Dios.*

Mucho puede decirse a favor de esta exposición directa de tales doctrinas y de tales exhortaciones. Y, sin duda alguna, quienes oyen y reciben tales doctrinas y las cumplen con verdadera obediencia, alcanzarán la salvación, aunque no dominen el supuesto gran misterio de Dios y la Divinidad, ni comprendan la extensión y la grandeza del universo.

Entonces, ¿por qué no dedicar nuestro tiempo a estas cosas de la “fe y práctica sencillas que aseguran la salvación,” y dejar todo lo demás de lado?

¿Y considerar la religión tal como San Jacobo la presenta tan admirablemente?:

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

Sentimiento bellamente expresado y eminentemente práctico. ¿Por qué no contentarnos con ello? ¿Sin este esfuerzo mental, este anhelo espiritual de buscar a Dios, de conocerlo?

Sé cuántos, aun en la Nueva Dispensación, hacen la súplica de la “fe sencilla,” es decir, la fe que se expresa con el clamor: “¡Señor, creo!”

Las cosas divinas no se alcanzan tan fácilmente. Es un gozo tener al Profeta de la Nueva Dispensación escribiendo desde la prisión de Liberty a la Iglesia, sobre el tema, diciendo —y para entonces el Profeta sabía por triste experiencia de lo que hablaba—:

“Las cosas de Dios son de profunda importancia, y el tiempo, la experiencia, y pensamientos cuidadosos, profundos y solemnes solo pueden descubrirlas. Tu mente, oh hombre, si has de guiar un alma hacia la salvación, debe elevarse tan alto como los cielos más sublimes, e investigar y contemplar el abismo más oscuro, y la vasta extensión de la eternidad —
DEBES COMUNIONAR CON DIOS.”

Cien respuestas podrían darse a la pregunta aquí sugerida acerca de la supuesta impracticabilidad del tema de esta tarde. Una o dos deben bastar.

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”

¿Y cómo conoceremos a estos Seres si no los contemplamos, para conocerlos a través de las revelaciones que se han dado de ellos, de su naturaleza y de sus relaciones los unos con los otros, y con otros grupos divinos de Inteligencias?

No basta decir superficialmente, como a veces hacemos:

“Creemos en Dios el Padre Eterno, y en Su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo.”

Esto, y nada más respecto a Dios, no es suficiente. Casi toda la cristiandad sectaria podría decir eso, y lo dice. Nosotros, de la Nueva Dispensación, debemos decir más que estas deslumbrantes generalidades. Estos enunciados pueden significar mucho, ciertamente, pero no cumplen con todos los requerimientos de la Nueva Dispensación.

De nuevo:

“Este es el primero y grande mandamiento: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.”

Pero ¿cómo se cumplirá esto a menos que conozcamos a Dios, y especialmente lo conozcamos como el Cristo lo ha revelado? Yo les desafío a amar a Dios a menos que lo conozcan. Estas son las cosas necesarias que debemos asir —cosas que pertenecen a la “vida eterna.”

Primero, sin embargo, díganme: ¿por qué se ha tomado Dios tantas molestias en revelar estas verdades acerca de Dios y del universo, si han de ser pasadas por alto por el hombre, y no tener valores prácticos para él? ¿Ha tratado Dios con cosas tan grandes que resulten inútiles, o al menos de importancia menor?

Pero llego a un contacto más directo con el asunto. Vosotros habéis estado conmigo este día en estas alturas, donde hemos contemplado las cosas de Dios —cosas más particularmente acerca de Dios. Los desafío a dejar estas alturas donde hemos contemplado a Dios, y sentido Su presencia, donde el velo entre la tierra y el cielo se volvió tan delgado que pudimos escuchar las vibraciones entre los dos mundos y saber que voces celestiales estaban cantando en nuestras almas la sublime verdad que solo podía provenir de las cosas que Dios ha revelado. Los desafío a dejar estas alturas y descender a los dominios del pecado y deleitarse en la iniquidad.

Después de haber estado aquí, no se atreverán a robar huérfanos, ni a mover el lindero de la viuda, ni a oprimir al jornalero en su salario, ni a ser injustos con sus semejantes, ni a blasfemar de las cosas santas. Hay una elevación espiritual en la contemplación de Dios y de las cosas de Dios: la

inspiración hacia la rectitud sí proviene de la contemplación de las grandes verdades. Uno no puede tener elevadas contemplaciones y, al mismo tiempo, entregarse a bajos deseos.

Dios dijo a José Smith que Él “le dio mandamientos que lo inspiraron,” y le dio poder de lo alto para traducir el Libro de Mormón, y de allí siguió todo lo que dio origen a la Nueva y Última Dispensación. Después del *Libro de Mormón* vino la restauración del sacerdocio, el Aarónico y el de Melquisedec —con el Apostolado, que posee las mismas llaves de todos los poderes espirituales del sacerdocio, las llaves del reino celestial. Luego la organización de la Iglesia; la traducción de la antigua escritura, el *Libro de Moisés* y el *Libro de Abraham*; la venida de Cristo, de Moisés, de Elías y de Elías (Elijah), con las llaves de sus respectivas dispensaciones; todo esto y numerosas revelaciones al Profeta que dieron origen a un desarrollo de la verdad que sobrepasa toda verdad revelada de dispensaciones anteriores.

¡Esto, de los mandamientos que inspiraron al Profeta!

Mis hermanos y hermanas, la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios (el Padre) y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.

El estándar de la paz

Un discurso pronunciado por el Presidente B. H. Roberts,
el martes 29 de agosto de 1913, ante el *World
Fellowship of Faiths* en Chicago.

Al contemplar el tema que me corresponde considerar en este “World Fellowship of Faiths,” noto, en primer lugar, el título de esta conferencia o parlamento; y destaco la idea que conlleva la expresión “*La Fraternidad de las Fes.*” Por ese título de la reunión me siento amonestado a no introducir ninguna actitud controversial ni la presentación de proposiciones de carácter marcadamente sectario que pudieran dañar la idea contenida en la frase “*Fraternidad de las Fes.*”

Deseo hablar, por lo tanto, con el pensamiento de “fraternidad” en mi corazón hacia este gran congreso de fes religiosas y sus propósitos y objetivos, y deseo únicamente contribuir con algunos pensamientos que he derivado de una larga contemplación y estudio personal, y que tal vez les parezcan a ustedes, de una “fe peculiar.”

En segundo lugar, noto que aquellos que han difundido la literatura referente a esta convención han señalado una distinción importante entre esta reunión de “Fes Religiosas” y “El Parlamento de Religiones celebrado en esta ciudad en conexión con la Exposición Mundial Colombina de 1893.” A saber: que mientras aquel parlamento anterior fue calificado por los dirigentes de este como un “desfile competitivo de religiones rivales,” éste pretende ser un “desafío a todas las fes” para “manifestar o aplicar su religión ayudando a resolver los problemas urgentes que impiden el progreso del hombre. El esfuerzo consiste en ayudar a la humanidad a desarrollar una nueva dinámica espiritual capaz de dominar y reformar el

mundo.” (*Literary Digest*, 8 de julio de 1933, artículo “Problems for the Fellowship of Faiths, at Chicago”).

Nuevamente noto en la literatura del presente parlamento:

“La unidad para todas las reuniones del *World Fellowship of Faiths* está asegurada por el hecho de que todos los oradores, en todo momento, estarán ayudando a unir la mejor inspiración disponible de todas las fes para encontrar una solución espiritual a los problemas actuales del hombre.”

Esta es otra fuerte implicación de que asuntos de carácter sectario, o controvertidos entre iglesias subdivididas, no tienen cabida en esta reunión actual de “Fes Religiosas Mundiales.”

Lejos de mí, en el más mínimo sentido, violar estas claras implicaciones.

ÉNFASIS EN LA PAZ MUNDIAL

En tercer lugar, he notado qué énfasis se pone en la literatura de este parlamento actual sobre las deliberaciones acerca de “Paz y Guerra;” “Desarme;” “La Paz y la Hermandad según la Enseñanza de las Fes del Mundo;” “Paz Universal;” “El Programa de Paz de la Iglesia Cristiana;” “¿Es inevitable la guerra?” “Las perspectivas de un mundo sin guerras;” y numerosos otros títulos.

En presencia de una lista tan formidable de temas relacionados con la “Guerra” y la “Paz,” cualquiera quedaría impresionado con la importancia de estos asuntos en la mente de quienes son responsables de esta asamblea de “La Fraternidad de las Fes del Mundo;” y uno se sentiría justificado en escoger como tema ante esta reunión alguna de las fases de esos títulos generales, y razonablemente seguro de una recepción atenta al discutirlos.

De ahí mi tema-título: “El Estándar de la Paz.”

Además, nada constituye un obstáculo tan grande para el progreso sustancial del hombre como la posibilidad del estallido de una guerra internacional. Ésta amenaza la misma existencia universal de la civilización; y cuando la guerra internacional vuelva a estallar —si tal desastre llegara a

repetirse—, teniendo en cuenta los instrumentos de destrucción de la guerra cada vez más poderosos, no sería descabellado considerarla una amenaza para la raza humana.

De los problemas modernos de la humanidad, quizás sea el mayor. No es de extrañar, entonces, que se le haya dado tanto espacio en este congreso de la *Fraternidad de las Fes*, el cual, por su misma naturaleza, hace de la “Paz” y de su mantenimiento un asunto principal de estudio y un objetivo de política.

REVELACIÓN SOBRE LA PAZ

Si nuestro cristianismo moderno no hubiera cerrado tan enfáticamente la puerta a una revelación adicional de Dios; si hubiera quedado alguna pequeña esperanza de que Dios pudiera, en caso de necesidad, comunicar nuevamente alguna revelación o mandamiento a los hombres, no resultaría chocante a nuestro sentido de lo apropiado escuchar la voz de Dios diciendo al mundo moderno:

“Renunciad a la guerra y proclamad la paz” (*Doctrina y Convenios* 98:16);

o como en la antigüedad:

“Busca la paz y síguela” (Salmos 34:14).

Esta última exhortación —“síguela”— implicaría lo esquivo que es la paz; y quizá podría añadir: especialmente si en la amonestación se contempla la paz internacional.

La paz internacional se considera de manera bastante general como la esperanza inalcanzable de personas bien intencionadas pero poco prácticas; hasta el punto de que se le tiene más en burla que en seria contemplación de realización.

LA EXPERIENCIA DEL REY DAVID

Que no se piense que es mi intención complacerse en una reevaluación de la guerra y la paz, o señalar la excelencia suprema de la paz sobre la guerra. Eso sería tratar con meras trivialidades y lugares comunes; y comprendo que no se le exige a uno argumentar lo obvio. Y sin embargo, no creo que el

reconocer esto deba impedirme recordarles la lección de las experiencias del rey David, en la que el rey de Israel eligió tres días de pestilencia como juicio de Dios sobre él y su pueblo por sus pecados, en lugar de siete años de hambre o de una guerra de tres meses de duración.

“¿Quieres huir tres meses delante de tus enemigos?”, se le preguntó a David.

Y David, hombre con experiencia en la guerra y en sus efectos desmoralizadores, eligió la pestilencia (la historia se relata en el último capítulo de 2 Samuel).

Esto muestra el terror de la guerra —aun de una breve— por parte de alguien que conocía su horror y destructividad. Y recuérdese que el espanto de la guerra en tiempos de David no era nada en comparación con el espanto y la destructividad de la guerra tal como se conoce en la guerra moderna, especialmente como se conoció en la reciente “Gran Guerra” (la Primera Guerra Mundial); y aún más, como aumentarían sus horrores en caso de que ocurriera otra “Guerra Mundial,” estando en juego ¡la civilización y la humanidad misma!

No es ésta una afirmación exagerada, ni improbable como experiencia mundial, si estallara una guerra entre dos o más naciones principales; pues tales son los intereses entrelazados de las naciones hoy, que si se declarara la guerra entre dos o tres naciones prominentes, muy probablemente muy pronto arrastraría de nuevo a todo el mundo en un torbellino de guerra destructiva que podría terminar con nuestra civilización presente, poner en peligro la existencia nacional y culminar en una guerra por la existencia misma de la raza humana.

CONTRASTES ENTRE PAZ Y GUERRA

Confío también en que mi intención declarada de no entregarme a los lugares comunes sobre la relativa deseabilidad de la paz frente a la guerra, no sea interpretada como un impedimento para señalar los siguientes contrastes:

- La paz es la madre de la abundancia, y la guerra significa despilfarro y ruina.

- La paz es la nodriza de las ciencias y de las artes; mientras que la guerra destruye la industria y el capital —el poder acumulado de las naciones— y pervierte las ciencias y las artes.

El desarrollo de la paz fomenta el contentamiento y el gozo de vivir; la guerra llena el mundo de terror, tristeza y muerte.

La paz es el estado normal de la sociedad —“la calma salud de las naciones;” la guerra es, por lo general, el enrojecimiento febril de la vida agitada de un estado.

La paz edifica; la guerra destruye.

La paz propicia el reinado de la razón, donde “la sabiduría habita con la prudencia;” la guerra invoca el gobierno de la pasión, donde los hombres sienten poder y olvidan la justicia.

La paz gobierna por la regla iluminada de la ley; la guerra invoca la fuerza y prospera por la “ley de la selva.”

La regla iluminada de la ley que prevalece en la paz, considera a los hombres como iguales ante la ley, y protege a todos en el disfrute de sus derechos.

La paz apela a la razón y a las cosas del espíritu; la guerra apela a la fuerza bruta y a las cosas de la carne.

A la vista de estos contrastes entre paz y guerra, ¿es de extrañar que uno anuncie su intención de tomar posición por la paz y contra la guerra?

LA PAZ ES EL IDEAL DEL REINO DE DIOS

No es de extrañar que un congreso de la *Fraternidad Mundial de las Fes*, incluyendo las fes cristianas, se preocupe profundamente con la cuestión de la “Guerra y la Paz,” y con todas las preguntas relacionadas.

Especialmente, dado que el Capitán de estas fes cristianas recibe el título de EL PRÍNCIPE DE PAZ, junto con otros títulos tales como Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno (Isaías 9:6); y en cuyo nacimiento terrenal el canto profético de los ángeles asistentes fue:

“¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:13–14).

Éste es el ideal del reino de Dios, por cuya venida oramos.

Estas fes cristianas, entonces, sin duda alguna, están comprometidas con una política de lucha por la Paz Mundial; están obligadas, por el carácter de su Divino Líder y por toda la naturaleza de sus fes, a “renunciar a la guerra;” a “proclamar la paz —paz universal;” a “buscar la paz;” a “seguirla;” a “levantar un Estándar de Paz” para todos los pueblos. Sustituir el arbitraje por la violencia; la mesa de consejo internacional por los campos de batalla internacionales; la razón por el terrible fallo de la guerra.

Sobre esto no puede haber duda: la preservación de nuestra valiosa pero cambiante civilización depende de ello; la seguridad y la supervivencia de la raza humana lo demandan.

LA JUSTICIA—UN REQUISITO PREVIO DE LA PAZ

Pero antes de que la renuncia a la guerra pueda efectuarse de manera eficaz, y antes de que el “Estándar de la Paz” pueda ser permanentemente levantado, hay algo más que considerar. Esto es el firme establecimiento de la justicia —justicia internacional, justicia nacional; y es inconcebible que la justicia nacional o internacional pueda lograrse si no se incluye también la justicia individual.

Será inútil clamar “paz, paz,” hasta que la justicia sea reconocida y establecida sobre un cimiento firme.

Por tanto, fue algo adecuado que se fundara la “Corte Permanente de Justicia Internacional” en La Haya, creada por la “Liga de las Naciones,” e inaugurada en el Palacio de la Paz en La Haya (Holanda), el 15 de febrero de 1922.

Este proceder contemplaba pasos hacia el desarme y otras acciones para garantizar una paz internacional permanente. Esto es, por lo menos, un desarrollo en la secuencia adecuada para el establecimiento de la paz mundial. Primero la justicia, con la paz como consecuencia, porque no

puede ser que las naciones —ni más que los individuos— descansen contentas bajo algo inferior al sentido de seguridad que brinda la justicia.

Y aquí está la dificultad: ¿Por quién, y cómo, habrá de establecerse este sentido de seguridad en la justicia?

LA PARTICIPACIÓN UNIVERSAL ES NECESARIA

Sin duda, en la definición y en el establecimiento de la justicia todas las naciones deben participar, deben tener influencia y parte. Pero **¿QUÉ ES LA JUSTICIA?** Hasta aquí hemos hablado de ella solamente como un requisito previo de la paz. Esto no es suficiente. La pregunta sigue abierta en el pensamiento que aquí expreso, y en los tribunales del mundo, congresos de toda índole, convenciones y parlamentos; e incluso en esta convención de la *“Fraternidad Mundial de las Fes”* aún no está definida.

¿Quién dará la definición autorizada de ella, y cómo? Debe ser una definición mundial y surgir de la experiencia del mundo. Debe ser una generalización que incluya cada fragmento y elemento de derecho internacional y costumbre que haya evolucionado hasta alcanzar la dignidad de ley en el concierto de las naciones.

¡Oh, que se pudiera recurrir a alguna Instrucción Divina que cubriera de manera autorizada y directa todo este asunto! Pero, ¡ay!, ¿puede hallarse tal declaración? Mucho se dice y se escribe **SOBRE** la justicia, por supuesto; pero **“SOBRE”** y **“SOBRE.”** Poco se dice **DE** la justicia misma, en forma definida o satisfactoria. Se la exalta mucho, pero **¿QUÉ ES?**

“Justicia y juicio son el cimiento de tu trono” (Salmos 89:14); también se dice que “Misericordia y verdad van delante de tu rostro” (Salmos 89:14). Pero, ¿son estos atributos de Dios definidos y transmitidos de manera concreta al hombre?

Se nos asegura que la justicia tiene sus raíces en la “sabiduría,” pues está escrito: “Por mí [es decir, la sabiduría —véase el contexto] reinan los reyes, y los príncipes determinan justicia” (Proverbios 8:15). Otro profeta, hablando de la Deidad, dice de Él: “Dios justo y Salvador” (Isaías 45:21); pero nuevamente, ¿qué es ser “justo”? Todavía queda indefinido; y así en todo.

La justicia es una palabra tan compleja, con tantas connotaciones, que nadie ha logrado —o tal vez pueda lograr— una generalización satisfactoria de ella que universalmente apele a la comprensión humana. A veces se la identifica con la “rectitud” o se la hace sinónima de ella. Así se usa en gran parte en la traducción católica romana de la Biblia, la versión Douay.

Por ejemplo: en las Bienaventuranzas de San Mateo, está escrito:

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de JUSTICIA, porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6, versión Douay).

En la versión protestante, la del Rey Jacobo, se dice “rectitud” (*righteousness*) en lugar de “justicia.”

Más adelante, en este Sermón del Monte, en la versión católica, un pasaje importante dice:

“Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su JUSTICIA, y todas estas cosas [es decir, las necesidades materiales] os serán añadidas” (Mateo 6:33).

En la versión del Rey Jacobo, se da: “Buscad primeramente el reino de Dios y su rectitud,” etc.

Esta identificación de “justicia” y “rectitud” puede ser realmente útil, porque la “rectitud de Dios” puede determinarse en alguna medida a partir de su palabra, y por tanto también su “justicia.”

Consideremos este pasaje con mayor detenimiento:

“Buscad primeramente el reino de Dios y SU rectitud.”

Esto es, por supuesto, la “rectitud” o “justicia” de Dios, no la concepción humana de “rectitud” o “justicia,” sino el decreto eterno de Dios de “rectitud” o “justicia.”

LA JUSTICIA SE ENCUENTRA EN LA LEY

Este decreto de la justicia o rectitud de Dios se encuentra, sin duda, en la “ley” que Él ha dado al hombre.

En los Diez Mandamientos que Dios dio a la raza hebrea, por medio de Moisés, una autorización divina o sanción a la ley: “Las Diez Grandes Palabras” o “leyes.” Dios las vinculó a Sí mismo y requirió que los hijos de Israel no tuvieran otros dioses aparte de Él.

Él era la fuente de la ley, la autoridad suprema que podía darle sanción. No debían blasfemar Su nombre, sino mantenerlo santo; Él no daría por inocente a quien tomara Su nombre en vano. Un día de cada siete debía dedicarse especialmente al honor de Dios; no debían adorar a ningún otro Dios. Él era celoso de Su honor; visitaría la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le aborrecen; pero mostraría misericordia a millares de los que le aman y guardan Sus mandamientos. Tal la relación entre Dios y el hombre, fundada sobre la ley; tal la fuente, la autoridad y las sanciones de la ley—permítanme enfatizarlo— TODO descansaba en Dios. Luego, para lo demás, Dios mandó:

“Honra a tu (terrenal) padre y a tu madre.”

“No matarás”—la vida humana fue hecha sagrada.

“No cometerás adulterio”—sería una transgresión contra la santidad del hogar del prójimo. No debía tolerarse.

“No robarás”—las posesiones personales o individuales son sagradas.

“No darás falso testimonio”—la reputación del prójimo debe resguardarse. No le harás daño.

“No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey,... ni cosa alguna de tu prójimo.”

Tales los mandamientos, tal la ley de la “justicia” de Dios; ¡y qué base para toda clase de justicia: personal, nacional, internacional! Ésta es la “ley” de la cual David estaba tan enamorado; de la cual, pasando de la contemplación de las estrellas y el sol, y del orden y la regulación de ellos y la universalidad de su testimonio del poder y la gloria de Dios, dijo luego en apóstrofe a la ley estatutaria—un apóstrofe que además es el más fino ejemplo de paralelismo en la poesía hebrea:

“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma;

El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo.

Los estatutos de Jehová son rectos, que alegran el corazón.

El mandamiento de Jehová es puro, que alumbra los ojos.

El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre.
Los juicios de Jehová son verdad, todos justos.
Deseables son más que el oro, y más que mucho oro fino;
Y dulces más que la miel y que la que destila del panal.
Tu siervo es además amonestado con ellos;
En guardarlos hay grande galardón.”

Todo conduciendo a la oración del salmista:

“Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová, roca mía, y redentor mío” (Salmo 19).

(2) Un intérprete de la ley dijo a Cristo, “tentándole”:

“Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?”

Y el desafío produjo la respuesta más completa—por breve e incluyente—y la generalización más magistral de todos los tiempos; porque Jesús respondió:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante:

Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.”

—Todo lo que la ley enseña y todo lo que los profetas han enseñado en sus escritos; porque sus escritos no son sino comentarios sobre la ley.

Es de notarse que el Maestro cambió la formulación de la ley de su serie de “No harás” a lo positivo de “Harás.”

(3) El Sermón del Monte es, por consenso general, una exposición magistral de la ley de “justicia” de Dios y, por tanto, de la “justicia” de Dios; y su núcleo de oro, la síntesis de la gran ley de justicia y rectitud de Dios, de donde proviene la Paz Mundial, si es que llega en verdad. Y todas las naciones deben aprenderla y practicarla. He aquí:

“Así que [marcando una conclusión], todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (Mateo 7:12).

Esto también es positivo en su forma, al igual que la anterior generalización en la exposición de Cristo. Esto lo separa en carácter de las supuestas “Reglas de Oro” de otros maestros; y da a estas enseñanzas del Cristo toda la ventaja que puede existir en una declaración positiva más que en una declaración negativa de una verdad o doctrina.

De estos tres depósitos de la “justicia” de Dios —los Diez Mandamientos, la generalización de ellos por Cristo en dos: Amor a Dios y Amor al Hombre, y la síntesis de todas las leyes y los profetas en la Regla de Oro— el hombre puede aprender más de lo que es la “Justicia,” de donde proviene nuestra esperanza de “Paz Mundial,” que en todos los voluminosos tratados de derecho internacional o en los tomos de leyes en las bibliotecas de todas las naciones del mundo.

Escuchad, pues, “Parlamento de las Fes Religiosas del Mundo,” ¡levantad vuestro Estándar de Paz Mundial sobre estos fundamentos de la rectitud y la justicia de Dios, y llamad a todas las naciones, y linajes, y lenguas, y pueblos a que se congreguen alrededor de este estandarte y digan, en nombre de todas las fes religiosas del mundo:

“Todos vosotros, habitantes del mundo y moradores de la tierra, ved cuando él levante bandera sobre los montes, y cuando toque trompeta, oíd” (Isaías 18:3).

Tal estandarte y mensaje al mundo os da la mejor esperanza de Paz Mundial, porque está fundado en la doctrina de la rectitud y la justicia de Dios.

Os lo encomiendo a vuestra atención.

Economía de la nueva era

Un discurso pronunciado por el Presidente B. H. Roberts,
el lunes 4 de septiembre de 1933, ante la *World
Fellowship of Faiths* en Chicago, Illinois.

“Las cosas viejas pasaron.

He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Apocalipsis 21:4–5).

“El viejo orden cambia, cediendo su lugar a lo nuevo” (*The Passing of Arthur*, Tennyson).

En nada es más cierto que “el viejo orden cambia, cediendo lugar a lo nuevo” que en el ámbito de la economía, tanto nacional como internacional. Esto, considerando la economía en cuanto relacionada con la administración de los asuntos de gobiernos o comunidades con referencia a sus fuentes de ingresos, gastos, desarrollo de sus recursos naturales; en consecuencia, lo que pertenece, concierne o designa la ciencia de la economía, “relativa a la satisfacción de las necesidades materiales del hombre.”

Visto más particularmente desde estas fases de la gran ciencia, puedo decir nuevamente que en ningún otro departamento de la experiencia humana está el “viejo orden” cediendo lugar al “nuevo” de manera tan palpable como aquí; y de todos los países de la tierra, en ninguno, quizás, es el cambio más marcado que en nuestros propios Estados Unidos.

En las primeras etapas de la República, especialmente bajo la influencia de Jefferson, el individualismo era el hecho predominante del pensamiento y la vida, tanto personal como nacional. Los Estados Unidos entonces eran una nación de granjeros y plantadores; ni las grandes industrias, tal como

hoy las conocemos, ni el comercio habían alcanzado un desarrollo amplio o considerable.

Una de las doctrinas políticas jeffersonianas más destacadas de gobierno, presentada a la atención del país en la primera investidura de Jefferson (4 de marzo de 1801), fue el logro de:

“Un gobierno sabio y frugal, que restrinja a los hombres de dañarse unos a otros, y que de otro modo los deje libres para regular sus propios empeños de industria y progreso” (*Messages and Papers of the Presidents*, Richardson, vol. viii, p. 323).

CONTRASTE ENTRE LAS ADMINISTRACIONES DE JEFFERSON Y FRANKLIN D. ROOSEVELT

Para ver cuán lejos se ha apartado este ideal democrático, basta con contrastar las condiciones actuales con las que existían en la primera administración de Jefferson —contrastando esa administración con la administración de Franklin D. Roosevelt en lo que respecta a las relaciones del gobierno con las industrias, los negocios y las actividades de los hombres, en este año de gracia, 1933.

Esto, sin embargo, no se dice en crítica de una u otra de estas respectivas políticas de gobierno. La primera pudo haber sido un ideal o política muy consistente para los tiempos y condiciones entonces prevalecientes; personalmente, creo que lo fue. Así como ahora creo que, bajo las condiciones actuales, la presente administración está justificada en la mayor participación del gobierno en los asuntos industriales, comerciales y financieros del pueblo de estos Estados Unidos.

En los días de la administración de Jefferson, los Estados Unidos de América eran un país virgen, en gran parte no desarrollado, industrial ni comercialmente, mucho de él aún inexplorado; su población era en gran parte rural, dedicada a la agricultura y a oficios afines. Cada familia era capaz de ser suficiente en sí misma y, en su mayor parte, independiente y autosuficiente.

En tales circunstancias, las condiciones se prestaban al fuerte desarrollo del individualismo y del capitalismo, que resentía la intromisión del gobierno en

asuntos distintos a restringir a los hombres de hacerse daño unos a otros. En lo referente a los empeños individuales, a la industria y a las mejoras, se esperaba que el gobierno no interfiriera, salvo que más tarde los intereses particulares aprendieron a utilizar los poderes gubernamentales, especialmente el poder impositivo, para fomentar intereses privados y acumular fortunas privadas.

Todo eso es distinto ahora. Existe una necesidad y una demanda de industria planificada y controlada por el gobierno, o por agencias gubernamentales; la determinación de los cultivos que habrán de plantarse, y la limitación de sus cantidades, debe ser fijada autoritativamente por el gobierno. Los mercados, los precios y las ventas, tanto extranjeras como domésticas, deben ser estipulados, en última instancia, por el gobierno, junto con regulaciones laborales, condiciones de trabajo, horas por día y días por semana: un control casi militar del trabajo, considerado necesario para remediar el gran mal del desempleo y, en lo futuro, para prevenir la repetición de este paralizante mal.

Pero, por mucho que nuestras condiciones cambiadas puedan justificar las modificaciones en la relación entre el gobierno y las actividades industriales de los ciudadanos, esto llegará a ser criticado como un amplio apartamiento de la política y del genio de las primeras décadas de la vida de la Gran República. Y, sin embargo, los cambios en estas relaciones son inevitables, frente a las condiciones alteradas, cuya ley está afectando al “viejo orden,” cediendo lugar al “nuevo.” Cambios aún más amplios se vislumbran para el futuro, afectando muy probablemente nuestras relaciones internacionales en asuntos de comercio y de intercambio.

Fue un estadista norteamericano, no hace muchos años (el ex Presidente Woodrow Wilson, en el *Atlantic Monthly*, agosto de 1923), quien escribió:

“Hay hombres reflexivos y bien informados, en todo el mundo, que creen, con bastante razón aparentemente sólida, que esa cosa abstracta, el sistema que llamamos capitalismo, es indispensable para el sostén industrial y el desarrollo de la civilización moderna.

Y, sin embargo, todo aquel que tenga un conocimiento inteligente de las fuerzas sociales debe saber que las grandes y extendidas reacciones, como la que ahora indudablemente se manifiesta contra el capitalismo, no

ocurren sin causa ni provocación; y antes de comprometernos irreconciliablemente a una actitud de hostilidad hacia este movimiento de nuestro tiempo, deberíamos plantearnos francamente la pregunta:

¿Es irreproachable el sistema capitalista?

Lo cual es otra forma de preguntar: ¿Han usado los capitalistas en general su poder en beneficio de los países donde se emplea su capital y en beneficio de sus semejantes? ¿No es, por el contrario, demasiado cierto que los capitalistas han parecido considerar a los hombres que utilizaban como meros instrumentos de lucro, cuyos poderes físicos y mentales era legítimo explotar con el menor costo posible para ellos, ya fuera en dinero o en simpatía?

¿No ha sucedido que muchos hombres excelentes, que se guiaban por los más altos principios en toda otra relación de la vida, parecieran sostener que la generosidad y el sentimiento humano no estaban entre los mandatos imperativos de la conciencia en la conducción de un negocio bancario, o en el desarrollo de una empresa industrial o comercial?"

LOS PELIGROS DE LA REVOLUCIÓN

Nuestro estadista, más adelante, aprovecha la ocasión para señalar los peligros de la revolución, que nuestro país había estado enfrentando por algún tiempo, "con nada menos que la salvación de la civilización en juego." Sostenía que la demanda de acción era imperativa para evitar la revolución, y continúa:

"No hay escapatoria (de la revolución), a menos que todo lo que hemos edificado caiga pronto en ruinas a nuestro alrededor, y los Estados Unidos, como la mayor de las democracias, debe emprender esta tarea.

El camino que se aparta de la revolución está claramente señalado, porque está definido por la naturaleza del hombre y de la sociedad organizada."

Él sostiene también que nuestra acción nacional debe incluir "simpatía" y "espíritu de ayuda" para con las masas de la humanidad, y la "voluntad" de "renunciar (a gran parte) del interés propio a fin de promover el bienestar, la felicidad y el contentamiento de los demás y de la comunidad en su conjunto." Esto, sin duda, es lo que nuestro gobierno está intentando hacer en los esfuerzos actuales por rescatar al país de la más o menos paralizante depresión de la cual nuestro país y el mundo han estado sufriendo durante

los últimos años, aun cuando sea al costo de abandonar los ideales anteriores sobre las relaciones del gobierno con la industria, el comercio y las finanzas.

Para el logro de estos fines —la liberación de la depresión— se han hecho enormes apropiaciones de dinero por parte del gobierno, jamás soñadas en años anteriores; ni tampoco podría pensarse que fuese posible continuar apropiando tales sumas inmensas de dinero, que ascienden a miles de millones, para los fines aquí mencionados de recuperación de la industria y la prosperidad. Aunque nuestro gobierno sea, quizás, el único organismo disponible actualmente para estos propósitos, sin embargo, debe permanecer en nuestra conciencia que todo esto será necesariamente transitorio —“esto también pasará.”

Sería imposible convertir en política permanente de gobierno la apropiación de tales sumas inmensas para el alivio; pero esperemos que, como política de emergencia, tenga tal éxito que coloque al pueblo en condiciones de construir una nueva política económica, para una nueva era, que sustituya al sistema capitalista y a su espíritu. Una política en la que exista más igualdad y más justicia que en la era que ahora pasa; una política en la que habrá una división más equitativa de las ganancias de los productos conjuntos del capital y del trabajo que hasta ahora, donde la riqueza producida por ese esfuerzo conjunto no fluya para siempre a la posesión del “uno,” mientras los “noventa y nueve” queden con las manos vacías.

LA PALABRA DE ESPERANZA DE DIOS

Una de las cosas más dulces jamás escritas del Cristo es aquella en que Juan, llamado el Bautista, envía mensajeros al Maestro para saber si él era el que había de venir, o si debían esperar a otro. Y el Cristo respondió que debían decir a Juan que los enfermos eran sanados, los cojos andaban, los ciegos veían, los sordos oían, pero sobre todo esto añadió:

“A los pobres es anunciado el evangelio.”

Ésa es la palabra de esperanza de Dios —“a los pobres se predica el evangelio.” Marca una profunda simpatía por los pobres; y no puedo dejar

de sentir que una simpatía semejante existe hoy en Dios por los pobres — los desempleados—; y que Él destina algún gran propósito en la economía de la venidera Nueva Era para su aliento, su consuelo y su beneficio sustancial. El yugo de su carga será quebrantado, la vara sobre su hombro, la vara de sus opresores, de alguna manera será quitada.

La economía de la Nueva Era finalmente llegará a reconocer a Dios como el propietario y dueño de toda la tierra: suya por derecho de ser Creador de ella, el derecho de propiedad; porque la tierra y el mar son suyos: porque Él los hizo, y sus manos formaron la tierra seca (Salmos 95). Y como concomitante de esto correrá la concepción de que todo lo que el hombre pueda poseer de esta tierra de Dios y de sus riquezas será una mayordomía mantenida meramente en confianza, no para fines egoístas, sino para ser administrada con la más alta sabiduría y generosidad para el beneficio de otros, así como para el poseedor temporal y su hogar.

SE REQUIERE LA CONSAGRACIÓN DEL EXCEDENTE DE PROPIEDAD

La economía de la Nueva Era requerirá la consagración del excedente de propiedad, proveniente de la administración de estas posesiones, estas mayordomías, para ser dedicado al servicio de la comunidad bajo los administradores financieros más sabios, eficientes y experimentados de la vida comunitaria, para:

- el desarrollo de los recursos naturales;
- la construcción de servicios y utilidades públicas, y comodidades;
- fines educativos;
- instituciones para los desafortunados;
- la extensión de la investigación científica y del trabajo experimental en las ciencias y las artes;
- y para el conocimiento del pasado y del presente.

Si hay algo más que otro en lo cual el sistema capitalista se desarrolló, fue en la absoluta necesidad de la recolección y mantenimiento de enormes sumas de dinero para llevar a cabo empresas nacionales e internacionales,

tales como el Canal de Suez en Egipto, el Canal de Panamá en América, cuya construcción costó cientos de millones de dólares; la edificación de puentes sobre los grandes ríos de los continentes, como el puente del Firth of Forth en Edimburgo; los puentes sobre el Hudson en Nueva York; el puente que se está construyendo para cruzar la Bahía de San Francisco; el canal de conexión oceánica a través del río San Lorenzo, la construcción de otro canal a través de los Grandes Lagos de América y el Golfo de México; la construcción, además, de ferrocarriles continentales y subterráneos bajo ríos y grandes ciudades; proyectos de irrigación para la redención de los lugares desérticos; el establecimiento de “fundaciones” para la búsqueda de conocimiento sobre el mundo antiguo y el trabajo de investigación para rastrear las causas y proveer la cura de enfermedades que aquejan a la humanidad; la creación de instituciones para los desafortunados, los desvalidos, los ancianos, los ciegos, mudos y cojos—todas estas empresas y otras miles están más allá de la producción y el mantenimiento del esfuerzo y capital individual, y dependerán para su exitosa inauguración y mantenimiento de los inmensos recursos de capital proporcionados por el excedente de la riqueza del trabajo y el capital combinados, provenientes de la riqueza comunitaria acumulada, el verdadero capital del mundo, colocado bajo una administración eficiente.

SOBREPRODUCCIÓN—ESCASEZ

La economía de la Nueva Era reconocerá el hecho de que la tierra es plena y rica, que hay lo suficiente para las necesidades del hombre—y aún más, si su producción es controlada y justamente distribuida.

Los acontecimientos han refutado la especulación de Malthus (Thomas Robert, 1766–1834) de que la población de los países tendría que ser controlada mediante la limitación de nacimientos, no fuera que la sobrepoblación excediera los medios de sustento del mundo. Las dificultades de hoy no son el resultado de la falta de producción de las cosas necesarias para la vida humana; tan fructífera se ha encontrado la tierra bajo los medios modernos de producción que es la sobreproducción, más que la escasez, la que provee los problemas de la vida material.

Nuestros estadistas están planificando la restricción de la producción de los artículos básicos que sostienen la vida humana, más bien que restringir la población mediante los dudosos artificios de la limitación de nacimientos.

La nueva economía requerirá necesariamente la renuncia al egoísmo individual, y al orgullo del grupo familiar, esa falsa idea de la vida que solo considera:

“Yo y mi esposa; mi hijo Juan y su esposa;
Nosotros cuatro y nada más. ¡Oh Señor, Amén!”

La Nueva Era debe tener una visión más amplia de la vida que esa, una simpatía más profunda, una concepción más elevada de la misión de la vida.

La economía de la Nueva Era requerirá como uno de sus principios rectores:

“Que cada hombre considere a su prójimo como a sí mismo,”

reconociendo a cada hombre como su amigo y hermano; cada hombreteniéndose a sí mismo como guardián de su hermano—responsable de su bienestar, de su seguridad, de su salud y, en alguna medida, responsable de su felicidad; responsable del mantenimiento de sus derechos civiles, incluyendo su derecho al empleo y su derecho a recibir por ese empleo una justa compensación; así como también responsable del goce de sus derechos civiles y religiosos.

IGUALDAD EN LAS COSAS MATERIALES Y ESPIRITUALES

La economía de la Nueva Era reconocerá también que los hombres—para ser siquiera aproximadamente iguales en desarrollo mental, en logros intelectuales, lo cual es su derecho, limitado únicamente por la capacidad innata de cada uno; también para ser iguales en las cosas del espíritu—deben ser, en cierta medida, casi iguales en las cosas materiales.

Porque estas últimas sirven de apoyo a las primeras en gran medida, y son tan necesarias para su alcance que no pueden serles negadas.

¿Cómo puede uno ser valiente y generoso, tener sentido de libertad, ser noble en sentimiento e intrépido en acción, si todas sus energías están

absorbidas en obtener apenas lo necesario para subsistir, y si está agobiado por las ansiedades de mantener su empleo para proporcionar un sustento escaso y precario para sí mismo y sus dependientes inmediatos, y éstos son amenazados constantemente por la “mal emparejada dupla de horrores humanos—la vejez que avanza, indefensa, y la necesidad sin alimento”?

DOS OBSTÁCULOS

Principalmente dos cosas se interponen en el camino para la realización de estas metas. Una: la avaricia y el egoísmo de la naturaleza humana, acompañados del orgullo familiar, el amor a la comodidad, el lujo de clase y la dominación sobre los semejantes—¡un amor a una supuesta superioridad!

La otra: la indolencia, la envidia y la codicia de grandes masas de la humanidad, acompañadas de la disposición a evadir la prueba y el sufrimiento—no son valientes—y de la falta de voluntad para hacer sacrificios presentes en aras de un bien futuro.

“¡Ay de vosotros, pobres, cuyos vientres no están satisfechos, y cuyas manos no se detienen de echar mano sobre los bienes de otros hombres,” que quieren algo por nada: “cuyos ojos están llenos de codicia,” y que no trabajarán con hombres *cuyos espíritus no son contritos, sus manos!*

Quienes me hayan seguido hasta aquí habrán observado que la economía de la Nueva Era, en mi pensamiento, descansa en gran medida sobre el reconocimiento pleno y concreto de la hermandad real del hombre. No lo entiendo meramente como un sentimiento, más o menos bello, pero indefinido. Lo entiendo—la hermandad del hombre—como una realidad concreta: fundada en la doctrina expresada por San Pablo, a saber:

“El que santifica (el Cristo) y los que son santificados (los hombres), de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11).

Un ejemplo concreto se da por San Juan cuando el Cristo envió su gran mensaje a sus apóstoles—del hecho de su resurrección—por medio de María, su amiga y la de ellos, mandándole a decir que aún no había ascendido a su Padre, Dios:

“Mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17).

Un reconocimiento más pleno, una proclamación más enfática de la Paternidad de Dios y de la Hermandad del Hombre, no la he encontrado en los escritos sagrados de la raza humana que han llegado a mi conocimiento. Y con esta doctrina plenamente sentida y realizada, todo lo que se ha dicho antes respecto a los principios que subyacen a la economía de la Nueva Era, sigue como algo natural.

ENCONTRANDO LIBERACIÓN

¿Son estos principios, incluido el último, demasiado idealistas y espirituales? ¿Demasiado lejanos para ser realizados? ¿Demasiado impracticables?

Si así fuera, entonces nuestro caso es, en verdad, desesperanzado, y nuestro anhelo de cosas mejores, vano; porque solo en el triunfo de estos principios entre los hombres podemos esperar la liberación del mundo de los males presentes de la humanidad y de la desastrosa esclavitud que amenaza. Será siguiendo algún sendero como el aquí trazado que el mundo hallará liberación. ¡Esto, o no habrá liberación, solo un desastre oscuro! ¡Dios nos libre de tal desastre!

El estadista norteamericano que antes cité se refiere a las cosas necesarias para la liberación del mundo de los “peligros venideros,” y creo que el breve pasaje es muy sabio, verdadero, bello y definitivo. Nada puedo hacer mejor que citarlo:

“La suma de todo el asunto es esta: Que nuestra civilización no puede sobrevivir materialmente a menos que sea redimida espiritualmente. Solo puede ser salvada al quedar impregnada con el espíritu de Cristo y al ser hecha libre y feliz mediante la práctica que brota de ese espíritu. Solo así puede ser expulsado el descontento y levantadas todas las sombras del camino por delante.”

Con todo mi corazón y alma creo que esto es verdad. Lo que el mundo necesita para alcanzar los fines aquí descritos es alguna fórmula sobre la cual puedan unirse, a la cual puedan dar su lealtad, a la cual puedan

concurrir como a un estandarte fijo, una finalidad de fe y hermandad universales: alguna expresión visible de esa unidad, y sugiero como tal estandarte la oración que el Cristo formuló para sus discípulos; no estrictamente una oración cristiana, pues no se ofrece al “Padre de todos” en el nombre del Cristo, sino más bien una oración universal, una oración en la que todo representante de religión digna de ser considerada como tal, ya sea de Oriente u Occidente, puede participar de todo corazón, si reconoce a Dios como Padre universal en absoluto, lo cual, de por sí, sería un excelente comienzo de unidad de fe. La repito aquí y la recomiendo a las “Religiones del Mundo”:

“Padre nuestro que estás en los cielos,
Santificado sea tu nombre.

Venga tu reino.

Hágase tu voluntad en la tierra, como en el cielo.

Danos hoy el pan nuestro de cada día.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

No nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal.

Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por siempre. Amén” (Mateo 6:9–13).

Esto, para despertar en los hombres la conciencia del Espíritu de Cristo en nosotros, para que podamos acercarnos a nuestras vidas de la Nueva Era en ese espíritu.

UN MEMORIAL DEFINIDO

Para despertar esta conciencia del Espíritu de Cristo en ellos, y para inducir a que ÉSTE, este Espíritu de Cristo, permanezca con ellos, mi propio pueblo se reúne con frecuencia—una vez cada semana—en un servicio conmemorativo de Cristo en el que participan del pan partido como símbolo de su recuerdo de SU cuerpo, quebrantado por ellos; y de un sorbo de agua como emblema de su sangre, derramada en sacrificio por ellos, y, de su parte, ellos se comprometen a recordarlo siempre y a guardar sus mandamientos, los cuales Él les ha dado, a fin de que “siempre tengan su Espíritu consigo.”

La oración de consagración es de gran interés y se cree que fue dada por Dios, por tanto de la más alta autoridad, y de una solemnidad impresionante:

LA ORACIÓN DE CONSAGRACIÓN

“Oh Dios, Padre Eterno, te pedimos en el nombre de tu Hijo, Jesucristo, que bendigas y santifiques este pan [partido] para las almas de todos los que participen de él, para que lo coman en memoria del cuerpo de tu Hijo, y te testifiquen a ti, oh Dios, Padre Eterno, que están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de tu Hijo, y a recordarlo siempre, y a guardar sus mandamientos, los cuales Él les ha dado, a fin de que SIEMPRE TENGAN SU ESPÍRITU CON ELLOS.”

La oración de consagración dicha sobre el agua es similar.

¡Qué estandarte al cual los hombres pueden reunirse! Reconoce solemnemente a Dios como el Padre Eterno; a Cristo como el Hijo de Dios, y como el signo y símbolo de la Hermandad del hombre; su vida de sacrificio y su muerte, como la manifestación del Amor de Dios por el hombre; y luego la venida del hombre a Dios en los tres grandes pasos:

DISPUESTOS A RECORDARLO SIEMPRE.

DISPUESTOS A TOMAR SOBRE SÍ SU NOMBRE.

DISPUESTOS A GUARDAR SUS MANDAMIENTOS.

Y todo esto

A FIN DE QUE SIEMPRE TENGAN EL ESPÍRITU DE CRISTO CONSIGO.

¿Y qué podría ser mejor que esto, como la suma de toda excelencia? Y lo único necesario para la solución de todos nuestros males humanos.

